

GIUSEPPE FESTA

LA LUNA ES DE LOS LOBOS

Un emocionante viaje
por la naturaleza salvaje
en busca de la libertad.

A detailed illustration of a wolf's head in profile, looking towards the left. The wolf has brown and grey fur. In the background, a large, bright full moon hangs in a dark blue, starry night sky. The bottom of the image shows a dark green forest silhouette.

La Luna es de los lobos

Giuseppe Festa



Duomo ediciones

Barcelona, 2017

Índice

LA LUNA ES DE LOS LOBOS

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32

CAPÍTULO 33

CAPÍTULO 34

CAPÍTULO 35

CAPÍTULO 36

CAPÍTULO 37

CAPÍTULO 38

CAPÍTULO 39

CAPÍTULO 40

CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
AGRADECIMIENTOS
CARTA DEL AUTOR
CRÉDITOS

*A mi madre,
por enseñarme a respirar el bosque.*

PRÓLOGO

La respiración se le aceleró. Tenía la lengua seca, pastosa por el humo de los tubos de escape que serpenteaban a ras del suelo. Las narices se le hinchaban y deshinchaban rítmicamente, invadidas por un cóctel de olores desconocidos. Innaturales. Le pincharon en el hocico, en los ojos color miel. Impregnaron su espeso pelaje.

Un trolebús hizo saltar chispas azules. Un poco más allá, el claxon de un coche lo sobresaltó.

Entre él y aquel mundo infernal solo había un espeso seto de hojas oscuras. Nada más.

Se preguntó cómo había ido a parar allí. Él, un lobo salvaje de la manada de la Sibilla. Prisionero de la Ciudad de los Hombres. Por un momento pensó que la Luna lo había abandonado.

Luego, repentinamente, la oyó.

Oyó la voz de un niño.

CAPÍTULO 1

Montes Sibilinos. Varios meses antes.

Aquella noche, los olores eran cartas trucadas barajadas por un viento prestidigitador. Luego, la lluvia.

Rio se sacudió el agua y miró al lado. A la sombra de la pared rocosa, la figura de Falco se distinguía con dificultad. El joven, erguido sobre las cuatro patas, escrutaba las faldas del monte Sibilla.

—¿Ves algo? —preguntó Rio—. Los bramidos han dejado de oírse.

—Todavía nada —dijo Falco con los ojos fijos en la ladera de la montaña.

—Espera... ¡ahí están! Cuatro hembras y un macho.

Rio se preguntó de quién habría heredado aquella vista tan increíble. Se esforzó por distinguir algo más allá de la cortina de lluvia hasta que entrevió algunas siluetas. Las seguían sombras más pequeñas, cerrando cualquier escapatoria y empujándolas implacablemente hacia abajo.

Hacia la Garganta.

Una descarga de adrenalina recorrió el cuerpo de Rio. Era el segundo en la jerarquía. Su misión: clavarle los colmillos en el cuello a la presa. Levantó los ojos hacia el monte Sibilla como para invocar su protección. Lo hacía siempre, cuando la Luna estaba escondida detrás de las nubes.

Una racha de viento le abofeteó el hocico con el olor de los ciervos aproximándose. Estaban cerca.

Le ordenó a Falco que lo siguiera. Los dos lobos tomaron el estrecho cañón que se abría a sus espaldas. Dispuestos para la emboscada.

Siete sombras en fila india. Con paso decidido y ligero cruzaron el hayal de la ladera norte del monte Sibilla. La cacería había empezado. Grigio no olisqueó ni el viento ni el terreno. No hacía falta. Los reclamos de los ciervos resonaban poderosos e insolentes.

Las sombras resbalaron silenciosas hasta el borde de la arena, el amplio claro en el que los machos de grandes cornamentas se enfrentaban para conquistar su harén.

A Grigio le bastó una ojeada para examinar a las presas. Se centró en un pequeño grupo de cinco ejemplares: cuatro hembras y un macho joven.

—Brugo y Selva a mi lado —ordenó el jefe de la manada—. Gemma detrás de ese matorral, Alba y Lama en el lado contrario, por donde los ciervos tienen más fácil la huida.

No le dio ninguna orden a Ambro. El viejo lobo, con un glorioso pasado como jefe de manada, estaba tuerto, flaco y demacrado. Había pasado a ser el último en la jerarquía. Un *cola baja*. Sin embargo, aunque no participara en las cacerías activamente, Grigio le dejaba comer parte de las presas. En sus tiempos, había sido un jefe generoso. Y los lobos son agradecidos.

Gemma fue la primera en moverse, describiendo un semicírculo alrededor del claro, con cuidado de que no la descubrieran. En el lado opuesto, se colocaron Lama y Alba. Agazapadas entre los arbustos que delimitaban la arena, esperaban los movimientos de Grigio.

El cielo lleno de nubes hacía la noche negra y polvorienta. Las hembras tuvieron un presentimiento y giraron, nerviosas, sus grandes orejas.

Los machos, en cambio, excitados por las hormonas, estaban demasiado concentrados en el combate para reparar en algo. Pateaban el suelo, erguidos, y sacudían la tierra y el cielo con sus berridos cavernosos. El bosque conocía bien aquellos gritos de batalla que se repetían cada año para perpetuar un antiguo ritual de guerra y amor.

Grigio leyó el fuego de la caza en los ojos de Selva y Brugo. El estómago de Brugo no pudo callarse y lanzó un feroz rugido de hambre.

El jefe de la manada saltó. Los demás lo siguieron.

Las ciervas dieron la voz de alarma. Los berridos de los machos se apagaron de golpe. Una ola de pánico barrió el prado y un río de cuernos se adentró compacto en el bosque. En ese momento, Alba y Lama emergieron de la oscuridad. La manada de ciervos se dispersó. Con el terror en los ojos, los animales se desperdigaron, las hembras huyeron dando grandes saltos en todas direcciones. Para cualquier lobo habría sido difícil orientarse en aquella carrera desenfundada, pero no para Grigio. Él ya había elegido. El grupito que tenía en el punto de mira se quedó unido y huyó ladera arriba. Gemma, la más intrépida de la manada, les cortó la retirada. Podía ser arrollada por una avalancha de pezuñas, pero consiguió reconducir a las presas hacia abajo.

En unos instantes los cinco ciervos se quedaron aislados del resto del rebaño que huía. Solo les quedaba una escapatoria. Abajo, en el valle.

Grigio, Selva y Brugo acosaron a las presas desde atrás. El macho intentó una salida por un paso entre las rocas, pero una flecha de color ceniza se lo impidió. No había nadie más rápido que Alba.

Ambro los seguía a distancia, cojeando ligeramente. Se detuvo en un montículo para recobrar el aliento. Allí abajo, la garganta del Infernaccio le pareció un mar de oscuridad en las entrañas del valle del Tenna. Empezó a llover, las gotas de lluvia le empañaron el ojo sano. El viejo lobo suspiró. En otros tiempos era él quien organizaba la cacería. Cuando retomó lentamente la bajada, sus compañeros ya estaban lejos.

Los ciervos ganaron terreno sobrevolando los prados llanos a ambas orillas del río. Pero pronto el valle se estrechó, las paredes se volvieron escarpadas. La hierba de las laderas se convirtió en roca. Una roca lisa y mojada.

Casi sin darse cuenta, acabaron en la Garganta. Grigio los vio desaparecer entre las paredes del cañón. Una grieta antigua, una herida aterradora en la piedra, abierta por una cuchilla de agua a sueldo del tiempo.

Las pezuñas de los ciervos mordieron una pista mojada. Trozos de terreno húmedo y negro explotaron a su paso. El camino se estrechó hasta el punto de obligarlos a entrar en el agua y aminorar la velocidad. La Garganta, de solo unos metros de ancho, describía una S estrecha, más allá de la cual el valle se volvía a abrir a bosques dóciles y pendientes suaves. La salvación.

Pero una sorpresa mortal los asaltó en la oscuridad, pasado el espolón de roca.

CAPÍTULO 2

El eco de las pezuñas de los ciervos se multiplicó, resonando en la roca pulida. Rio imaginó decenas de cuernos afilados apuntándole y sintió un escalofrío.

Falco fue presa del pánico, se aplanó contra la pared. A pesar de su aspecto de lobo adulto, solo tenía unos cuantos meses y un corazón inmaduro. Aquella era su primera, su única batida de caza auténtica.

—Quédate a mi lado —le ordenó Rio oliendo su miedo.

Los ciervos irrumpieron en su campo de visión. En cuanto el lobo les cerró el paso, el macho bajó los cuernos y embistió. Rio se zafó y contraatacó intentando morderle una pata, pero sus fauces mordieron el aire. Dos ciervas se colaron por el flanco descubierto de Falco. El joven lobo estaba paralizado.

Rio intentó retener a las dos últimas ciervas. La primera dio un brinco bastante más alto que él. La segunda, en cambio, dudó. Rio aprovechó ese instante para saltarle al cuello. Los colmillos se hundieron en su carne como cuchillas. La cierva resbaló en las piedras mojadas y cayó con todo su peso. Falco se recuperó e intentó agarrarla de una pata, pero por poco no le alcanza una coz furibunda. La poderosa sombra de Brugo cayó sobre la presa impidiendo que se levantara. El mordisco firme de Rio ocluyó los gruesos vasos sanguíneos. En unos instantes, la cierva perdió el conocimiento y se quedó inmóvil.

La cacería había terminado.

En respuesta a un oscuro reclamo, la lluvia cesó y el viento limpió el cielo de nubes. La luna, alta y fiera en la noche, pintó de plata los finos hilos de agua que caían por las paredes de la Garganta. Unos destellos iluminaron las piedras manchadas de sangre.

La manada de la Sibilla se reunió en torno a la presa. Las colas ondeaban excitadas como banderas victoriosas después de una batalla. Los primeros en comer fueron Grigio y su compañera Selva. Mientras arrancaba trozos de carne fresca, el jefe de la manada tenía las orejas ensanchadas y planas como las alas de un avión, y, cada vez que un subordinado se acercaba, gruñía y enseñaba los dientes sin soltar la carne. Los dos lobos dominantes devoraron el hígado, el corazón y los pulmones, las partes más nutritivas.

Falco fue el único que pudo servirse antes de que Grigio terminara. Como único superviviente de la última camada, todavía era demasiado joven para tener un papel bien definido en la jerarquía de la manada. De momento, gozaba de cierta inmunidad.

Al contrario que su hermana Alba, que le llevaba un año pero tuvo que esperar su turno como los demás.

El último en comer fue el viejo Ambro, que se contentó con las partes menos nobles. Una comida frugal, desde luego. Pero esa era la ley de los lobos.

El territorio de la manada era vasto. Englobaba el valle del Tenna, con la garganta del Infernaccio, el valle del Lago y el monte Sibilla, que daba nombre al macizo de los Montes Sibilinos. En el corazón salvaje de los Apeninos Centrales, a caballo entre las regiones de Umbría y Las Marcas, esta sierra era una tierra de frontera, espectacular y multiforme. Con inmensos brezales, bosques

rellenos de fronda y vastos altiplanos de hierba que traspasaban las fronteras, protegidos por un Parque Nacional donde vivían varias manadas de lobos.

Dentro de sus respectivos territorios, cada manada elegía un lugar, seguro y estratégico, en el que descansar entre una batida de caza y la siguiente. El refugio de la manada de Grigio no se encontraba lejos de la cima del monte Sibilla, en las proximidades de una gruta conocida por los hombres como la morada de la Sibila Apenínica, legendaria vidente encantadora. La entrada a la Gruta se había derrumbado hacía tiempo, pero algunas grietas en la roca ofrecían a los lobos protección de la intemperie. Su posición elevada, además, permitía divisar gran parte del territorio.

Sin embargo, aquel no era el lugar en el que Selva había parido a sus camadas. La madriguera de la manada se encontraba en un rincón alejado y secreto del bosque de Ripa Cupa, a los pies de una gran haya retorcida. Allí, una galería pasaba por debajo de una poderosa raíz que se perdía en la oscuridad, protegida por la bondadosa corpulencia de aquel árbol centenario. Era una madriguera que los lobos heredaban de una generación a otra, un lugar lleno de sombras en el que las madres preparaban a los cachorros para la luz.

Selva gozaba de buena salud y contaba con una madriguera bien protegida. Y a pesar de eso, sus últimas dos camadas no habían salido bien. De todos los lobeznos solo habían sobrevivido Alba y Falco. Los demás habían nacido muertos.

Estos contratiempos hacían peligrar el futuro de la manada.

Y Grigio lo sabía.

CAPÍTULO 3

Las hojas de las hayas encendieron los planos altos del bosque como llamas ambarinas. El violeta de las flores del brezo tiñó las laderas de los montes.

Había transcurrido una semana desde la última cacería. Rio descansaba en un pequeño balcón de hierba, a poca distancia de la cima del monte Sibilla. Era su lugar favorito. Desde allí su mirada alcanzaba las colinas más lejanas hasta acariciar el mar, del que una vez le había hablado Ambro.

Desde su punto de observación, Rio dominaba también la aldea llamada Foce, el único centro habitado por hombres en el territorio de la manada. Un lugar atractivo pero duro, en el que unas pocas familias vivían en un puñado de casas al pie de las montañas. La manada, de todas formas, prefería senderos que conocían solo los lobos y siempre se había mantenido alejada de los humanos. Por lo menos, hasta aquel día.

La brisa peinaba los prados de abajo describiendo largas olas de olor. Las flores de montaña tendían cintas de perfumes de colores. La esencia preferida de Rio era el aliso, una flor de pétalos amarillos cuajados de blanco en el centro. Era el mismo perfume que olía en la piel de Lama, la loba por la que sentía una predilección secreta. Ojos de caramelo profundos y pacientes, en las límpidas noches estrelladas su manto se teñía de plata. Una cuchilla de luna que partía la negrura de la oscuridad.

Pero Lama nunca sería la compañera de Rio. La ley de los lobos lo decía muy claro: en la manada se podía reproducir una sola pareja. Y esa pareja, en su caso, eran Grigio y Selva.

Era una ley que no todos los gregarios aceptaban de buena gana. Algunos abandonaban el grupo para formar su propia familia. Otros, en cambio, desafiaban al jefe de la manada para intentar destronarlo. Pero Rio sabía que no habría hecho ni lo uno ni lo otro. «Ser jefe de manada se lleva en la sangre», repetía siempre su padre.

Una mano de aire frío metió los dedos en su espeso pelaje. Era de color miel tostada en los costados, gris con mechones ocres en el lomo y blanco bajo el cuello. Rio acarició con los ojos la pradera del Pian Perduto, hasta abrazar incluso el Pian Grande. Un recuerdo agridulce le pellizó el corazón. Intentó pensar en otra cosa y volvió la mirada hacia el norte, hacia ese mundo que la mayor parte de los lobos temía. Eran pocos los que se aventuraban a ir más allá del macizo de los Sibilinos. Tan solo lobos jóvenes solitarios que venían de las Áreas Protegidas Meridionales, en busca de fortuna y conquistas.

El sol tejió un atardecer difuminado, bordándolo con los negros vuelos de los cuervos. Las sombras subieron veloces desde la llanura mientras las luces de la lejana aldea de Castelluccio se encendían una tras otra. Aquel era el momento de la jornada preferido de Rio. Un instante suspendido entre el día y la noche, entre la luz y la oscuridad. Incierto, indefinido. Un poco como se sentía él.

Un aullido llegó atado al viento. Rio reconoció el tono pesado y potente de Grigio, que convocaba a la manada. La noche invitaba a una nueva cacería.

Cuando Rio llegó a la Gruta, la manada ya era presa de una excitación frenética. Grigio, erguido y con la cola alta, recordaba la estatua de un militar: ojo avizor, determinado y seguro de sí mismo. Los demás giraban a su alrededor lamiéndole el hocico, gañendo, aullando y trotando

como cachorros listos para un nuevo juego. Era un ritual que se repetía antes de cada cacería, estrechaba los lazos entre los lobos de la manada y los cargaba de la adrenalina necesaria para el ataque. Un rito en el que Rio, últimamente, participaba a disgusto.

Gemma se acercó a su hermano.

—¿Qué te pasa?

—Ya lo sabes. Este tipo de cacería ya no me gusta. Los lobos auténticos juegan con las cartas boca arriba.

—Deberías estarle agradecido a la Luna por poder contar con la Garganta —lo reprendió Gemma.

Un antifaz de pelo color antracita destacaba su mirada despierta y decidida.

—Estoy cansado de tender emboscadas como un gato montés. Me gustaría perseguir a un ciervo en campo abierto, de vez en cuando. Derrotarlo en igualdad de condiciones, como hacía nuestro padre.

—Piensa lo que quieras pero que no te oiga Grigio. Te consideraría un ingrato —comentó Gemma, empujándolo con el hocico hacia el resto de la manada—. Y llevaría razón. Te recuerdo que, si nosotros dos seguimos vivos, se lo debemos a él.

La cacería empezó. Los lobos se deslizaron como espectros por la ladera norte del monte Sibilla. La vaguada se había convertido en una cuba de tinta.

En una encrucijada del sendero, Grigio se detuvo.

—Dividámonos. Rio, Falco, vosotros bajad a la Garganta. La última vez tendisteis una buena emboscada.

—Sí —comentó Rio lanzándole una mirada torva a Falco—. *Tendisteis*.

Falco bajó la cola y le lamió el hocico gañendo, dudando entre pedirle perdón o jurarle venganza.

Grigio se encaminó hacia la arena de los ciervos, seguido por los demás.

Pero Selva no se movió.

—¡Esperad! —exclamó, girando las orejas hacia delante—. ¿No oís?

Brugo agudizó los sentidos pero después sacudió la cabeza.

—Yo no oigo nada.

—Exacto —subrayó Selva—. Ni siquiera el bramido de los ciervos.

Grigio se sorprendió de no haberse dado cuenta antes.

—Tienes razón, se oye solo el viento entre los árboles. Es extraño. La berrea todavía no ha terminado. —El jefe de la manada apuntó decidido hacia el gran claro.

—¿Te acompañamos? —preguntó Falco, confiando en suspender la emboscada en la Garganta.

Grigio no contestó, absorto en sus pensamientos.

—Lo tomaré como un sí —le susurró Falco a Rio, uniéndose a la manada.

Los lobos se pararon en el borde de la arena. Estaba desierto. Ni siquiera un ciervo paciendo.

Avanzaron unos pasos.

—¡Cuidado! Creo que hay algo en el prado —gruñó Falco, clavando su mirada penetrante en la noche—. Allí abajo.

Los lobos se volvieron piedras. A unos veinte metros entrevieron una silueta oscura en la hierba, como un animal grande al acecho.

Rio olisqueó el aire. El finísimo olfato del lobo captó un rastro.

—Sangre. Sangre de ciervo —susurró—. Pero hay algo más —añadió gruñendo.

Le correspondía al jefe de la manada dar el primer paso y Grigio no se echó atrás. Reptó con

precaución hacia aquella sombra, seguido por Rio y Brugo. Los demás lobos, incluido el viejo Ambro, se abrieron en abanico alrededor de aquel cuerpo misterioso.

—Es una cierva muerta —confirmó Grigio.

Falco suspiró aliviado y empezó a brincar de un lado a otro.

—¡Qué maravilla! ¡Una montaña de carne sin esfuerzo!

Pero los lobos adultos no parecían entusiasmados en absoluto. La cierva mostraba heridas evidentes. La carcasa estaba en parte desgarrada y tenía magulladuras en las patas posteriores y en el abdomen. Un lago escarlata empapaba la hierba. Había muerto desangrada.

—¿Quién la ha matado? —se preguntó Grigio—. ¿Quién se ha atrevido a invadir nuestro territorio?

—¿Uro? —sugirió Alba.

—La manada del monte Bove no tiene nada que ver —replicó Rio—. El cuello está intacto... Ningún lobo mata así. Y, además..., hay un olor que... —Sacudió el hocico como queriendo sacarse de las narices un hedor molesto—. Esta cierva huele a *perro*.

—¿A perro? ¿Cómo es posible? —exclamó Grigio.

—Rio tiene razón —observó Gemma—. Solo los perros muerden desordenadamente.

Mientras los demás discutían, Falco alargó el hocico hacia el vientre abierto del animal.

—Poco importa que la hayan matado perros o lobos. Cuando la tenga en la barriga, será como si la hubiera matado yo —dijo abriendo las fauces.

Pero Rio lo detuvo.

—No toques esa carne.

—¿Por qué?

—Huele a enfermo.

El cachorro escudriñó la carne, roja y tentadora.

—Hazle caso a Rio —intervino Lama—. Su olfato nunca miente.

—Quisiera saber de dónde vienen esos bastardos —gruñó Grigio.

Gemma y Lama cruzaron una mirada.

—De las colinas de oriente, quizás —propuso Lama—. Ayer, durante nuestra vuelta de reconocimiento oímos ladrar a perros en el fondo del valle. Pensamos que iban con algún hombre, como siempre, pero...

—¿Por qué no me lo dijisteis enseguida? —la reprendió Grigio—. Sabéis de sobra que los perros no respetan las marcas de frontera.

Gemma y Lama bajaron la mirada, culpables.

Rio reconoció el terreno alrededor de la cierva muerta. Los perros se habían movido sin ningún orden, como quien caza sin cazar de verdad, pero luego habían tomado una dirección común.

—Las huellas van por allí... con las de los ciervos.

—Sigámoslas —ordenó Grigio.

Ningún perro desafiaba a los lobos sin pagar por ello.

CAPÍTULO 4

Rio guio a la manada hasta el Tenna, con el hocico pegado al suelo sobre las huellas de los perros.

El espeso bosque de hayas se abrió en un amplio prado salpicado de enormes rocas. El torrente cortaba la explanada de hierba como una cinta de seda plateada. Era la frontera septentrional de su territorio.

Las huellas de varios perros estaban marcadas en el fango a lo largo de la orilla.

—Han pasado por aquí —dijo Grigio.

—Y los ciervos con ellos —añadió Rio.

—¡Que la Luna maldiga a esos perros sarnosos! —gruñó Grigio—. Han perseguido al rebaño hasta conducirlo al territorio de Uro.

Al oír el nombre del jefe de la manada rival, Brugo sintió un escalofrío.

—Uro y los suyos los habrán destrozado —murmuró agachando las orejas.

Ver a aquel gigante de colmillos y músculos así de asustado producía un efecto extraño.

—Siempre y cuando se hayan percatado de la invasión —objetó Lama—. No suelen patrullar por la zona.

—¿Han marcado la frontera recientemente? —preguntó Grigio.

Rio alargó el hocico cautamente más allá del arroyo.

—Noto el olor de Ferro, aquí.

Brugo ganó. Como había podido experimentar en su propia piel, Ferro, el brazo derecho de Uro, era servil con su jefe pero feroz con los *colas bajas*.

En aquel momento oyeron a lo lejos un bramido, tan potente que llegó incluso a las orejas del viejo Ambro. El estómago de Falco, siempre hambriento, tembló.

La adrenalina de la cacería subió por las venas de la manada.

—Viene del bosque de aquel collado —dijo Selva.

—En territorio de Uro —observó Gemma con tristeza.

—Es... es peligroso estar aquí —se inquietó Brugo, escrutando los árboles del otro lado de la frontera.

—¿Qué dices? Todavía estamos en nuestro territorio —respondió Grigio hinchando el pecho. El espeso pelaje blanco bajo su cuello brilló en la noche—. No tenemos nada que temer.

Brugo no estaba tan convencido.

—¿Qué hacemos? —preguntó Alba, perdida.

Era la primera vez que el rebaño de ciervos abandonaba el territorio del monte Sibilla. Durante las batidas de caza, los lobos tenían mucho cuidado de no empujar a los ciervos hacia las fronteras del territorio rival. Y a los ciervos, por su parte, tampoco les interesaba alejarse. Alguna baja a manos de los lobos era considerada un precio más que razonable a cambio de los verdes prados del monte Sibilla.

Pero la entrada en escena de los perros había roto ese equilibrio consolidado. Grigio tenía que tomar una decisión difícil.

—¿Y si fuéramos a por ellos? —se aventuró Falco, con la ligereza que solo un cachorro puede tener—. Empujémosles otra vez hacia nuestro territorio.

—Las presas pertenecen a la tierra que pisan —recitó Rio—. Quien posee esa tierra posee también sus presas. Es una vieja ley. Te convendría aprenderla —sentenció.

—Pero ¿por qué tenemos que pasar hambre por culpa de esos malditos perros? No es justo —masculló Falco.

—Probablemente Uro ya los habrá matado —comentó Selva—. Y si salimos de nuestras fronteras, acabaremos como ellos. La manada de monte Bove es numerosa. Y Uro es un jefe fuerte y despiadado.

Grigio la fulminó con la mirada y Selva se dio cuenta de que sus palabras lo habían ofendido.

—N-no quería decir que tú no seas...

—Los ciervos volverán —la cortó Grigio, encaminándose hacia la Gruta. Los demás lobos lo siguieron.

Rio se unió a la fila. Mientras avanzaba, volvió a mirar al bosque de la otra orilla del torrente. Los ojos amenazadores y siniestros del bosque lo espiaban desde la sombra.

CAPÍTULO 5

Tres días después, la situación explotó.

El optimismo de Grigio resultó ser infundado. Lama y Gemma, incansables a pesar de las sacudidas del hambre, batieron sin descanso las fronteras del norte. Nada. Ni rastro de los ciervos.

Mientras tanto, Rio, Falco, Alba y Brugo buscaron otras cosas que comer para la manada, pero solo capturaron un par de liebres y algunos ratones. El mínimo indispensable para no morir de hambre. Con el invierno al llegar, no podían sobrevivir sin ciervos.

Grigio y Selva se quedaron de guardia en la cresta del monte Sibilla, la línea divisoria entre los valles del Lago y del río Tenna.

La mirada de Selva revelaba aflicción. El bramido de los ciervos se había vuelto todavía más tenue y lejano.

—Se han adentrado todavía más en el territorio de Uro —observó la loba, preocupada.

Grigio contemplaba absorto la imponente mole del monte Bove.

—Lo envidio.

—¿A quién? ¿A Uro?

—Su sangre corre vigorosa por su manada.

Selva acercó su hocico al de su compañero.

—Y mírame a mí, en cambio —continuó Grigio, gélido—. ¿Con qué machos puedo contar? Un viejo maltrecho, un ex *cola baja* de la manada de Uro y un lobo adoptado... que, para colmo, siempre tiene que ponerle algún pero a mis decisiones. —Su mirada se volvió aún más melancólica—. Y este año, otra vez solo un cachorro.

Selva inclinó la cabeza, sintiéndose culpable.

—A falta de cachorros nuestros, he tenido que acoger a Gemma y a Rio. Y al bobo ese de Brugo. —Grigio miró a Selva con ojos severos—. Sabes que estoy muy unido a ti... pero si la próxima primavera no me das una camada sana y numerosa, me veré obligado a elegir a otra hembra.

Selva se sintió morir. Después de los dos partos malogrados, había perdido confianza en sí misma. Se había vuelto tensa y arisca, sentía que su posición dominante estaba tambaleándose. Las duras palabras de Grigio la envolvieron en angustia.

—La culpa no es mía —protestó—. La Luna no ha estado de nuestro lado.

—¿No blasfemes! —la cortó Grigio—. ¿Quieres que nos abandone del todo?

En ese momento Gemma y Lama volvieron del reconocimiento. Sus miradas tristes hablaban por sí solas. Poco después, los demás también volvieron a la Gruta. Los ratones de campo capturados apenas habían llegado para aplacar el hambre de Falco y Alba.

Los lobos esperaban una decisión de Grigio. Y no tardó.

—El tiempo de espera ha terminado —anunció el jefe de la manada con tono solemne.

Falco levantó las orejas y lanzó una mirada llena de esperanza hacia el monte Bove.

—¿Vamos a ir a recuperar a los ciervos?

—No. Aunque decidiera infringir la ley, los ciervos se han adentrado demasiado en el territorio de Uro. No podemos pretender pasar desapercibidos. Para la manada del Bove ha sido un regalo

inesperado, y está claro que no querrán volver a cazar rebecos en las rocas escarpadas. Si invadimos su territorio, iremos hacia una muerte segura.

—Y entonces, ¿qué podemos hacer, padre? —preguntó Alba.

—He tomado una decisión. Cazaremos un ternero de los hombres.

—¿Cómo? —exclamó Rio.

Grigio lo fulminó con la mirada.

—¿Será posible que tú tengas que discutir todas mis órdenes?

—Prefiero morir entre los colmillos de Uro que ser acribillado por los hombres.

—Por supuesto, no tengo intención de ir a llamar a su puerta —dijo Grigio—. En los pastos altos del monte Argentella hay un rebaño numeroso. Terneros salvajes que los hombres dejan libres incluso de noche. Si desaparece uno, no se darán ni cuenta. Siempre que no dejemos ni un hueso.

Falco se iluminó.

—¡Ah, eso no es ningún problema! Tengo un hambre que me comería hasta los cuernos de un toro.

—Entonces está decidido —sentenció Grigio, lanzándole a Rio una mirada severa.

El lobo bajó la mirada y se unió a la manada.

Recorrieron el valle hasta alcanzar un espejo de agua formado por dos lagos ovalados conectados por un canal poco profundo. Los hombres lo llamaban el lago de Pilato. Cuenta la tradición popular que el famoso procurador romano de Judea fue condenado a muerte por el emperador Tiberio, metido en un saco y cargado en un carro tirado por bueyes destinado a vagar eternamente sin una sepultura digna. Pero al final el carro había ido a parar precisamente a las aguas de ese lago, que se convirtió en su tumba.

Las leyendas de los hombres contaban también que en el fondo del lago había una grieta que conducía directamente al infierno. Por ese motivo, en la Edad Media, ese lugar fue frecuentado por brujas y nigromantes de toda Europa, hasta tal punto que las autoridades religiosas prohibieron el acceso y colocaron una horca en la embocadura del valle en señal de advertencia para los transgresores.

Eso contaban los hombres, hambrientos de historias más que de carne. Pero ninguna de aquellas leyendas rozó los pensamientos de la manada cuando recorrió la orilla del lago. De esas aguas, los lobos solo tomaron la brillante reverberación del sol mientras la brisa despeinaba la superficie enmarañándola en mechones de agua blancos y azules. En los puntos más protegidos, el nítido reflejo de las montañas devolvió la imagen de un mundo al revés, en el que todo era posible. Hasta robarles un ternero a los hombres sin pagar precio alguno.

Los lobos se pararon a saciar su sed. Desde lejos eran prácticamente invisibles, figuras grises en el gris de las rocas.

—Las vacas están pastando detrás de esa cresta —dijo el jefe de la manada señalando el monte Argentella—. ¿Oís sus cencerros? Vamos a darles motivos para que suenen con razón.

CAPÍTULO 6

Los lobos alcanzaron la cresta y se asomaron con cautela a la otra vertiente. Las vacas pastaban plácidas en el Scoglio del Miracolo, donde la hierba crecía tupida y cargada de savia. Las lentas bocas de los bovinos arrancaban frescas matas sabrosas y las rumiaban despacio, acompasadamente.

Al ver aquel amasijo de músculos firmes y apetitosos, Falco tuvo que hacer esfuerzos por contenerse. Su lengua no paraba de gotear y llegaba al suelo.

—Pero ¿cómo pueden soportar el ruido de sus cencerros? —se preguntó Alba—. Ahora entiendo por qué son tan tontas. Ese estruendo aturdiría a cualquiera.

—Empezaremos por rodearlas —ordenó Grigio, concentrándose en la operación—. Alba, baja por ese foso hasta la gran roca, allí abajo. Sal a campo abierto y asústalas. Oblígalas a subir corriendo para que se cansen antes.

—¿Y luego? —se entrometió Brugo.

—Luego decidiré a quién atacamos.

Alba reptó hasta la roca que le había indicado Grigio y salió flechada hacia el rebaño gruñendo y zigzagueando por la pendiente para empujar a todas las vacas en la misma dirección. Pero aquellos animales que parecían tan plácidos y tranquilos eran mucho más combativos de lo que se esperaba. En lugar de escapar aterrorizados, las vacas y los terneros se concentraron en un único punto. En unos instantes formaron un círculo perfecto. Los terneros en el centro, las madres con los cuernos hacia fuera.

Los lobos los cercaron corriendo para un lado y para otro. Gemma se atrevió a rozar a una vaca y le gruñó en el hocico. Pero la formación defensiva de los bovinos no cedió. Un muro de cuernos, mugidos y cencerros ensordecedores.

Frustrada por el bloqueo de la situación, Lama se acercó hasta morderle la pata a una vaca. Una cornada en el costado la lanzó literalmente por los aires.

Rio se quedó petrificado. El vuelo de Lama se hizo interminable. Cayó con todo su peso al suelo doblando una pata de forma poco natural y gimió de dolor. Rio se le acercó enseguida. En ese momento, otra vaca abandonó el círculo y se precipitó hacia Rio con la cabeza baja, pero él se zafó de los cuernos y le clavó los colmillos en el cuello. Un mugido de dolor le salió del estómago. Otros dos bovinos se lanzaron contra el lobo obligándolo a abandonar a su presa para no acabar siendo embestido. Grigio apuntó a un ternero intentando colarse por el único espacio que había quedado libre, pero las demás vacas cerraron el círculo y el hueco desapareció. Lama, mientras tanto, había conseguido alejarse un poco, cojeando.

Otras vacas embistieron con la cabeza baja.

—¡Retirémonos! —gritó Grigio.

Los lobos abandonaron el campo y se refugiaron en la cima del Scoglio del Miracolo. Desde lejos, las vacas mugían hacia aquel punto mofándose de ellos.

—¿Quién se lo iba a imaginar? —jadeó Gemma, sin poder creerse todavía la resistencia de aquellos paquidermos de pastizal.

—Menos mal que los ciervos no están tan organizados —observó Lama dolorida mientras se lamía la pata.

La vaca la había golpeado más con el hocico que con los cuernos, así que no tenía heridas evidentes sino solo alguna magulladura y una leve torcedura. Cuando vio que estaba bien, Rio suspiró, aliviado.

Mientras los demás observaban desconsolados a las vacas que lentamente volvían a pastar, Grigio escrutaba la llanura. Concretamente, un punto exacto del Pian Perduto, un llano de hierba a los pies de la aldea de Castelluccio.

Rio se dio cuenta y siguió con su mirada la de Grigio. Se dirigía hacia un rebaño de ovejas.

—No estarás pensando... —empezó.

Grigio no le hizo caso.

—Falco, ¿a cuántos pastores ves allí?

Su hijo agudizó la vista.

—Un hombre y dos perros.

Rio protestó.

—¡Grigio, sabes perfectamente que si atacamos a un pastor con su rebaño nos meteremos en problemas serios!

—Los hombres no pueden hacernos nada. ¿Te olvidas de que estamos en un Área Protegida?

—Por supuesto que no, pero esa llanura es un lugar peligroso. ¿No te acuerdas de lo que le ocurrió a mi manada? —rebatió Rio.

—¡Se acabó la discusión! —lo fulminó—. Bajaremos al Pian Perduto y nos llevaremos una oveja. Es una orden, Rio. Si tienes ganas de mandar, forma tu propia manada. O rétame abiertamente.

Grigio le plantó cara erguido y con la cola alta. Abrió la boca y dejó salir un gruñido; un sonido sordo hizo vibrar el aire. De acuerdo con las reglas de la manada, llegados a ese punto Rio debería haber bajado la cola y echarse sobre el dorso, en señal de sumisión. Pero no hizo ni lo uno ni lo otro. Se dedicó a mirar fijamente a Grigio a los ojos. El corazón le latía a mil por hora. Era la primera vez que se enfrentaba al jefe de la manada con determinación.

Los demás guardaron silencio, a la espera de la lucha. Porque siempre había una lucha cuando alguien se atrevía a desafiar al jefe.

Lama fue la que alivió la tensión.

—Si nos peleamos entre nosotros, estamos acabados. Tenemos que permanecer unidos.

De mala gana, Rio desvió la mirada hacia ella. La loba tenía una pata ligeramente levantada. Era evidente que le dolía. No podía abandonarla ahora.

—Iré solo si Lama no participa en el ataque —acabó concediendo, no sin sorprenderse de haber pronunciado aquellas palabras abiertamente delante de ella. Fue más o menos una declaración de amor.

—Estoy... estoy bien —balbució Lama, ruborizada—. Puedo cazar.

—No, no cazarás —le ordenó Grigio, respaldando la petición de Rio—. Te quedarás al margen junto a Ambro e intervendrás solo en caso de necesidad. Pero no hará falta —añadió convencido.

—¿Qué hacemos con los perros de los pastores? —preguntó, indeciso, Brugo—. Tendremos que matarlos.

Ambro se sacudió su torpeza.

—¿De qué color son los perros?

—Negros.

—Entonces no serán un problema —dijo el viejo Ambro—. Los pastores blancos son los peligrosos.

—Blancos o negros da igual. Los lobos no deben temerle a ningún perro —sentenció Grigio—. Venga, Ambro, ¿tienes algún consejo que darnos en lugar de ese comentario? En tus tiempos los lobos cazaban ovejas, ¿no?

Ambro levantó la cabeza, orgulloso de poder ser útil.

—No te equivocas, aunque han pasado muchos inviernos desde entonces. Si algún consejo os puedo dar es este: atacad de noche. O con niebla espesa.

—Me refería a un consejo, no a que pidas un deseo: hoy no hay niebla y tampoco podemos esperar a que oscurezca. Dentro de poco el pastor volverá con las ovejas a la aldea y las encerrará en el redil, como todas las tardes.

—Entonces tendremos que usar la astucia —sugirió el viejo lobo—. Uno de nosotros atraerá a los perros lejos del rebaño. Y si el pastor no lleva escopeta, lo demás será fácil.

—¡No veo ninguna escopeta! —afirmó Falco con seguridad.

—Entonces ya está decidido —anunció Grigio—. Seguidme.

CAPÍTULO 7

Los hombres la llamaban Macchietta. Era un minúsculo hayal en las laderas cubiertas de hierba del monte Argentella. Desde ese lugar elevado, poco distante del Pian Perduto, los lobos podían vigilar a las ovejas sin ser vistos.

—Esperaremos aquí hasta que lleguen a la parte más baja —ordenó Grigio.

—Entonces, vamos a ponernos cómodos —dijo Gemma tendiéndose sobre las hojas—. Tardarán un poco en ponerse a tiro.

El rebaño pastaba tranquilo en la llanura desplazándose lento hacia el sur. Aun sin la vista de Falco, era evidente que el pastor era poco más que un muchacho. Estaba tumbado en la hierba con el ala del sombrero calada hasta los ojos. Cuando el rebaño avanzaba un poco, el jovencito se levantaba cansinamente y se tambaleaba hasta la siguiente parada para volver a tirarse al suelo como un saco de patatas.

—Por lo menos no parece muy atento —se consoló Rio acercándose a Ambro, que estaba a la sombra de un haya.

—Sí. Y los perros han salido a su dueño —observó el viejo lobo.

De hecho, los dos perros pastores parecían poner más empeño en roncar que en estar de guardia. También es cierto que hacía años que los lobos no atacaban a los rebaños en los Grandi Piani.

—Háblame de los pastores blancos —dijo de repente Rio—. ¿Por qué debemos temerles?

A Rio le gustaba escuchar las historias del viejo lobo. En la manada, se había convertido en poco más que un fantasma. Pero su memoria rebosaba de anécdotas e historias del pasado.

—Eran rivales fieros —confirmó Ambro—. Fuertes, indómitos. Sabían proteger a un rebaño mucho mejor que los hombres. Estaban organizados en manadas, como nosotros. El centinela se quedaba lejos, de guardia. Cuando los lobos atacábamos, daba la voz de alarma, y los machos más fuertes nos enfrentábamos mientras las hembras y los jóvenes se encargaban de proteger a las ovejas. Conocían nuestros trucos. Y no tenían miedo de combatir o morir. —El viejo lobo suspiró—. Pero la línea de sangre de los pastores blancos se ha debilitado. A lo mejor hasta se ha extinguido del todo ya.

Parecía triste, y eso a Rio le sorprendió. Era la primera vez que oía a un lobo hablar con respeto de los perros. Se los solía considerar siervos del hombre, que habían malvendido su espíritu salvaje por un cuenco de carne o una madriguera segura.

Ahora que Rio lo había provocado, los recuerdos brotaban de la memoria de Ambro como anguilas plateadas.

—Hubo un tiempo en el que había un pacto entre los lobos y los pastores blancos.

—¿Un pacto? —repitió Rio, sorprendido.

—Sí, ya sé que cuesta creerlo hoy, pero era así. Cada año, durante el invierno, los hombres conducían al ganado hacia el sur, donde la hierba siempre está verde. Los perros blancos tenían que emplearse a fondo para mantener a raya a todas aquellas ovejas en movimiento, y nosotros no les dábamos tregua —rio maliciosamente—. Los teníamos en guardia noche y día. A menudo nos enfrentábamos y había muchas bajas, por nuestra parte y por la suya. Hasta que los respectivos jefes de manada decidieron ponerse de acuerdo: durante el día nos exhibíamos en un ataque

ficticio a las ovejas y los perros nos hacían huir para recibir las felicitaciones de sus amos. Pero era un amaño en toda regla. ¡Una puesta en escena!

—Y los lobos, ¿qué ganaban con todo aquello?

—Muy sencillo: durante la noche o en los días de niebla, los perros nos dejaban robar alguna oveja sin dar la voz de alarma.

—Y los hombres, ¿no se daban cuenta?

—En aquella época no era como hoy. Estas montañas estaban repletas de ovejas. Había rebaños por todas partes. Para los pastores no era sencillo llevar la cuenta, sobre todo durante la trashumancia.

—Un pacto con los perros... —repitió Rio para sí mismo.

Ambro rio, burlón.

—Te parece una deshonra, ¿no? Bueno, a lo mejor tienes razón. Pero ya se sabe, la nostalgia de la juventud hace que a los viejos lo que era hueso nos parezca cordero.

La voz de Grigio los devolvió al presente.

—Ha llegado el momento.

El rebaño estaba cerca. Los lobos abandonaron las sombras de las hayas y reptaron por la hierba hasta llegar al llano del Pian Perduto. Había solo una ligera hondonada en aquella explanada. Perfecta para una emboscada.

Una vez más, los lobos volvieron a confiar en la velocidad de Alba.

—Intenta insinuarte, hermana —le tomó el pelo Falco.

—¿Insinuarme a los perros? ¡Qué asco!

—Hazte respetar, hija mía —le recomendó Selva—. ¡Que la Luna te proteja!

—¡Y que a vosotros os ilumine con sus rayos! —respondió Alba alejándose furtiva.

En el sol del atardecer, un relámpago gris pasó como una bala muy cerca de los dos perros pastores. Después de un instante de confusión, estos empezaron a ladrar con ahínco. El joven pastor levantó de golpe el ala del sombrero. Alba correteaba a la derecha y a la izquierda delante de los perros, moviendo la cola y haciendo gala de una actitud burlona. Luego se escapó corriendo invitándolos a seguirla. El joven pastor se puso en pie de un salto y se frotó los ojos. Un lobo, así tan de cerca. Era la primera vez que veía uno. Los perros empezaron a perseguir a la loba sin esperar órdenes de su dueño. Corrían mucho y ganaron terreno. Alba volvió la cabeza un par de veces para no perderlos de vista. Cuando estaban a punto de alcanzarla, la loba liberó toda la potencia de sus ágiles patas. Bastaron unos instantes para dejarlos atrás.

El pastor intentó perseguir a sus perros, gritando y gesticulando. Pero al rato se paró porque jadeaba sofocado.. Y justo en ese momento, a sus espaldas, oyó a las ovejas balar aterrorizadas.

El rebaño ondeó en masa por una parte y por otra rodeado de siluetas grises rápidas y escurridizas. El muchacho se acercó unos pasos a las ovejas, bastón en mano. Pero se detuvo porque le temblaban las piernas. Al final retrocedió y escapó hacia la aldea de Castelluccio sin mirar atrás.

En su huida, llamó en vano a sus perros. Dos puntos negros en la llanura enzarzados en una persecución imposible.

CAPÍTULO 8

Un amasijo de lana blanca jaspeada de rojo cayó estrepitosamente al suelo, levantando una ola de hojas secas.

Grigio recuperó el aliento.

No lejos de allí, Brugo y Rio también abandonaron a sus presas, exhaustos. La cacería había sido un éxito. Tres ovejas muertas, un pastor huido y dos perros perdidos.

—¿Habéis visto? —dijo Grigio exultante—. Tan fácil como beber de una fuente.

El botín era tan abundante que no hubo necesidad ni siquiera de recurrir a la jerarquía.

—Veo que no le haces ascos a la carne de oveja —se mofó Grigio dirigiéndose a Rio.

Este no respondió y siguió comiendo. Sabía que aquella comida les costaría cara.

—¡Dejadme un poco, glotones! —gritó una voz.

—¡Alba!

La ágil loba se coló en la sombra de la Macchietta. Las hembras de la manada la recibieron como se merecía: cabriolas grises y plata sobre una alfombra de hojas cobres.

Selva le lamió el hocico.

—¡Muy bien, hija mía!

Alba se dejó caer al suelo respirando profundamente. Después de hacer lo imposible por que los perros perdieran su rastro, había dado una vuelta entera al Pian Perduto.

—Pobrecillos, casi me han dado pena —comentó—. Los he dejado en las colinas del otro lado de la llanura. La última vez que los vi estaban arrastrando la lengua por el suelo.

Lama arrancó la pata trasera de una de las ovejas y se la ofreció.

—Ahora, come. Te lo mereces.

Tras la cacería en el Pian Perduto, la manada de la Sibilla se tomó unos días de serenidad. El estómago de los lobos estaba tan abultado que tenían que dormir estirados, en lugar de enroscados como suelen hacerlo. La barriga llena, además, contribuyó a relajar las tensiones.

Sin embargo, Rio estaba inquieto. Se aisló del grupo refugiándose en la colina herbosa próxima a la cima. El viento lucía su manto otoñal y la respiración de las hojas se había vuelto cansada y soñolienta. La brisa le robó los pensamientos y los empujó lejos.

—¡Aquí era donde te habías metido!

La voz de Lama lo sacudió.

—¿Qué tal la pata? —le preguntó él.

—Mucho mejor, gracias. —Se echó cerca de Rio—. ¿Y tu cuello?

Los músculos de Rio todavía estaban doloridos por haber transportado una oveja desde el Pian Perduto hasta la Macchietta.

—Todavía me duele pero tampoco demasiado.

—Gracias por haber participado en la cacería —dijo Lama. La luz del atardecer iluminó sus ojos de caramelo y Rio se perdió por un instante en aquellos dos pozos de luz profunda.

—¿Te he dicho alguna vez que hueles a aliso? —se aventuró a decir el lobo.

—¿Aliso? —Rio Lama—. Nunca lo he olido. Espero que huela bien.

—De maravilla —dejó escapar Rio escondiendo su mirada avergonzada en la hierba.

Cómo habría deseado irse con ella. Poder ser un jefe de manada para tenerla como compañera, siempre a su lado.

Por un instante, se sintió capaz.

Pero solo por un instante.

En los días siguientes, la manada de la Sibilla peinó su territorio palmo a palmo en busca de los ciervos. Para saber si el rebaño había vuelto, no bastaba simplemente con agudizar el oído, porque la época de la berrea había terminado y los machos de grandes cornamentas volvían a ser prudentes y silenciosos.

—Nada —anunció Gemma cuando se reunió con el resto de la manada en la Forca del Lago.

—Falco y yo hemos batido todo el valle del Tenna —dijo Rio—. Allí tampoco hay ni rastro.

—Ni en la ladera oriental —gruñó Lama.

Pero Grigio parecía tranquilo. Como si ya hubiera decidido qué hacer.

—Dentro de poco el hielo saldrá de las cavernas del norte —empezó—. Si encaramos el invierno mal nutridos, la Madre no tendrá piedad de nosotros. Tenemos que acumular energía, sobrevivir con fuerza hasta que vuelva el rebaño. —Hizo una pausa—. Cazaremos más ovejas.

Pronunció estas palabras mirando a Rio directamente a los ojos. Él no intentó siquiera replicar. Después del éxito de la última cacería, el resto de la manada se había posicionado en bloque junto a Grigio.

—Entonces, démonos prisa, ¿no? —exclamó Falco—. Solo de pensar en el frío me ha entrado hambre.

La manada tardó poco en llegar a la Macchietta. El amarillo de las hayas se había difuminado hacia un cobre reluciente, y las hojas volaban de las ramas para llamar a la nieve. Una ardilla con la cola tupida se coló en su despensa secreta.

Pero cuando se asomaron a la llanura, los lobos se llevaron una desagradable sorpresa. El Pian Perduto estaba desierto. No había rebaños a la vista, ni siquiera en las zonas más próximas a Castelluccio.

—¿Qué os esperabais? —dijo Rio—. ¿Una multitud de pastores ofreciéndonos a sus ovejas?

—Es por el frío —sentenció Grigio—. Se han llevado a las ovejas al Pian Grande, al sur de la aldea. Allí están los barracones y los rediles, en el centro de la llanura. Iremos allí.

Al oír nombrar el Pian Grande, Rio se sobresaltó. La idea de volver allí lo atraía y lo aterrizzaba al mismo tiempo. En aquel lugar había experimentado la despreocupación más auténtica. Pero también el horror más profundo y desesperado.

Los lobos flanquearon la cima del Redentore antes de llegar a un llano con una amplia hondonada en medio. Se trataba de una extensa depresión poco profunda a la que los lobos llamaban Conca. Rio solía venir a menudo cuando patrullaba las fronteras meridionales. Era uno de sus lugares preferidos, un carnaval de esencias perfumadas y colores.

Lo cruzaron a paso ligero, zigzagueando por el terreno cárstico entre hendiduras que se abrían aquí y allá, poco profundas pero traidoras. Cuando la tierra estaba húmeda y el viento ausente, la Conca se llenaba de niebla y se convertía en un gran cuenco rebosante de leche impalpable.

Pero aquel día el viento soplaba fuerte y tenso, agitando la exuberante vegetación de plantas espontáneas. A Rio lo embistió un cortejo de perfumes que reconoció enseguida como familiares: bajo sus pasos, la fragancia azul de las campánulas; a la derecha, el olor espinoso del cardo; un poco más adelante, en el borde de una profunda hendidura, una cenefa de cólquico cuyos pétalos se difuminaban del blanco al violeta; y luego, carlina blanca y, por último, en el lado este de la

Conca, el sutil perfume del geranio púrpuro. Por un instante tuvo la impresión de volver a ser cachorro.

Los lobos salieron de la hondonada y se detuvieron en un espolón redondeado.

El Pian Grande se extendía ante ellos, en toda su amplitud de hierba descolorida, encendida aquí y allá por las espigas doradas. Era una explanada completamente llana, mucho más amplia que el Pian Perduto, coronada por suaves montañas poco elevadas.

Algunas zonas estaban cultivadas por el hombre y, entre mayo y julio, el Pian Grande se vestía con prendas de colores: los campos de lenteja eran invadidos por el amarillo de las flores de la mostaza, mientras los cultivos de almorta crecían a la sombra roja de las amapolas. Un mar de acianos se picaba levemente sobre las plantitas de espelta. Un espectáculo que atraía a millares de hombres forasteros y que Rio también adoraba admirar, aunque fuera desde lejos.

En el extremo sur de la explanada herbosa se encontraba la única hondonada verdadera, el Fosso dei Mergani. Era una serpiente de agua que reptaba por el fondo de un bajo cañón con abundante hierba. Su cuerpo fluido discurría hasta entrar en un sumidero que en primavera aplacaba su sed con las aguas del deshielo.

Cuando Rio recorrió el enorme cauce desde lejos, le dio un vuelco el corazón. Allí era adonde iba a jugar con Gemma y sus otros dos hermanos cuando era uno de los cachorros de la gloriosa manada del Pian Grande. Por un momento, el recuerdo de aquellos tiempos felices lo envolvió y lo calentó. Era todo tan fácil y alegre entonces. Era tan fácil vivir.

—Falco, ¿qué ves? —le preguntó Grigio, sacudiendo a Rio de sus pensamientos.

—¡Muchas ovejas por el lado sur, cerca del gran Fosso! —respondió excitado—. Llevabas razón, padre.

—¿Hombres?

—Veo uno cerca de una barraca de madera. En cambio, ni rastro de perros... Espera, creo que sí. No... no tengo claro si son perros u ovejas.

—Estás a punto de descubrirlo —dijo Grigio partiendo con el viento en el hocico.

CAPÍTULO 9

Un pesado martillazo clavó una estaca de castaño en el suelo. El viejo pastor se secó el sudor. A pesar del frío, la reparación del recinto de las ovejas lo había hecho sudar. Miró a su alrededor inquieto, presa de un extraño presentimiento. Se percató de que Buly había levantado las orejas y estaba escrutando las colinas con aprensión.

El rebaño de ovejas pacía a poca distancia de la barraca de madera. El viento enmarañaba la cinta de humo que salía de una chimenea torcida entre chapas viejas. Un estruendo de cacharros se oyó desde dentro de la cabaña.

El pastor recogió sus herramientas y entró para calentarse. Era casi la hora de la cena.

—Se ha metido en la madriguera —dijo socarronamente Grigio—. Es el momento de atacar.

—¡Cuidado! —lo alertó Ambro—. Solo me ha quedado un ojo, pero con él me sobra para entender que esos dos perros no son simples bastardos. —Su voz se quebró—. Son pastores blancos.

No se equivocaba. La noble raza no se había extinguido del todo. Desde hacía unos años, el Parque Nacional de los Montes Sibilinos había promovido el ambicioso proyecto de recuperar al perro de la Maremma y de los Abruzos para los rebaños, seleccionando ejemplares purasangre y con todo su instinto. Proteger a las ovejas era un modo de reducir el conflicto entre los lobos y los hombres, y en muchas zonas del Parque el plan había obtenido óptimos resultados.

Pero no allí.

No con la manada de la Sibilla. Desesperada. Hambrienta. Dispuesta a todo.

—Tonterías, todos los perros son iguales —gruñó Grigio.

—Te equivocas, Grigio —rebatía Ambro—. Defenderán a las ovejas hasta la muerte.

—¡Pues entonces morirán! —tronó el jefe de la manada—. Son dos. Nosotros somos nueve. Y somos lobos —añadió, irguiéndose sobre sus robustas patas.

Emanaba tal fiereza que parecía el doble de grande. Pero su determinación no bastó para convencer del todo a la manada. Los demás observaron dudosos al rebaño y a los dos perros imponentes que montaban guardia. Grigio olió su indecisión.

—¿Qué os pasa? ¿Tenéis miedo de esos dos siervos asquerosos? Perros que crecen con las ovejas, ¡sometidos al rebaño! ¡Fijaos en cómo inclinan la cabeza delante de los corderos! Solo les falta que se echen sobre su lomo y les huelan el trasero —se rio sarcástico.

—¿Tenemos alternativa? —dudó Lama, verbalizando lo que pensaba.

—Vivir o morir, no queda otra —resumió Grigio—. El frío avanza y los ciervos no vuelven. Esas ovejas son nuestra salvación. Con los botines que nos esperan, os prometo un invierno rico y copioso. Y una primavera con muchos cachorros —añadió, dirigiéndose a Selva—. ¡Cachorros sanos y robustos, alimentados con carne de oveja! Y entonces sí que seremos una manada fuerte. Tan numerosa que podremos desafiar a Uro... y recuperar lo que es nuestro.

Su discurso había terminado y los ojos de los lobos brillaban como brasas encendidas.

La manada estaba con él.

Buly se estiró. Con un ladrido sumiso llamó la atención de Rud. El perro vigía estaba sentado a unos veinte metros del rebaño y miraba a las colinas. No respondió. Le había parecido ver algo,

allá a lo lejos, en la explanada herbosa. De repente se levantó y se quedó inmóvil. Un solo ladrido fuerte fustigó el aire.

Buly se plantó junto a él en un instante, con los ojos y las orejas clavadas en un animal de pelaje gris que se dirigía derecho hacia ellos.

Era una loba.

Una explosión de ladridos y gruñidos feroces alarmó a las ovejas, que se reunieron, en un grupo compacto.

Alba se paró a unos diez metros de los dos gigantes. Le temblaban las patas pero no escapó, decidida a adoptar la misma técnica que en el Pian Perduto.

Los dos perros no dieron un solo paso hacia ella. Siguieron ladrando como enloquecidos sin abandonar su posición.

El viejo pastor salió alarmado de la barraca junto a su hijo.

Alba intentó provocar a los perros. Orinó en la hierba y esparció la tierra mojada a su alrededor, raspando con las patas posteriores.

Una afrenta que Rud no pudo soportar. Por fin, el perro se abalanzó contra Alba seguida por Buly, y la loba salió corriendo. Dejarlos atrás habría sido fácil. La marcha de los perros blancos era pesada y más bien lenta.

El anciano tardó un poco en entender lo que estaba pasando. Luego, con terror, vio a toda una manada de lobos abalanzarse sobre su rebaño, por el flanco que Buly y Rud habían dejado descubierto.

Grigio y los demás se hundieron en la masa hormigueante de lana. Pero a Brugo todavía no le había dado tiempo a hincarle el diente a ningún cuello cuando sucedió algo inesperado.

Un silbido agudo interrumpió los balidos. Buly y Rud se detuvieron y dieron marcha atrás. En ese momento, Gemma vio emerger del rebaño a otro perro. Una hembra.

La feroz compañera de Buly se le plantó delante gruñendo, respaldada por otros dos pastores blancos que hasta aquel momento habían permanecido escondidos en el rebaño. Gemma fue presa del pánico y consiguió de milagro evitar un mordisco letal en el cuello.

—¡Retirada! —gritó instintivamente, sin esperar órdenes de Grigio.

Los lobos escaparon en todas direcciones. Todos menos uno.

—¡Eh, eh, eh! ¡Jútale!

El pastor dio una orden en una lengua tan antigua como las montañas.

Los perros rodearon a Grigio antes de que este pudiera escapar. Como un ejército que apunta al general adversario para despistar a los enemigos, los pastores blancos habían identificado al que mandaba en la manada de lobos y lo habían cercado por todos los lados.

Grigio daba vueltas sobre sí mismo, buscando un hueco. Delante de él solo veía gigantes blancos y colmillos afilados. Eligió al que le pareció más joven y se le abalanzó al cuello. Pero el espeso pelaje del perro escondía una dolorosa sorpresa: un collar con afilados pinchos de hierro. Una punta perforó el paladar del lobo, y un chorro caliente le inundó la boca. Estupefacto, Grigio gruñó y soltó a la presa. Se tambaleó levemente, tragando buchets de sangre. De *su* sangre, se percató con horror.

El pastor más joven entró corriendo en la barraca y sacó un puñado de cartuchos de una cajita metálica. El frío cañón de una escopeta asomó de debajo de su catre.

—¡Eh, eh, eh! ¡Shhhhu! ¡Jútale!

Aquel nuevo reclamo azuzó a los perros. Rud se abalanzó sobre Grigio con las patas hacia delante como flechas.

Pero algo lo bloqueó desde atrás. La manada de la Sibilla no había abandonado a su jefe. Los colmillos de Selva traspasaron los músculos del perro, que lanzó un gáñido de dolor mezclado con sorpresa. Rio y Lama se enzarzaron en la pelea, mientras Falco y Alba no dejaban de correr alrededor para distraer a los perros y ofrecerle una escapatoria a su padre.

Dos de los perros abandonaron su posición y Grigio se precipitó por el hueco. Estaba libre.

—¡Fuera... fuera de aquí! —gritó, babeando sangre.

Pero ya era tarde.

Un estruendo. Un golpe seco hizo pedazos el cráneo de Grigio.

El lobo se desplomó, sus pensamientos se apagaron.

El hijo del pastor cargó la escopeta con otro cartucho. Los lobos se escaparon volando como el viento sobre la hierba, hacia las colinas. El único que seguía a tiro era Rio, al que dos perros habían dejado sin escapatoria. El lobo corrió hacia el Fosso dei Mergani. El segundo disparo le silbó sobre la cabeza en el preciso instante en el que se sumergió en la hendidura.

Rio casi rodó por la ladera y notó cómo la hierba se mojaba bajo sus patas. En el fondo del desfiladero, la tierra estaba empapada de agua. Las gotas le salpicaron el cuello y le mojaron el hocico nublándole la vista. De repente se encontró en el pasado, en sus primeros meses de vida. ¡Cuántas horas en aquel lugar con Gemma, Spino y Vento, persiguiéndose mientras el agua fresca del Fosso aliviaba el bochorno pegajoso de su primer verano!

Volvió al presente. Había corrido hasta el límite más al sur del cañón herboso y ante él se abrió de pronto el Inghiottitoio.

Un torbellino oscuro, sin fondo.

Cuando era cachorro, aquel lugar les estaba prohibido a él y a sus hermanos. «Demasiado peligroso», repetía su madre. A pesar de eso, mientras sus padres estaban cazando o reconociendo el territorio, Rio y los demás visitaban a escondidas el borde del precipicio. En otra época los habitantes de la zona habían colocado largos postes de hierro de una parte a la otra del despeñadero para que nadie se cayera. Pero las estaciones y el paso del agua los habían podrido. Solo quedaba uno, en malas condiciones y oxidado, pero que todavía hacía de puente entre las dos orillas del Inghiottitoio. Un paso peligroso y tambaleante que los cachorros miraban con temor hechizado.

—Quien sea capaz de cruzarlo se convertirá en jefe de manada —decía Vento.

Y un día, cuando el valiente lobeño había apoyado la pata en el metal, los demás cachorros habían cerrado los ojos. Un paso después de otro, sin mirar nunca abajo, Vento había llegado al otro lado. Spino, siempre rivalizando con su hermano, había aceptado el reto y él también había cruzado con éxito. Y Gemma no iba a ser menos. Era ágil y audaz desde pequeña y había alcanzado a sus hermanos.

Solo Rio se había quedado en el borde, incapaz de superar un miedo más grande que él. «Nunca serás jefe de manada», se habían mofado de él los demás.

Nunca serás jefe de manada.

El lejano ladrido de los perros lo despabiló, llevándose los recuerdos como una ráfaga repentina. «¡Despiértate, estúpido!», pensó Rio, aplanándose en el suelo.

Una sombra avanzó hacia él arrastrándose por el fondo del zanjón. El lobo miró a su alrededor. Las paredes laterales eran demasiado abruptas; solo un rebeco sería capaz de treparlas. La única vía de escape era superar el precipicio pasando por encima del tubo. Dudó, luego dio un paso hacia el Inghiottitoio.

El sol se había puesto hacía tiempo, la noche temblaba y el Fondo del Fosso estaba inmerso en

la penumbra. El precipicio se abrió bajo Rio y pareció tragárselo. Un antiguo vértigo lo hizo tambalearse. Desistió.

¡Maldición!

Gruñendo, se volvió hacia la amenaza que ya lo alcanzaba. La sombra estaba a pocos pasos de él.

—¡Aquí estás, por fin!

La voz de Gemma fue un rayo de sol en la tormenta.

—Sabía que te meterías aquí dentro —jadeó—. Tenemos que irnos de aquí.

—¡No! —replicó Rio—. Quiero volver con Grigio.

Gemma sacudió la cabeza.

—Grigio está muerto. Lo he visto caer bajo los disparos de la escopeta.

—A lo mejor solo está herido —insistió Rio—. Quiero ir a ver.

Gemma se rindió. Los dos volvieron sobre sus pasos y recorrieron todo el Fosso dei Mergani. Salieron con prudencia cuando el llano ya estaba oscuro. Las ovejas estaban en el redil, y los perros blancos montaban guardia dentro y fuera del rebaño.

En aquel momento, un haz de luz se abrió sobre sus cabezas.

—Ayúdame a levantarlo —dijo el viejo pastor.

El hombre y su hijo habían transportado a Grigio hasta la entrada de la barraca. Le habían atado las patas posteriores y lo habían izado de la viga de metal que sostenía la fachada de su refugio. Así, colgando, con las cuatro patas completamente estiradas, el lobo superaba en altura a los dos pastores. La cola describía una curva en el dorso como cuando Grigio hacía valer su rango dominante. Aunque ahora aquella pose fuera solo fruto de la gravedad, parecía que el lobo no hubiera abandonado su papel de jefe de manada ni siquiera en la muerte.

—Lo que pagaría por hacerle una foto —dijo el joven—. Mira qué disparo.

La linterna iluminó la cabeza del lobo. El proyectil le había alcanzado la nuca; la sangre se había coagulado en los ojos y en la boca. Una máscara inmóvil de rabia y sorpresa.

—¡Pero qué foto ni foto! —saltó su padre anciano—. Lo que tenemos que hacer es deshacernos de él lo antes posible. Si lo descubren los del Parque, tendremos problemas.

—¡Pero ha atacado a las ovejas! —protestó el chico—. Y además es el segundo ataque en pocos días, en las llanuras.

—Ya sabes que los guardas no tienen en cuenta eso. Para ellos son más importantes estos diablos que unos trabajadores honrados como nosotros.

El hijo tocó el pelaje de Grigio, espeso y suave. Pero retiró enseguida la mano, invadido por un inexplicable temor.

—De acuerdo, excavaré un hoyo en el Fosso dei Mergani y lo meteré allí —dijo al final.

—Excava rápido y hondo entonces —le aconsejó el viejo—. Y llévate a Buly y a Rud.

CAPÍTULO 10

Ambro se echó al suelo a pocos pasos de la Gruta. Estaba agotado y respiraba con dificultad. Lama se le acercó y le rozó el hocico con afecto.

—Descansa.

—¿Qué les habrá pasado a los demás? —se preguntó el viejo lobo.

—He oído un disparo de escopeta cuando huía —farfulló Falco, todavía muy afectado.

—Me temo lo peor —dijo Lama con tono grave.

Selva estaba inmóvil en el borde del despeñadero y miraba a la oscuridad.

—Esos malditos perros han salido de la nada —gruñó Brugo—. Si no hubiera sido por esos collares, los habríamos... ¡los habríamos destrozado!

Selva se puso tensa.

—Se acerca alguien.

Dos lobos salieron de la oscuridad, como fantasmas de regreso del reino de los muertos cruzando las aguas oscuras del lago de Pilato.

—¡Rio, Gemma! —gritó Lama corriendo a su encuentro, seguida por Alba, Falco y Brugo.

Ambro levantó la cabeza, contento al ver que estaban a salvo.

Selva no se movió.

—¿Y Grigio?

—No volverá —murmuró Rio.

Selva se sobresaltó.

—¡No puede ser!

Gemma se le acercó y le habló con dulzura:

—Por desgracia, Rio dice la verdad. Grigio, tu compañero, nuestro jefe... ahora corre por el Bosque Sin Fin.

—¡No, no puede ser! —gritó Falco.

—¡Pobre de mí! Ha caído por culpa del hombre —continuó Gemma.

Ni en aquella ni en otras ocasiones posteriores contó nada del cuerpo de Grigio colgado boca abajo como una bestia de matadero; ni del escarnio de los perros moviendo la cola y ladrando alrededor de su jefe humillado.

—Pero ¿estáis completamente seguros? —preguntó Alba, desesperada.

—Cuando se hizo de noche volvimos a la barraca —contó Rio—. Uno de los hombres cargó el cuerpo de Grigio... en una carretilla. Luego se acercó a nosotros, seguido por dos perros. Entonces ya nos alejamos, intentando quedarnos a sotavento.

—Sigue —lo exhortó Selva, fijando un punto en el vacío. Su voz se había vuelto distante y apática.

—Ese hombre maldito bajó al Fosso y se quedó allí un buen rato. Cuando se fue, esperamos a que la luz de la barraca se apagase y bajamos arrastrándonos hasta allí. No había ni rastro de Grigio. Pero en un punto encontramos tierra removida.

—No han tenido bastante con matarlo —exclamó Brugo, consternado—. ¡Han tenido que enterrarlo también!

—¡Es terrible! ¡Decidme que habéis hecho algo! —les imploró Alba.

—Lo hemos desenterrado, naturalmente —explicó Gemma intentando dominar la sacudida emotiva—. Rio se lo ha llevado lejos, mientras yo rellenaba la fosa. Los humanos no se darán cuenta.

—¿Dónde lo habéis dejado? —preguntó Selva con un hilo de voz.

—Bajo las estrellas.

—¿Estáis seguros de que los cuervos lo verán?

—Por supuesto —dijo Rio—. Mañana en cuanto salga el sol se le posarán encima.

Falco sacudió la cabeza y bajó corriendo por la pendiente, desesperado. Se detuvo solo cuando llegó a la fuente. El musgo que servía de manto a las rocas rezumaba agua, llorando junto a él.

Lama lo alcanzó.

—Ya lo sé, es duro, cachorro mío —dijo dulcemente.

La desesperación de Falco se transformó en rabia.

—¿Por qué la Gran Madre ha permitido que mi padre muriese? ¿Acaso no es nuestra tierra?

Lama dudó.

—La Gran Madre no se preocupa por nosotros. A veces es amorosa. A veces es despiadada. Pero no se preocupa por la vida de cada uno de nosotros. La Madre se preocupa solo por que todo se mantenga en equilibrio, y nosotros somos instrumentos en sus manos. Nuestras penas o nuestras alegrías, a Ella le importan bien poco.

—¡Así que estamos solos! —dijo Falco.

—¡No, no, no estamos solos! La Luna siempre está con nosotros. La cándida Luna que la Madre dio a luz cuan-

do los lobos no corrían todavía bajo las estrellas, antes de que llegaran los hombres. —Lama lamió amorosamente el hocico del joven lobo—. Aunque a veces no comprendas el porqué de las cosas, debes saber que la Luna vela por nosotros. Ahora tu padre resplandece en sus rayos.

Falco la miró a los ojos, desconfiado.

—Es así, estoy segura —insistió Lama—. Venga, ahora volvamos a la Gruta. Los demás están empezando con el canto.

Una oración se elevó desde la cima del monte Sibilla. Un canto fúnebre, lento y afligido. Los aullidos resbalaron por los prados y se perdieron entre los troncos de los árboles desnudos.

Pero antes de deshacerse en el aire fueron recogidos por orejas agudas, más allá del valle del Tenna.

CAPÍTULO 11

La mañana trajo nubes hinchadas de nieve.

Falco se quedó hipnotizado por los copos que caían en lentas espirales. Era su primera nevada. De pronto, preso de una euforia repentina, empezó a correr y se lanzó donde el viento había acumulado una blanda capa de blanco. Emergió con un palmo de nieve en el hocico y se sacudió en una explosión chispeante de cristales de hielo. Su emoción contagió también a Alba, que se puso a brincar. Falco empezó a correr en círculo, luego se metió entre los arbustos y salió dando un salto que lo llevó a chocar con su hermana. Los dos rodaron por la nieve y se enzarzaron en una carrera desenfrenada por la cándida pendiente.

—¡Qué tiernos estos cachorros! —suspiró Gemma mirándolos con afecto—. Por lo menos se distraen un poco.

—Esta nieve es un regalo de la Luna —dijo Lama levantando la mirada hacia el cielo.

Rio se ensombreció.

—Lo sería todavía más si tuviéramos ciervos que cazar.

Los lobos se quedaron en silencio observando cómo el mundo se empolvaba de blanco. Con cada respiración, un bufido de vapor buscaba, irreverente, un copo gélido en la nevada, envolviéndolo en un abrazo templado.

Falco y Alba se tumbaron en el suelo entre los adultos, rendidos. Falco, de regreso bruscamente a la realidad, se volvió a desanimar y le puso voz a la pregunta que les rondaba en la cabeza a todos pero que nadie se atrevía a formular.

—¿Quién será el jefe de la manada ahora?

Falco era joven y no había conocido ningún poder que no fuera el de su padre.

—Es una pregunta importante —dijo Ambro—. Una elección difícil, a pocas horas de la muerte de Grigio. Pero tenemos que decidirlo. Y de prisa.

Grigio había sido un jefe de manada decidido e inflexible y, a veces, duro. Pero, en el fondo, todos lo habían respetado y amado. Él había sido su guía. Él decidía, sin dudar. Un jefe de manada tenía que ser así: seguro, asertivo, tranquilizador. Ahora que ya no estaba, los demás se sentían perdidos, además de profundamente doloridos. Incluso Rio, que era evidente que no había tenido con Grigio una relación idílica, estaba muy afectado por su muerte. Su rencor hacia los hombres no hizo sino avivarse.

Los lobos se escrutaron los unos a los otros, preguntándose quién sería el más adecuado para guiar a la manada. Falco y Alba, si bien eran los hijos de Grigio, eran demasiado jóvenes e inexpertos para convertirse en jefes. Brugo, hasta unos meses antes, era el *cola baja* de la manada de Uro, así que no tenía madera de líder. Excluyendo por razones obvias a Ambro, quedaban Rio, su hermana Gemma, Selva y Lama.

—Selva es la hembra dominante —dijo al final Rio—. Le corresponde a ella el mando.

Selva lo miró con ojos apagados. Era como si las palabras de Rio le llegasen de un mundo lejano.

—La hembra dominante ha muerto con su compañero —respondió con un hilo de voz, abandonándose cansada en el gélido manto de nieve.

Estaba claro que la loba no era capaz de tomar las riendas de la manada.

—Si mi opinión vale para algo —dijo Gemma—, Rio debería convertirse en el nuevo jefe. ¿Es o no es el segundo en la jerarquía en la línea de dominio de los machos?

Señales de asentimiento y gañidos de aprobación fueron la respuesta del resto de la manada.

Rio se encontró asediado entre una sensación de incapacidad y las ganas de determinar su propio destino. Ya no como gregario sino como lobo alfa. Con una compañera toda para él. Sus ojos se posaron en los de Lama, tan dulces y sabios, en su pelaje plateado y en el sutil vetado de color cobre que le acompañaba en los costados.

Hacerse con el papel de dominante de aquel modo, gracias a la muerte de Grigio, no le parecía justo. Pero ¿podía elegir? Cerró los ojos e inspiró profundamente mientras los demás le imploraban que asumiera el mando. Sus voces se perdieron en la lejanía y él se volvió a encontrar una vez más en el Fosso dei Mergani, frente al Inghiottoio, donde Vento y Spino lo animaban a que superara sus miedos.

—Yo os guiaré —terminó por declarar, intentando disipar sus incertezas.

Los lobos abandonaron la Gruta y descendieron a una cota más baja. Lo hacían todos los inviernos, cuando empezaba a nevar. Al acumularse el manto blanco, las vertientes eran barridas por frecuentes aludes. El año anterior una avalancha había llegado a obstruir el acceso a la Gruta. Pero la nieve también se consideraba una bendición porque facilitaba enormemente la caza del ciervo.

Elegantes y sinuosos, los lobos avanzaron en fila india pisando las mismas huellas y alternándose en la cabecera para ahorrar energía. Llegaron a un pequeño teatro rocoso que un bosque de jóvenes hayas protegía del viento.

—Descansaremos aquí hasta que oscurezca —dijo Rio.

—¿Y luego? —preguntó Brugo, movido por un inquietante presentimiento.

Había llegado el momento. Rio tenía que tomar su primera decisión como jefe de la manada. De su voluntad dependía ya la vida o la muerte de sus compañeros. Dio vueltas y más vueltas a todas las alternativas, pero cuanto más se atormentaba, más claro veía que solo quedaba una posibilidad para superar el invierno: infringir una de las leyes más importantes de los lobos.

—Cuando se haga de noche haremos una incursión en el territorio de Uro.

En cuanto pronunció esas palabras, Rio se dio cuenta de que, si hubiera sido Grigio el que hubiera tomado esa decisión, él se habría opuesto sin dudar. Habría invocado las antiguas leyes, el respeto, el honor. Sin embargo, ahora que se había convertido en el jefe, la responsabilidad de la manada lo obligaba a pactar con su propia conciencia. Se avergonzó.

—Los ciervos son nuestra última esperanza —añadió en un intento de convencer y, sobre todo, de convencerse.

La manada, cansada y hambrienta, acató las órdenes con resignación. Sin carne y con aquel frío ninguno de ellos duraría más de unos días. Merecía la pena arriesgarse a ser interceptados por Uro. Brugo también lo entendió así y no dijo nada.

La temperatura se desplomó y los copos de nieves caían copiosos incluso a aquella cota. El viento castigaba los hocicos de los lobos con agujas de hielo arrancadas de las cumbres nevadas. Los lobos se desperdigaron por el suelo, enroscados, con la cola tocándoles la nariz, y tardaron poco en abandonarse a un sueño inquieto.

El único que no se durmió fue Rio. El rabioso aullido del viento evocaba en su mente la aparición de amenazantes figuras grises procedentes del monte Bove.

Un par de horas más tarde, un palmo de nieve cubría a los lobos de la Sibilla. Ocho pequeños

montículos de blanco sobre una alfombra cándida. Estaban bien preparados para soportar el hielo. Su piel estaba formada por dos capas: la exterior, compuesta por pelo largo y tupido, los protegía del viento gélido; la interior era lanosa y estaba impregnada por una sustancia aceitosa que aislaba la piel del agua.

Cuando la luz empezó a huir al otro lado de las montañas, Falco se despertó sacudido por los lamentos de su estómago. Se puso en pie sobre las cuatro patas sacudiéndose la nieve. Despertó a Alba, que dormía a un paso de él. Luego le tocó a Gemma, que se estiró, bostezando y sacando la lengua en una curva rosa.

Poco después los lobos se reunieron alrededor de Rio, gañendo y lamiéndole el hocico por turnos, como ocurría cada vez que se despertaban en homenaje al jefe de la manada. Era la primera vez para Rio, que se sintió un poco abrumado.

—¡Ambro, despierta! —dijo Falco acercándose al último montículo.

Hundió con cuidado una pata en la nieve para despertar al compañero. Pero sus almohadillas tocaron algo duro y frío. Por un momento pensó que había dado con una piedra. Se puso a excavar con un mal presagio.

—¡Venid, rápido! —gritó.

En dos saltos, Rio lo alcanzó. De la nieve emergía la piel de Ambro, gris con llamas color sepia. El cuerpo que envolvía estaba rígido y frío.

El hielo se había llevado consigo al viejo lobo, en silencio, sin piedad.

—Él también... —susurró Alba.

—Luna, ¿qué te hemos hecho? —gruñó Rio, elevando la mirada al cielo blanco.

Gemma se acercó a Ambro y restregó la frente por aquel cuello inmóvil. Pensó que el invierno se hacía acompañar de un destino infame y oscuro, y que para nada valían las oraciones a un dios que no tenía orejas para escucharlas.

La manada de la Sibilla parecía víctima de un maleficio.

Los lobos se quedaron durante mucho tiempo junto al cuerpo del viejo Ambro, incapaces de decir nada. Pensaron en su vida de luchas, enfrentamientos, victorias y derrotas. Una vida que había vivido con honor y dignidad, incluso cuando se convirtió en un simple *cola baja*.

—Ni siquiera podemos cantarle —dijo Lama desconsolada, escrutando temerosa el cercano monte Bove—. Nos oirían.

—Dejémoslo a los cuervos —dijo Rio—. Rindamos un homenaje a su memoria dedicándole la captura de un gran ciervo.

Intentaba infundir valor a la manada, precisamente él, que era el más necesitado de ello.

Los lobos se pusieron en camino, mientras una gélida sábana de copos caía sobre el cuerpo del viejo lobo envolviéndolo en un féretro cándido.

Ya cerca del nacimiento del río Tenna, la nieve dejó de caer.

Al otro lado del riachuelo empezaba el territorio de Uro.

Antes de cruzar la frontera, Rio se dirigió a los dos lobos más jóvenes.

—Alba, Falco: quizás sea mejor que os quedéis aquí.

Pero se arrepintió en seguida de ese *quizás*. Si quería ser un jefe, tenía que decidir sin dudar.

—¡De eso nada! —replicó Alba—. Ya soy casi adulta. Si no quieres que os acompañe, tendrás que atarme con una cuerda a un árbol, como hacen los humanos con los perros.

—Yo también voy —se unió Falco—. Si no, mi hermana se reirá de mí hasta el próximo invierno.

Lo había dicho con tal ligereza que Rio no pudo ofenderse por aquella pequeña rebelión. El

lobo se limitó a mirar al otro lado del torrente y a cruzarlo.

Luego avanzó unos pasos y prestó atención.

Parecía que hasta el riachuelo se hubiera parado, conteniendo su fragorosa respiración de agua. Rio se esperaba que una avalancha de lobos rivales saliera del bosque.

Pero no ocurrió nada. La Luna se hizo un hueco entre las nubes dibujando las sombras de los lobos en aquella hoja de nieve. Habría sido una noche mágica, sin la amenaza de un peligro mortal. Sin embargo, aquella amenaza se cernía sobre ellos y de qué manera. Ningún lobo había sobrevivido jamás a la invasión del territorio de Uro.

Fueron pasando los demás, desfilando uno tras otro. Al final de la fila, Brugo dudó. La última vez que había cruzado aquel torrente lo había hecho en sentido opuesto y se había jurado a sí mismo que no volvería a pisar el monte Bove. Lo que más lo asustaba no era pensar en el jefe rival sino el recuerdo de Ferro, el brazo derecho de Uro. Ferro se había dedicado a torturar a Brugo desde que era un cachorro, desahogándose con él por todas sus frustraciones y ambiciones reprimidas. Hasta que, al enésimo enfrentamiento, Brugo se había rebelado hiriéndolo en un costado y marcando para siempre su destino: huir o morir.

Brugo arrumbó en un rincón los recuerdos dolorosos y cruzó el confín.

Subieron un desfiladero estrecho. Las narices de Rio olieron el viento en busca de una pista que los condujera al rebaño de ciervos.

«No pueden haber subido mucho con esta nieve», pensó.

Luego oyeron pasos. Patas que se hundían en el manto blanco. Muchas. Rápidas. Iban a su encuentro.

El pánico se adueñó de la manada.

—Nos han descubierto —musitó Falco.

—¡Malditos, nos estaban esperando! —gritó Gemma.

Rio olisqueó el aire y percibió un olor inconfundible. Le brillaron los ojos.

Rápidamente condujo a la manada a un cañón poco distante que se abría entre las rocas. Los lobos se introdujeron en aquella grieta estrecha y oscura, de apenas un paso de ancha. Se quedaron inmóviles, a la escucha.

Los ruidos se hicieron más cercanos. Un concierto de pasos y arbustos partidos.

De pronto, la imponente silueta de un ciervo pasó por delante de su escondite. Falco dejó los colmillos al descubierto y dio un paso al frente. Pero Rio se cruzó y lo detuvo. El ciervo prosiguió su camino precipicio abajo seguido por los demás. Por muchos más. Toda la manada desfiló por allí. Iban de vuelta al monte Sibilla.

Cuando la última de las presas lo superó, Rio se asomó por la cavidad. El resto lo imitó. Los lobos siguieron el rebufo del rebaño de ciervos, silenciosos como espectros ondulantes en la nieve. Cuando vieron que el último ciervo cruzaba el torrente, Rio dio la señal.

La manada se abrió en abanico. Las colas levantadas, las orejas hacia delante. Los lobos bajaron como una avalancha hacia el rebaño. Los lobos volaron por encima del torrente, salpicando perlas de agua en la noche, persiguiendo a sus presas y empujándolas cada vez más profundamente hacia el corazón de la Sibilla.

Un macho pesado se quedó atrás, renqueando en la nieve alta. Rio se percató y lo apuntó decidido. En unos instantes el ciervo de los grandes cuernos fue alcanzado y rodeado por los lobos, ágiles y veloces gracias a las anchas patas que les hacían flotar en la nieve helada.

El ciervo jadeaba, el hocico hacia arriba, los ojos enloquecidos. La Luna centelleó en las puntas de su corona. En aquel momento la manada estrechó el cerco alrededor de la presa. Brugo

le mordió un muslo al ciervo y él se giró de golpe y embistió con los cuernos. Era lo que esperaba Rio. El jefe de la manada le saltó al cuello. Un sonido ronco rebotó en los troncos pulidos por el hielo. Otras fauces clavaron los colmillos.

El ciervo cayó.

Mientras los lobos saciaban su hambre, Rio miró a Lama a los ojos. La loba correspondió con una mirada de ámbar.

La manada de la Sibilla tenía un nuevo jefe.

Y Lama sería su compañera.

CAPÍTULO 12

U nas semanas después, el invierno concedió una tregua inesperada. Las cimas no se deshicieron de su sombrero blanco resplandeciente pero la nieve se derritió casi por todas partes. El viento templado ronroneaba entre los robles, tocando las hojas secas que colgaban aún de las ramas como pequeñas castañuelas. Por los prados todo florecía antes de tiempo.

Al derretirse la nieve repentinamente, la manada de la Sibilla volvió a usar la garganta del Infernaccio como trampa. Aunque aquella forma de cazar nunca había sido la preferida de Rio, se inclinó por esa estrategia exitosa por el bien de la manada.

Ahora era él quien dirigía la batida, mientras Brugo, que había ascendido a macho beta, esperaba al acecho en la Garganta, respaldado por Falco. Desde su regreso, los ciervos no habían dado señales de querer abandonar el territorio de la Sibilla, que en invierno recibía mejor los rayos del sol y tenía más pastos que el monte Bove. Rio y los demás, por su parte, se encargaban de organizar las batidas de forma que los ciervos quedaran lejos del territorio de Uro.

Después de los lutos, el hielo y el hambre, aquel periodo sereno volvió a despertar el buen humor en la manada y los lobos retomaron sus juegos. Solían hacerlo en los momentos de descanso entre cacerías. Siempre empezaba Falco. Elegía cada vez a un adulto distinto y se tumbaba delante de él por sorpresa, con las patas delanteras separadas y estiradas hacia delante, la cabeza gacha y el trasero levantado. Entonces empezaba el juego. Los lobos se ponían a correr como locos, a pelear de broma entre gañidos y gruñidos fingidos. Otras veces, el cachorro recogía una rama y salía corriendo. Entonces los demás lo perseguían intentando quitársela de la boca. Así que se enzarzaban en furiosos tirones de un lado y de otro hasta que la rama se partía y los contendientes rodaban por el suelo.

Selva era la única que no participaba. Le alegraba volver a ver a sus hijos serenos y no parecía triste por haber perdido el papel de hembra dominante. Sin embargo... sin embargo, no conseguía sacudirse la apatía, la sensación de ausencia provocada por la desaparición de Grigio.

Hasta los aullidos de la manada habían cambiado. Desde que se había convertido en macho alfa, el canto de Rio se había vuelto más profundo, cargado de una armonía melancólica y conmovedora. Aquellas notas arrastraban a la manada a una sinfonía que daba escalofríos, ultraterrena, jamás oída antes en esas montañas.

Sentado en un roca distante, Uro estaba de pésimo humor.

El refugio del monte Bove estaba salpicado de huesos de ciervo lavados por la nieve. Uro debería alegrarse, eran todas presas capturadas por su clan. En cambio, no estaba satisfecho.

Desde que los ciervos habían vuelto al monte Sibilla, la manada de Uro había vuelto a cazar rebecos en escarpadas pendientes pedregosas. Pero no era fácil capturar a aquellos funámbulos de las rocas, siempre dispuestos a refugiarse en rellanos inaccesibles, indiferentes a los vacíos que se abrían a sus pies.

Su grupo familiar estaba formado por doce lobos y en primavera su compañera le daría más cachorros. Uro guiñó los ojos con irritación. Demasiados lobos para un territorio tan avaro en presas.

Ferro interrumpió sus pensamientos:

—Se te saluda, Uro —dijo acercándose con la cola baja—. ¿Puedo preguntarte qué turba tus pensamientos? Te veo... preocupado.

—Tengo mis motivos —sentenció Uro—. No es fácil volver al rebeco después de probar la carne de ciervo. Y la manada tendrá nuevos miembros dentro de poco.

—Precisamente de eso te quería hablar —dijo Ferro con cierto brillo en los ojos—. Creo que ha llegado el momento de conquistar un territorio acorde con tu grandeza.

Y miró de reojo al monte Sibilla.

Uro lo escudriñó sorprendido. Era como si Ferro le hubiera leído el pensamiento.

—Me refiero al territorio de la Sibilla.

—Ya me he dado cuenta —rebatió Uro—. ¿Me estás sugiriendo que infrinja la antigua ley?

—La ley también dice que el bien de la manada está por encima de cualquier cosa —recordó Ferro con malicia—. Y el bien de *nuestra* manada ahora es, precisamente, un territorio más amplio.

Uro sopesó las palabras de su brazo derecho.

—Grigio es un rival duro. Aunque nosotros seamos más, no será fácil conquistar el monte Sibilla —reflexionó, dedicando una mirada a los demás.

La manada del monte Bove descansaba entre las rocas disfrutando de la tibieza de aquel anticipo de primavera. Dos lobos jóvenes se disputaban el fémur de un perro, que era lo único que quedaba de uno de los perros salvajes que, tiempo atrás, habían empujado a los ciervos a su territorio. Los demás habían huido aterrorizados.

—Desde luego, Grigio es un hueso duro de roer —coincidió Ferro—. Pero quizás habría que decir *era*.

—Sigue —lo apremió el jefe de la manada.

—Bueno, en los últimos días he batido la frontera sur de nuestro territorio. Por allí abajo, en el valle sombrío cerca del torrente, la nieve todavía no se ha derretido y he contado con claridad las huellas de siete lobos.

—¿Qué me quieres decir?

—Pues que ninguna llevaba el olor de Grigio.

Uro entreabrió la boca, absorto.

—Hace tiempo el viento trajo hasta aquí los aullidos de la Sibilla. Y es verdad que la voz de Grigio no aullaba en el coro. Y tampoco la del viejo jefe de la manada.

El recuerdo de Ambro seguía muy vivo en su mente. De joven, Uro se había enfrentado con él en la frontera y todavía tenía la señal: una larga cicatriz que le cortaba el hocico transversalmente, desde un ojo hasta una comisura de la boca.

—Entonces las cuentas salen —se rio maliciosamente Ferro.

Uro se irguió encima de la roca y dirigió la mirada a la cumbre picuda del monte Sibilla.

Los ojos le brillaron ávidos.

CAPÍTULO 13

El alba se despertó mojada de lluvia.

Lama y Gemma se dirigieron como cada día hacia la frontera del norte. A lo largo de los arroyos y torrentes se levantaban vapores densos, mientras el musgo bostezaba en las rocas húmedas, despabilado por la ducha matutina.

Las dos lobas saciaron su sed en una poza a los pies de una roca.

—¿Has visto cómo ha crecido Falco en el último mes? —dijo Lama.

—Sí, se hará un lobo fuerte. Dentro de poco tendremos que decidir su grado. —Suspiró Gemma—. Me entristece la idea de no tener ya un cachorro en la manada, ¿sabes?

—Bueno, no tendrás que esperar mucho... —susurró Lama—. Si la Luna quiere.

Gemma se la quedó mirando sorprendida.

—¿Quieres decir que tú y Rio...?

Si hubiera podido, Lama se habría sonrojado.

—Estoy preñada, sí.

—¿Qué noticia más maravillosa! —dijo la hermana de Rio—. ¿Se lo podemos contar a los demás cuando volvamos a la Gruta?

En ese momento un aullido se encaramó desde la vaguada. La respiración de las lobas se quedó prendida de aquel reclamo. No pertenecía a nadie de la manada.

—¿Quién se atreve a entrar en nuestro territorio? —exclamó Gemma.

Lama se quedó muda, a la escucha. Y oyó de nuevo el aullido.

—A lo mejor es un lobo solitario en busca de una nueva manada a la que unirse —se aventuró Lama.

Gemma se acordó de cuando ella y Rio, todavía unos cachorros, se presentaron ante Grigio, cansados y desnutridos. Se habían arrastrado a sus pies, gañendo y gimiendo, implorando que los aceptaran en la manada. No lanzaron un reclamo descarado como estaba haciendo ahora aquel intruso.

—Vamos a ver quién tiene la desfachatez de aullarnos en nuestra propia cara —dijo Gemma.

Bajaron la pendiente y se pararon en una cresta de roca. Los aullidos provenían de un claro un poco más abajo.

—¿No sería mejor avisar a los demás? —murmuró Lama.

—Plantémosle cara ahora. No quiero que este insolente se vaya de rositas diciendo por ahí que la manada de la Sibilla no vigila sus fronteras.

Las lobas avanzaron cautas hacia el claro. Y vieron a un lobo tumbado en la hierba. Parecía que estaba en apuros. Levantó el hocico hacia el cielo y lanzó otro reclamo, esta vez de sufrimiento.

Gemma dio un paso:

—¿QUIÉN ERES? —gritó.

El lobo no respondió. Se quedó un momento mirándola y luego abandonó la cabeza en la hierba.

Lama se acercó lentamente y alargó el hocico para oler al intruso. Su olor le erizó la piel.

—Es de la manada de Uro —dijo, retrocediendo y enseñando los colmillos.

En ese momento Gemma detectó un movimiento en el bosque. Varias formas oscuras tomaron cuerpo entre los árboles.

—¡Es una emboscada! —gritó.

Llevaba toda la razón.

Uro y Ferro salieron de un brinco de la vegetación espesa. El lobo echado en el suelo saltó como un rayo y le clavó los colmillos a Gemma en un costado, pero Lama lo atacó en el cuello obligándolo a soltar a su presa. Las dos lobas huyeron seguidas por la manada enemiga. Los lobos que les pisaban los talones eran más rápidos pero Lama y Gemma conocían a la perfección el terreno por el que corrían.

El bosque se volvió insidioso; los árboles cerraron filas. Las lobas se sumergieron en el sotobosque recorriendo galerías estrechas. Tardaron poco en dejarlos atrás.

Pero los perseguidores no perdieron el olor de sus huellas.

Lama y Gemma corrieron. En cuanto supieron que los demás las podían oír desde la Gruta, lanzaron gañidos de alarma sin dejar de correr en ningún momento. Rio, que estaba descansando en la hierba, se puso en pie de un salto y corrió al encuentro de las lobas, seguido por los demás.

—La manada de Uro... ¡nos han... nos han invadido! —jadeó Lama.

—¿Qué? ¿Cuántos?

—Demasiados... demasiados para salir victoriosos.

En aquel momento, a lo largo de la cresta, las pesadillas de Rio se materializaron en forma de doce lobos que aparecieron uno tras otro recortándose contra el cielo pálido.

Rio dudó. ¿Qué habría hecho Grigio en su lugar? ¿Luchar con honor y morir por defender el monte Sibilla o intentarlo todo con tal de salvar a la manada?

—¡Ahí están! —gritó Ferro por parte de los adversarios.

—¡Vamos, matémoslos! —gruñó Uro lanzándose pendiente abajo.

Rio huyó hacia el lago de Pilato.

—¡Todos conmigo! —gritó.

Había tomado una decisión.

Los lobos del monte Sibilla volaron por las orillas cascajosas y rodearon el Argentella, rumbo al Pian Grande. Pero en campo abierto y en un terreno duro, la manada del Bove ganó terreno.

Con el rabillo del ojo Rio vio algo que lo dejó horrorizado. El esbirro de Uro ya estaba a unos cuantos pasos de Falco, que cerraba la fila. Ferro abrió las fauces. Mordió la pata trasera del joven lobo, pero se encontró solo con un puñado de pelos tiesos en la boca. Volvió a alargar el cuello en el espasmo de la carrera en un nuevo intento de clavarle los colmillos. Falco, aterrizado, con la energía que le quedaba dio un salto a la desesperada y consiguió dejar unos metros entre él y el enemigo mortal. Pero la manada de la Sibilla no podía mantener el ritmo de aquellos perseguidores y Uro estaba a punto de alcanzarlos. En aquel momento se abrió ante ellos la Conca. La humedad del terreno y la ausencia de viento la habían colmado de niebla. Entonces Rio tuvo una idea. Audaz pero no imposible. Su corazón vibró de esperanza.

—¡Todos pegados a mi cola! —gritó.

—¡Las grietas de la Conca! —gritó Gemma, detrás de él—. ¡Caeremos en ellas!

Rio no le respondió. La manada de la Sibilla se zambulló en el lago de niebla y todo se volvió blanco. Rio solo veía a un paso pero no podía frenar. Uro y los suyos estaban encima. Cerró los ojos sin dejar de correr. «Concéntrate», pensó apretando la boca y respirando por la nariz a pleno pulmón.

En seguida lo envolvió el inconfundible perfume de las campánulas.

—A la derecha —dijo virando, cuando captó la esencia del cardo espinoso.

Los demás lo siguieron evitando una grieta por los pelos. La alfombra de cólquico lo guio hasta

la carlina blanca y el geranio purpúreo lo arrastró a la derecha, salvando otra hendidura.

A su espalda se oyó un golpe seco. Los gañidos de Ferro traspasaron la niebla. Había terminado en una grieta. Uro, para no desnucarse, tuvo que aminorar la marcha y, al final, frenar.

—¡Maldito! —gruñó, dirigiéndose a la nada.

La manada de la Sibilla emergió de la niebla por el lado sur de la Conca y se adentró en un desfiladero abrupto. Rio se dirigió al este y luego otra vez al norte cruzando la frontera de su territorio, fuera del alcance de Uro.

Habían perdido el monte Sibilla.

Pero estaban vivos.

CAPÍTULO 14

S alió la Luna y tiró de la noche.

Rio y los demás avanzaron mucho. Perdidos, afrentados, humillados. Se dirigieron hacia la zona septentrional del Parque, adentrándose en un templo de coníferas oscuro, a través de un corredor de tierra estrecho libre del dominio de otras manadas.

Muda, una alfombra de agujas de pino acompañaba a los lobos a lo largo del camino.

Desde lo alto de una rama, una vieja marta solitaria, en busca de un nido que expoliar, espionó las sombras que se arrastraban debajo de ella y reconoció a la manada de la Sibilla. Sorprendida, se quedó inmóvil y observó cómo los lobos se esfumaban en el silencio de la madrugada.

De cuando en cuando, el sendero los obligaba a dar pequeños saltos. Árboles derribados por el tiempo se disponían en el camino como soldados caídos en la batalla, cuerpos desgarrados por el desgaste de inviernos gélidos. Pañuelos de musgo los cubrían en un gesto piadoso para proteger de los abusos de la intemperie y de las incursiones de los lirones a aquellos seres que en otro tiempo se erguían fuertes y vigorosos.

Nudos retorcidos enlazaban las cortezas de los rugosos carpes. Mil caras de madera viva observaban a los fugi-

tivos mientras desde las grotescas cavidades de los troncos encorvados, los ojos de criaturas minúsculas brillaban como mariposas de una vigilia fúnebre, partícipes también ellos de la oscuridad de aquel viaje.

De pronto, entre los árboles, los lobos vislumbraron las luces del pueblo de Visso y la torre medieval que, desde lo alto de un collado, dominaba la aldea y parecía oscilar en la oscuridad. Pasaron de largo.

Casi sin darse cuenta, alcanzaron el lago de Fiastra y las fronteras del Parque Nacional. Ninguno de ellos había superado antes aquel confin.

La zona en la que se encontraban recibía el nombre de Lama Rosse. La erosión milenaria había excavado la tierra ferrosa, dejando al desnudo paredes yermas y bermejas, heridas ensangrentadas en la blanca piel de la roca calcárea.

La manada se detuvo en un lugar elevado. Gemma se tumbó y empezó a lamerse el costado. La herida no era grave. La intervención providencial de Lama había impedido que los colmillos del enemigo se clavasen muy hondo.

Nadie hablaba. En aquel momento más que nunca Rio deseó que Grigio estuviera aún con ellos y que los guiase con su inquebrantable seguridad.

—Está claro que tenemos que buscarnos otro hogar

—dijo—. La manada del monte Cardosa y la de los Pantani no nos darán nunca una parte de su territorio. Como tampoco la manada del valle Infante. El único espacio libre en el Área Protegida es el de los Grandi Piani, pero... después de lo que ha pasado...

En aquellos parajes los hombres habían matado a Grigio. Y no solo a él. A Rio no le apetecía exponer a Lama y a los demás a un peligro como ese.

Después de reflexionar unos minutos en silencio, dirigió la mirada a la estrella polar.

—Iremos hacia el norte. Saldremos del Área Protegida. —Se sorprendió él mismo de haber

pronunciado esas palabras. Pero una voz le decía que era lo más sensato.

La manada reaccionó con desconcierto. Se despabiló incluso Selva, que hasta ese momento se había mantenido al margen de cualquier discusión, como si los problemas de la manada ya no le afectaran.

—Salir del Área Protegida es un suicidio —dijo con voz lejana—. Hay hombres armados por todas partes.

—En los últimos años hemos visto a muchos lobos solitarios dirigirse al norte —respondió Rio—. Pasan y no vuelven. A lo mejor, más allá de las carreteras y los pueblos, detrás de las colinas bajas, hay otras montañas y abundancia de presas.

—O abundancia de plomo —dijo Selva escéptica.

No añadió nada más y se volvió a encerrar en un silencio árido y obstinado.

—Rio es el jefe —sentenció finalmente Lama—. Su decisión es la de la manada.

—Entonces, movámonos —los azuzó Falco con su habitual entusiasmo—. Busquemos rápido un nuevo territorio y pongámonos manos a la obra con la caza. Perdonad, pero yo empiezo ya a tener hambre.

La tensión desapareció y la esperanza volvió a brillar en sus corazones.

La manada estaba lista para partir.

Rio se puso en cabeza y dio unos pasos. Justo en aquel momento un aullido lejano rodó por las pendientes. Provenía de la cima del monte Sibilla. El canto de victoria con el que Uro reivindicaba sus nuevas posesiones.

Rio sintió por todo el cuerpo un arranque de rabia.

—Volveré —prometió.

Después su silueta se disolvió en la oscuridad dejando atrás los Montes Sibilinos, su infancia, la seguridad del Área Protegida.

Y un pedazo de su corazón.

CAPÍTULO 15

El estrépito del cortacésped irrumpió en la habitación de Lorenzo con el estruendo de una cascada de despertadores.

El chico alargó una mano para buscar el reloj y se lo acercó a pocos centímetros de la nariz.

—Ocho y media —refunfuñó.

Se puso las gafas y se levantó de la cama. El escalofrío que le provocó el contacto con las baldosas en los pies le llegó hasta la punta de los pelos enmarañados.

Abrió las contraventanas de par en par protegiéndose los ojos del sol de la mañana. Ovidio se percató de su presencia y apagó el cortacésped para saludarlo.

—¡Eh, Lorenzo! —gritó levantando la mano—. ¿Te he despertado?

—No, no, bueno... un poco —balbució.

—Venga, venga, que yo llevo en pie ya dos horas —rio socarronamente el vecino.

—¡Claro, pero tú de noche no tienes que perseguir a los lobos!

El cortacésped arrancó con una pedorreta metálica.

Lorenzo arrastró los pies hasta la cafetera. En el fregadero, los platos sucios lo miraban fijamente con reprobación.

—Sí, sí, ya lo sé. Luego os lavo —dijo él con un bostezo.

La mesa de la cocina era un caos: folios esparcidos, el ordenador portátil, cables, cablecillos y conectores, un montón de pilas, demasiadas migas y una torre de cajas de cartón de *pizza* para llevar. Lorenzo se rascó la cabeza y se topó con una ramita seca. Se la sacó de los rizos y la añadió al desorden.

Ya estaba despierto. Y con el jaleo que estaba formando Ovidio no tenía ningún sentido volver a la cama. Miró alrededor, sin tener muy claro qué hacer. En un rincón de la estancia, un altavoz con forma de trompa asomaba de una mochila verde y roja. La noche anterior el joven había vuelto a las tres, después de vigilar a una manada de lobos que se encontraba a unos kilómetros de Chiusi della Verna, la pequeña aldea toscana en la que llevaba viviendo unos meses. Se quedaba en una vieja casa propiedad del Cuerpo Forestal, encajada entre un bosque de castaños y la granja de su ruidoso vecino Ovidio.

Veinticuatro años; estaba realizando su trabajo de fin de grado en Ciencias Medioambientales sobre los lobos. Lorenzo tenía el pelo rizado y corvino, la tez aceitunada y los ojos de un bonito verde botella. Su rostro, de facciones marcadas, lucía una nariz importante, de media talla más que el resto.

El cortacésped calló de nuevo dejando paso a otro ruido: la motocicleta del cartero. Lorenzo espío desde detrás de las contraventanas. El cartero entregó la correspondencia a Ovidio y se marchó.

El joven abrió la ventana.

—Ovidio... ¿hay algo para mí?

—Sí que hay. Un sobre con el membrete de la universidad. ¿Te lo subo?

Lorenzo echó un vistazo a la cocina patas arriba.

—No, no, gracias. Bajo yo.

El chico cogió el sobre de las manos curiosas de Ovidio y se ajustó en la nariz las gafas de

montura pesada.

Estimado Lorenzo Zedda:

Nos complace informarle de que, a partir de la fecha indicada en el asunto, podrá contar con la colaboración de Dña. Greta Franzesi dell'Ancisa, que se incorpora al Servicio Civil Nacional. Le adjuntamos su curriculum vitae...

—¡Vaya! Pero ¿por qué? —bufó Lorenzo.

—¿Qué pasa? —preguntó Ovidio rascándose la barriga.

El hombre se había quedado trasteando por los alrededores para husmear en los asuntos de Lorenzo.

—Le había pedido a la universidad un compañero para repartir el trabajo. Y ¿a quién me mandan? ¡A una chica voluntaria!

—¿Y cuál es el problema?

—Pero mira qué currículum... ¡Esta no entiende de lobos!

Ovidio consiguió leer en la carta: «*Greta Franzesi dell'Ancisa...*».

—¡Jopé! La hija del duque.

—¿Duque? —repitió Lorenzo parpadeando.

—Por supuesto. El duque Franzesi dell'Ancisa. Tiene una casa de campo aquí en Chiusi, cerca del Santuario. Desde hace algún tiempo se ha instalado allí.

—¿Siguen existiendo los duques hoy en día? Pensaba que se habían extinguido.

—Bueno, tampoco es que haya que imaginárselos en carroza con caballos blancos. Franzesi ha viajado por medio mundo como embajador. Hace unos años volvió a Chiusi con su familia. La mujer está a cargo de una cadena de perfumerías en la ciudad. Vende maquillajes, fulares... ya sabes, ese tipo de cosas.

Lorenzo se imaginó a su futura colaboradora: una hija de papá perfumada y maquillada como una noble del siglo XVIII. Perfecta para trabajar con lobos.

—Yo conozco bien a los Franzesi, llevo toda la vida cuidando su jardín —añadió Ovidio con un punto de orgullo—. La duquesita Greta, de todas formas, es la cabeza loca de la familia. Es decir, todo empezó cuando... bueno, ya te lo contará ella si le apetece.

El cortacésped arrancó con otra pedorreta y dejó a Lorenzo con aquella frase rondándole en la cabeza. No le sorprendía. Después de todo, para Ovidio solo había una cosa que le diera más placer que satisfacer su curiosidad: no satisfacer la de los demás.

CAPÍTULO 16

Un sentimiento de angustia se apoderó de la manada cuando los lobos se dieron cuenta de que estaban ya fuera del Área Protegida.

El paisaje había cambiado. Las montañas tranquilizadoras se habían rendido a una sucesión de colinas y llanuras. Un territorio salpicado de casas de campo y de granjas cada vez más agrícola.

Cada vez más humano.

Los lobos avanzaban en la oscuridad con la cautela de quien se mueve por un campo de minas buscando sin cesar pasos escondidos. La vista les mostraba una imagen extraña de la naturaleza, muy distinta a la que conocían. En los campos, las plantas estaban dispuestas de un modo geométrico, a una distancia regular unas de otras. Eran siervas, no amas. Largas filas rectas que controlaban los espacios y se perdían en la oscuridad.

Reconocieron los mugidos de las vacas pero como voces apagadas, ofuscadas, lamentos precedentes del vientre de los tristes establos en los que estaban encerradas.

La marcha de la manada era lenta, interrumpida por una infinidad de obstáculos y barreras. En primer lugar, las carreteras, mucho más numerosas. Cada vez que se topaban con una, los lobos aplicaban una regla aprendida desde pequeños. Luces blancas: escondidos y quietos. Oscuridad o luces rojas: cruzar rápido. Afortunadamente, como era noche cerrada, había pocos coches circulando.

Pero lo que más frustraba a la manada eran los muros y las vallas. Los había por todas partes, de todos los tipos. Había mallas metálicas, alambres de espino, verjas, empalizadas, hileras de chapa, muros de cemento, muros de piedra... Y no delimitaban solo las viviendas humanas. Los lobos se los encontraban en cualquier parte, hasta en pleno bosque, y obligaban a Rio y a los demás a dar largos rodeos para mantener la ruta hacia el norte. A los lobos se les escapaba el motivo que llevaba a los hombres a dividir la tierra de aquel modo.

—A lo mejor ellos también forman manadas y marcan así su territorio —se le ocurrió a Falco.

Otra cosa que los ponía nerviosos era la presencia constante de perros guardianes cerca de las casas de los hombres. Aunque la manada intentase mantenerse alejada tanto de la aldea como de las casas aisladas, cada vez que los lobos rozaban una propiedad humana les recibía una explosión de ladridos. Los perros eran capaces de percibir su presencia como si cada lobo llevara en la cabeza una luz intermitente. A menudo, a la alarma dada por los perros le seguía el encendido de las luces en las casas. Eso los angustiaba todavía más, y hacía enervante su camino. Y eso que a los lobos les encantaba marchar, lentamente, al trote, al galope. No había una actividad más bonita para ellos. Les hacía sentir que estaban unidos, quizás más aún que en la caza. Cuando marchaban en fila india eran un flujo armónico de músculos y tendones. Su marcha era disciplinada, compacta, elástica. Sus cuerpos, con movimientos verticales casi inexistentes, parecían deslizarse por el terreno como patinadores por el hielo. Pero en aquel laberinto de amenazas humanas, los lobos no disfrutaban en absoluto.

Lo único que no les había abandonado en tierra extraña era ella. La Luna. Su presencia tranquilizadora iluminaba los pasos y aligeraba los corazones.

El terreno bajo sus patas cambió de consistencia cuando se adentraron en un campo arado.

Grandes terruños molestos escondían una torcedura a cada paso. Tuvieron que aminorar la marcha aún más.

Ante ellos se dibujó el perfil de una colina, una isla boscosa en medio de aquel mar liso.

—Algo se mueve, allí abajo —susurró Falco indicando algunas siluetas al final del campo arado, justo a los pies del collado.

Selva giró las orejas hacia delante. Rio olisqueó el aire. La brisa débil trajo sonidos y olores.

—Jabalíes —dijeron al unísono.

—¿Están buenos? —preguntó Falco relamiéndose.

—Sí, pero son peligrosos —lo alertó Lama.

En algunas zonas del Parque de los Sibilinos había muchos, pero ellos nunca los habían cazado. Preferían a los ciervos con diferencia.

Un gruñido sacudió a toda la manada.

—Es una hembra con sus crías —comprendió Alba.

—¿A qué esperamos? —dijo Brugo, con los pectorales hinchados listos para explotar en la carrera.

Rio dio la señal. La manada se abrió, avanzando a sotavento.

En cuanto la hembra de jabalí detectó el peligro, lanzó una alarma estridente. Las crías, por lo menos una docena, escaparon hacia el bosque seguidas por su madre.

Los lobos se concentraron en perseguir a aquella familia tan ruidosa. Sin embargo, inesperadamente, la hembra se giró y les plantó cara. Rio rechinó los colmillos y les ordenó a todos que la rodearan. Fue un error. Un jefe de manada experimentado en la caza de jabalíes habría distraído a la madre con un par de lobos mientras los demás habrían perseguido a los jabatos. La manada de la Sibilla, en cambio, estrechó el cerco a la presa enfurecida, en absoluto resignada a dejarse comer. Por el contrario, hizo frente a los lobos sin miedo, consciente del peligro de sus propios colmillos. Embistió primero a Rio, rozándolo con un mandoble. Luego le tocó a Brugo, al que hirió en el muslo derecho. Un gáñido resonó en el bosque, dejando paso a un concierto de ladridos procedentes de todas las granjas de los alrededores. Alba intentó atacar a la presa por detrás. No había modo. La jabalina, ágil y determinada, daba vueltas sobre las cuatro patas como una peonza.

A cada intento de ataque, la presa respondía con prontitud. El ladrido de los perros puso nerviosa a la manada y el olor de la sangre de Brugo llevó a Rio a ordenar la retirada. La hembra de jabalí los miró con sus pequeños ojos negros mientras desaparecían en el bosque. Emitió una voz sonora y llamó a las crías, escondidas quién sabe dónde entre madejas de zarzas inexpugnables.

La manada de lobos se encaramó a la colina. Cuando alcanzaron un pequeño claro hacia la mitad de la pendiente, Rio se paró para evaluar los daños.

—No es grave —le quitó importancia Brugo.

Gemma le lamió la herida y unos minutos después dejó de sangrar. Brugo tenía un pellejo duro.

—Vosotros reposad aquí —ordenó Rio—. Yo subo a la cima para ver qué hay más allá de la colina.

—Voy contigo —dijo Lama.

En la cumbre del collado se abrió un descampado coronado por árboles. Largas ramas secas habían sido atadas horizontalmente entre un tronco y otro. Una pequeña barraca verde estaba camuflada entre las matas plantadas en medio del prado. Se encontraban en un puesto para cazar aves migratorias inutilizado en aquella época del año.

Desde aquel punto elevado los dos lobos pudieron ampliar la mirada hacia el norte. El collado descendía dulcemente hasta un extenso altiplano invadido por luces y cortado por una multitud de carreteras. Incluso a aquellas horas, faros blancos y rojos pasaban flechados en la oscuridad. Los dos lobos se sobrecogieron. Sin embargo, después de aquella planicie pululante de hombres, alturas imponentes resplandecían bajo la Luna.

—¡Montañas! —exclamó Rio.

—Pero ¿cómo llegaremos hasta allí? —se preguntó Lama.

Rio escrutó la llanura buscando un pasaje. Se percató de una cinta oscura y sinuosa que cortaba el altiplano.

—Creo que eso es un río. Podríamos avanzar por su lecho si lleva poca agua.

—¿Te parece un camino seguro?

—Diría que sí... suponiendo que haya un camino seguro en esta tierra de hombres —suspiró Rio—. Empiezo a preguntarme si he hecho bien en sacaros del Área Protegida.

—No teníamos elección —lo consoló Lama lamiéndole el hocico.

Rio correspondió apoyando su frente en la de ella. Sobrepassado por el torbellino de vicisitudes que había sacudido a la manada, no había tenido mucho tiempo para saborear el placer de aquella unión. Rio notaba que lo que sentía por aquella loba era profundo, visceral. Encima, desde que se había quedado preñada, sus mimos para con Lama se habían redoblado. Su mayor preocupación ahora era encontrar un lugar seguro en el que pudiera parir, un nuevo territorio todo para ellos. Donde poder disfrutar en paz de su amor.

Un ruido entre las hojas lo turbó. Una sombra se movió en el bosque y bajó lentamente por la pendiente. La siguieron con prudencia. Rio husmeó algunas ramitas de las que alguien se acababa de comer los brotes.

—Noto olor a dientes podridos —sentenció seguro—. Pero no me parece un ciervo... ni un corzo...

En ese momento, la sombra salió a pocos pasos de ellos. Los lobos se quedaron inmóviles. La Luna encendió de blanco dos cuernos imponentes, planos y anchos. Distintos de los oscuros y finos de los ciervos. Rio y Lama tenían delante a un gamo, una especie desconocida en los Montes Sibilinos. El animal no se percató del peligro y prosiguió su camino hacia el bosque, hasta ir a parar a un pradejón rodeado de robles jóvenes.

Los lobos se quedaron escondidos entre los matojos. Era un ejemplar viejo y enjuto, cuyos dientes en mal estado le permitían mordisquear tan solo algún brote. Pero iría fenomenal para aplacar el hambre de la manada.

Rio y Lama se arrastraron silenciosamente hacia la presa. Debían coger la ocasión al vuelo aunque era temerario cazar a un animal de esa envergadura sin el resto de la manada.

Un soplo de brisa traidora entregó el olor de los lobos a las narices del gamo. El animal, alarmado, dirigió la mirada hacia la amenaza. Pero no tuvo ni siquiera tiempo para intentar huir. Un mordisco potente en el cuello y en pocos instantes la presa yacía inmóvil en el prado.

Cuando soltó la presa, Rio observó complacido al animal muerto. Cargar con la responsabilidad de la manada podía ser gratificante cuando las cosas salían bien.

CAPÍTULO 17

El agua de la ducha salió fría justo en el momento en el que Lorenzo se enjabonaba el pelo. Pocos segundos después, sonó el timbre. El muchacho, demasiado ocupado en despotricar contra el calentador, no lo oyó. La segunda vez que sonó, con más insistencia, Lorenzo se enrolló una toalla en la cintura y fue a abrir, con cuidado para no resbalarse.

—Ovidio. Tienes el don de la... —Pero cuando abrió, la frase se le apagó en los labios.

La puerta enmarcó a una chica más o menos igual de alta que él, con el pelo largo castaño y un jersey rojo. Fue todo lo que consiguió enfocar sin gafas.

—Ah... hola —farfulló morado—. No eres Ovidio.

—Creo que no —respondió la chica levantando una ceja.

Silencio embarazoso.

—Me llamo Greta.

—Sí, claro... Mmm... ¿no llegabas el veintiséis?

—Hoy es el veintiséis —respondió ella mirando a los pies de Lorenzo, inmersos en un charco de agua y jabón. Si quieres vengo en otro momento.

—No, no... pasa. No tardo nada en arreglarme.

Lorenzo se hizo a un lado. Greta evitó la trampa resbalosa con un saltito y se quedó en la entrada. El chico cerró la puerta con cuidado de no perder lo único que defendía su desnudez.

—Me puedes esperar en la cocina —dijo indicando una puerta.

En ese momento le pareció oír los gritos de los platos, que llevaban días implorándole que los lavara. Se maldijo.

—Bueno, no mires el desorden... —añadió desapareciendo en el baño.

Greta se sentó en la única silla que había sobrevivido al caos. Cinco minutos después Lorenzo volvió, vestido y casi seco.

—Perdona otra vez, llevo unos días muy liado y... —dijo buscando algo en la mesa—. Pero ¿dónde las habré puesto?

—¿Buscas esto? —preguntó Greta dándole unas gafas que había sobre una caja de *pizza*.

—Ah. Sí. Gracias —respondió él colocándose las.

Y por fin pudo ver claramente a su interlocutora.

Por un momento se quedó alelado. No había dudas: era la chica más guapa que había visto en su vida. Sus ojos eran dos gemas translúcidas. Grandes, magnéticos, un caleidoscopio de briznas verde y marrón. Sin embargo, el resplandor que emanaban no era capaz de esconder un velo más profundo, más opaco y silencioso.

Por otra parte, su ropa era lo más lejano que pudiera haber de una dama de la nobleza. Vaqueros y ese jersey rojo de cuello alto que enmarcaba una barbilla amable y una cara fresca, sin maquillaje. Los pómulos eran dos flechas que apuntaban hacia una boca suave, con los labios carnosos entreabiertos a la espera de la respuesta a una pregunta aún no formulada.

Lorenzo se quedó atrapado en los detalles: un pelo distraído junto a un lado de la boca, el único rebelde de una masa de cabellos lisos, largos, castaños. La luz de la cocina resaltaba reflejos que hacían juego con el color del jersey. Un flequillo más corto se repartía democráticamente entre ambos lados de la frente y bajaba para enmarcar el rostro de forma regular.

Con un movimiento ágil, Lorenzo retiró la pila de cajas de cartón y las mandó a hacer compañía a los platos del fregadero.

—Menudo follón, ¿eh? Ejem —masculló—. A-ayer vinieron unos amigos y lo han de-dejado todo hecho un asco.

Cuando decía una mentira, Lorenzo balbuceaba. No podía evitarlo. Le pasaba desde pequeño.

—¿Tus amigos también se han dejado esto?

Greta indicó un par de calcetines colgados del respaldo de una silla impregnados de un tufo salvaje.

—Je, je —sonrió cortado quitándolos de en medio.

Cuando en la mesa solo quedaron el ordenador y sus papeles, por fin Lorenzo se sentó y respiró profundamente.

—Me han mandado tu currículum —dijo entresacando un folio del montón.

Por primera vez desde que había llegado, la chica pareció incómoda.

—Sí. No es gran cosa. Ya lo sé.

—Veinte años. Nacida en Florencia. Graduado escolar —leyó él a media voz—. Instituto de Letras sin terminar. Dependienta en una perfumería. Curso de primeros auxilios.

—Y voluntaria de la Cruz Roja... desde hace unas cuantas semanas —añadió ella—. Tengo que actualizarlo.

Lorenzo arqueó las cejas y se rascó la cabeza.

—¿Experiencia en contacto con animales?

—¿Mmm? Ah. Esta —murmuró Greta subiéndose la manga del jersey: a la altura del codo, cuatro pequeñas hendiduras atestiguaban una vieja herida.

Lorenzo no lo entendió.

—Un perro callejero. Me mordió mientras paseaba por el bosque. Esa ha sido mi última experiencia con los animales —explicó Greta bajándose la manga—. Desde entonces no he sido capaz de ir sola por el bosque. Cualquier cosa que se parezca lo más mínimo a un perro me aterroriza.

Lorenzo la miró perplejo. Le surgió una duda.

—Perdona... pero ¿tú sabes que yo investigo sobre lobos?

Greta se encogió de hombros.

—Claro. He sido yo la que ha elegido venir aquí.

—Y los lobos, ¿no te dan miedo?

—Muchísimo.

Lorenzo se la quedó mirando y se ajustó las gafas en la nariz. Aquella chica era tan guapa como rara.

—Entiendo que parezca extraño —continuó ella—. Pero me he dicho a mí misma: si consigues superar el miedo a un lobo, luego un perro te dará igual. ¿No?

—Bueno... desde luego es una forma original de afrontar un miedo. A lo mejor has hecho el curso de primeros auxilios porque te impresiona la sangre —bromeó el chico.

—Más o menos —respondió ella apartando la mirada. Se quedó pensativa.

Lorenzo se dio cuenta, aunque no entendió por qué. Intentó cambiar de tema.

—De todas formas, te he preguntado si tienes experiencia con animales porque he pedido en la universidad que me mandaran a un compañero que me ayudara con todos los datos que he recogido hasta ahora. ¿Ves? Hay un montón.

—Y en lugar de eso te han mandado a una novata, ¿no? Lo siento —dijo ella con una mueca.

—N-no, no es eso. Que-quería decir solo que... a lo mejor es más engorroso de lo que te esperabas. Tendré que explicarte lo que estoy haciendo y... no será fácil si no tienes ni pajolera idea de zoología. El lobo es un animal muy complejo.

—Entonces ya tenemos algo en común el lobo y yo.

Por primera vez desde que entró en la casa, Greta sonrió. De los labios asomaron dos hileras de dientes blancos y rectos, como si fueran espectadores en los palcos de un teatro.

Fue suficiente para iluminarle el rostro. Sin embargo, incluso en aquella expresión de alegría Lorenzo entrevió una luz triste en el fondo de su mirada.

—Pondré de mi parte, lo prometo —dijo ella mirándolo fijamente a los ojos. Parecía muy determinada.

—Vale. Entonces empezamos enseguida, ¿te apetece? —Abrió un libro y lo hojeó rápidamente. Le enseñó un dibujo en el que aparecían algunos lobos en actitudes distintas—. Empecemos por aquí. En cada manada hay una pareja dominante, el macho y la hembra alfa... Eh, ¿quieres un boli y una hoja para tomar apuntes?

—Tengo buena memoria, gracias.

—La pareja alfa es la única que se puede reproducir. Los demás lobos por debajo de ellos en la jerarquía no pueden aparearse dentro de la misma manada si no desafían a los alfa para ocupar su puesto. De esa forma, una manada solo puede tener una camada a la vez. Pocos cachorros pero bien nutridos. Esa es su filosofía.

—Y los demás lobos, ¿no sufren por no poder reproducirse?

—Bueno, supongo que sí. De hecho, algunos deciden abandonar la manada para seguir su propio camino.

Greta arqueó una ceja.

—Otra cosa en común —dijo en voz baja.

—Pero ten en cuenta que cuando nacen los cachorros, toda la manada se encarga de ellos, como si fueran hijos de todos. Es como si el deseo de paternidad o de maternidad quedara satisfecho así.

Se aclaró la voz y continuó:

—Hay manadas compuestas por unos padres y sus hijos, y manadas en las que conviven lobos aunque no estén emparentados.

—He leído por ahí que los lobos tienen una especie de lenguaje...

Los ojos de Lorenzo se iluminaron. Era su tema preferido, del que iba a tratar en su trabajo.

—Sí. Los lobos son animales culturales y tienen un lenguaje riquísimo, formado por voces, posturas del cuerpo y expresiones faciales. Estas imágenes te pueden dar una idea —dijo señalando unas ilustraciones—. ¿Ves? Posiciones de la cola, músculos del hocico y de las orejas. Hay infinitas combinaciones y nosotros conocemos solo una pequeña parte. ¿Sabes que hasta hay quien está convencido de que se comunican también a nivel subconsciente?

—¿Cómo? ¿Me estás hablando de telepatía?

—En cierto modo. Si observas cómo se mueven en manada, cómo se coordinan durante la caza o cómo resuelven imprevistos comunicándose entre ellos... bueno, te aseguro que parece enteramente que se lean el pensamiento.

—¿Y tú crees que es verdad?

Lorenzo dudó.

—Bueno, como teoría es un poco atrevida, la verdad. Personalmente creo que su lenguaje

corporal es tan sutil y complejo que se nos escapa. Por otra parte, si lo piensas, los humanos también somos capaces de decir un montón de cosas con una simple mirada, ¿no?

Cruzó la mirada con ella y por un momento sintió que se ahogaba en aquel mar profundo y misterioso. Miró hacia otro lado antes de naufragar por completo.

A Greta le sorprendieron gratamente el entusiasmo y el dominio con los que Lorenzo le explicaba las cosas. A pesar de aquel desorden infernal, su conocimiento de los lobos y su discurso no eran en absoluto caóticos.

—¿Los has visto a menudo en estas montañas? —preguntó ella.

—Algunas veces, desde lejos. En invierno puedes seguir sus huellas.

—Y... ¿no has tenido miedo?

Lorenzo se horrorizó.

—Ah, precisamente de eso tenemos que hablar. Si queremos trabajar juntos, puedo aceptar que no sepas nada de biología de los lobos, pero tienes que liberarte como sea de esos prejuicios.

—Para eso estoy aquí —respondió Greta.

«Pero no será fácil», pensó.

CAPÍTULO 18

Cuernos y pezuñas.

Era lo único que había quedado del viejo gamo, nada más.

Cuando el sol se puso, los lobos estaban ocupados lamiéndose muslo y pelaje. Habían pasado el día alrededor del esqueleto, alimentándose en varias tomas.

—¿Y quién se pone en marcha ahora? —bostezó Falco, con la panza hinchada como un cojín.

—Debemos alcanzar un territorio seguro lo antes posible —los azuzó Rio—. No podemos quedarnos aquí.

Durante las últimas horas habían oído a hombres recorrer los senderos que subían por la colina. Y no podían evitar imaginarse bocas de fuego que salían de repente de los matojos.

Cayó la noche y la manada se movió. Rodeó la colina por la vertiente occidental y siguió un canal profundo. Después de cruzar rápidamente una carretera desierta, los lobos se introdujeron en el lecho del río que el jefe de la manada había visto la noche anterior.

El curso de agua estaba casi seco y el cauce pedregoso era muy amplio. Decenas de bolsas de plástico atrapadas en los matojos de los márgenes crujían siniestros con cada golpe de viento. Era un lugar triste, sucio de residuos. Muy distinto del límpido río Nera que cruzaba los Montes Sibilinos. El recuerdo de sus aguas cristalinas calentó por un momento el corazón de Rio trayéndole a la memoria un momento junto a Gemma unos años antes. Los dos, todavía unos cachorros, llevaban días vagando, exhaustos y desorientados, cuando se toparon con un espejo de agua poco profundo. Allí el torrente Nera se ensanchaba plácido reposando unos segundos antes de retomar su camino hacia el valle. Sobre los guijarros blancos del fondo coleaban rápidas las truchas mientras a la sombra de los sauces un suave vivo de plantas acuáticas vestía de esmeralda la piel del riachuelo.

A Rio le pareció volver a vivir en las patas la sensación de aquella agua fría que lavaba el cansancio y fortalecía el espíritu. Recordó el baño de gotas y salpicaduras en un intento de atrapar algún pez. Volvió a verse junto a su hermana forcejeando en la bañera cristalina y luego salir sacudiéndose el agua y la tristeza del pelaje espeso. Después de días de sufrimiento, aquella caza de truchas despreocupada les había devuelto las ganas de vivir. Hasta entonces los cachorros no habían reunido el valor suficiente para adentrarse en el territorio de la Sibilla para pedirle a Grigio que los acogiera en la manada.

La crepitación de una bolsa de plástico bajo la pata devolvió a Rio a la realidad. Los lobos habían recorrido bastantes kilómetros por el lecho del río cuando, ante ellos, la luz de la Luna dibujó la silueta de una montaña.

Un manto de bosque le envolvía los costados, y sus laderas oscuras tranquilizaron a la manada.

Rio aceleró el paso.

Lorenzo aparcó en el camino que conducía a la casa de Greta, una imponente mansión de piedra rodeada de un amplio jardín. La chica lo estaba esperando fuera de la cancela. Abrió la puerta trasera del todoterreno y metió su mochila en el espacio que pudo encontrar entre botas, sacos, antenas e instrumentos electrónicos.

—¿Qué tenemos que hacer con todas estas cosas? —preguntó subiendo al coche.

—En realidad, lo que necesitamos para el *wolf howling* está en mi mochila; lo demás me lo llevo siempre, por si a... —Lorenzo se detuvo y olió el aire del habitáculo—. ¿Te has puesto perfume? —preguntó en tono inquisitorio.

—¿Cómo? N-no —balbució ella poniéndose colorada—. Ayer me repetiste diez veces que me lavara solo con agua, así...

—¿Desodorante? ¿Jabón? ¿Crema?

—Pero ¿por qué, perdona? ¿Me hace falta?

Se alargó hacia ella y cerró los ojos.

—Lo tengo en la punta de la lengua.

—¿Qué haces? —dijo Greta reculando hacia la puerta.

—¡Ya lo tengo! —exclamó triunfante—. ¡Aliso! Perfume de aliso.

Parecía un catador profesional que acabara de descubrir el ingrediente secreto de una receta. Greta estaba perpleja.

—¿Estás segura de que no has usado jabón con olor a aliso?

—Te aseguro que no sé ni siquiera qué es...

—Entonces es tu piel la que huele así. Es muy curioso —dijo arrancando—. ¡Qué raro que no me diera cuenta ayer! Tengo un olfato estupendo, ¿sabes?

—Con todo el respeto, Lorenzo... pero entre los calcetines, los platos y todo lo demás, esa cocina anularía el olfato de un sabueso.

—Esta mañana he hecho un poco de limpieza —se apresuró a justificarse el chico.

Greta no se ensañó.

—De todas formas, no creo que a los lobos les moleste.

—Pero ¿por qué, perdona? ¿Tenemos que acercarnos tanto que nos puedan oler? —preguntó Greta sorprendida.

—Es que un lobo es capaz de oler a un kilómetro lo que hayas desayunado.

—Exagerado —dijo Greta—. Si son tan sensibles como dices, ¿por qué no les asusta también el ruido del coche?

—Por eso el coche lo dejaremos bastante lejos de donde hagamos *wolf howling*.

—¿Quieres decir que entraremos en su territorio andando? —preguntó alarmada.

—Claro, ¿qué te creías? ¿Quieres lanzar el reclamo desde la plaza del pueblo? Tenemos que adentrarnos en su territorio si queremos que nos contesten.

—Mmm... y además de todos los cachivaches que llevas detrás, ¿los guardas forestales te han dado por casualidad un arma? ¿Sabes? Lo digo por seguridad... —se atrevió a decir ella.

—¿Un arma? —exclamó Lorenzo divertido—. No hará falta. Si nos agredieran, tenía pensado dejarte allí y escapar. Estás delgadilla pero se contentarán.

—¡Venga ya, calla! —Greta sabía que se estaba riendo de ella pero temía que la parte de caminar de noche por el bosque no fuese en absoluto una broma.

—Ya hemos hablado de que tienes que vencer el miedo, ¿no? ¿Qué hay mejor que hacerle frente a las bravas?

—Claro, pero es como si a una persona con aracnofobia tú le plantearas besar a una viuda negra como primera aproximación a las arañas —protestó Greta.

—Me pregunto qué pasaría si tú besaras a un lobo. A lo mejor se transformaría en duque...

Ella lo fulminó con la mirada.

—¿Qué pasa?

Greta miró por la ventanilla. Estaba claro que no le agradaba que hiciera referencia a sus

orígenes nobles. Lorenzo se preguntó por qué pero no le dijo nada. En realidad, había un montón de cosas, además de esa, que le habría gustado saber de ella. Pero, sobre todo, el motivo de aquellos ojos empañados de melancolía incluso cuando se iluminaban con una sonrisa.

CAPÍTULO 19

La manada descansó unas horas en una mancha espesa de avellanos en la ladera pasado el altiplano.

Al final de la tarde, los lobos retomaron la marcha. No tuvieron necesidad de esperar a las tinieblas porque en aquella zona la presencia del hombre era rarísima. A lo largo del camino se encontraron solo con algunas pistas forestales y unos cuantos refugios abandonados. Subieron a la montaña y recorrieron muchos kilómetros por la cresta marchando a buen ritmo.

Las cimas redondeadas de las montañas, cubiertas de hierba, parecían lomos de inmensas ballenas en la superficie del mar de los bosques cercanos que hubieran emprendido millones de años atrás un lento, lentísimo viaje hacia el norte, empujadas por misteriosas corrientes subterráneas de lava y roca. Los lobos se movían rápido a lomos de estos cetáceos de piedra, subiendo y bajando por las suaves pendientes.

Rio era la quilla de un barco que surcaba seguro los mares de hierba. Los tallos se partían crujiendo sobre su pecho.

Cuando cayó la oscuridad, el viento se volvió fuerte y tenso. Jirones de nubes huían sobre sus cabezas mientras Júpiter resplandecía bravucón sin miedo a ser eclipsado por la Luna. El aire fresco de la alta montaña revitalizó a la manada, que prosiguió la marcha durante muchas horas.

Las montañas empezaron a hacerse más bajas y el bosque se fundió con ellas. Los lobos se zambulleron en los bosques desconocidos. La Luna se escondió entre las hojas. De vez en cuando, en los pequeños claros que se abrían aquí y allá, se podía ver la estrella polar.

Rio volvió a olisquear el ambiente en busca de presas. Pero los únicos rastros que encontró fueron de los jabalíes.

De pronto, en la espesura de un bosque de rebollos, el joven lobo olfateó por fin un olor a ciervo. Y no solo eso. Sintió también el de gamo, que ya era capaz de reconocer. La esperanza volvió a encenderse.

Se pararon para abrevarse en una fuente. Brugo se metió en el agua con las cuatro patas. Un baño de pies providencial después de horas de marcha.

Sin embargo, la expresión de Rio se turbó. Sus ojos se posaron en una señal inequívoca dejada bien clara en una piedra cerca de la fuente.

—Aquí un lobo ha marcado el territorio.

Alba y Falco, que habían empezado a perseguirse y a mordisquearse, acudieron en seguida a ver.

—Es un marcado reciente —observó Gemma olisqueando el excremento.

—Demasiado bonito para ser cierto —suspiró Brugo.

—Intentemos ver el lado positivo —los animó Lama—. Si hay otra manada quiere decir que también aquí en el norte hay territorios para lobos. Solo tenemos que encontrar uno entero para nosotros.

—Lama tiene razón. Avancemos ahora, la noche es joven —dijo Rio levantando los ojos hacia la Luna—. Pero de ahora en adelante, deberemos movernos con mucha prudencia y sin llamar la atención. No quiero enfrentarme a otros lobos.

Le dedicó una mirada a su compañera y a su vientre rebosante de vida.

Los árboles empezaron a clarear, y se iban abriendo amplios calveros. En un prado en los límites del bosque vislumbraron unas siluetas que pastaban. En la semipenumbra reconocieron unas colas aplastadas que parecían brochas blancas vueltas hacia arriba. Gamos. Los lobos habrían podido atacarlos pero no se atrevieron a cazar en territorio ajeno. Querían cruzar aquella zona de la forma más rápida y silenciosa posible.

De repente, un aullido cortó el valle en dos. Una llamada grave y profunda. Los gamos del claro retiraron los hocicos de la hierba, girando nerviosamente sus grandes orejas.

Rio permaneció a la escucha.

Poco después, un nuevo aullido.

CAPÍTULO 20

Lorenzo se paró al principio de un camino de herradura a pocos kilómetros del pueblo de Sansepolcro, en Valtiberina, una lengua de tierra toscana que penetraba entre los confines de Romaña, Umbria y Las Marcas, protegida por la Reserva Natural del Alpe della Luna.

El chico apagó los faros. Fuera, la oscuridad. Greta se sobrecogió.

Lorenzo encendió la luz del habitáculo.

—¿Preparada?

—Bueno... —suspiró ella—. Explícame mejor lo que tenemos que hacer ahí fuera.

—Nos acercaremos a la zona de *rendez-vous* de la manada que vive aquí.

—¿*Rendez-vous*?

—¡Ay, claro, perdona! Jerga técnica. Es el lugar en el que los adultos se reúnen y tienen a sus cachorros.

—¿Dónde está la madriguera?

—No siempre. A veces la madriguera se encuentra en un lugar todavía más seguro y escondido.

—Vale, y ¿una vez que nos hemos acercado al *rendez-vous*?

—Sacamos el altavoz y lanzamos el reclamo de Kami...

—¿Kami?

—Es el apodo que le he puesto al lobo del aullido grabado. Es la abreviatura de kamikaze.

—Me da miedo preguntarte por qué le has puesto ese nombre.

—Bueno, es evidente. Un lobo que se acerca al *rendez-vous* de otra manada y lanza un aullido está claro que es un aspirante a suicida.

—Espera, Lorenzo, que así me asustas. Si no he entendido mal, nosotros ahora nos bajamos del coche y entramos en el bosque, solos y a oscuras. Caminamos hasta llegar a la zona de los cachorros y luego nos hacemos pasar por el lobo suicida, ¿no?

—Los has entendido perfectamente —respondió Lorenzo con una sonrisa radiante.

—Y luego ¿qué pasa? —preguntó ella incrédula.

—Esperamos.

—¿A qué? ¿A que nos destripen?

—No, a que los cachorros respondan al reclamo —dijo Lorenzo mientras se peleaba con las pilas del lector de CD—. Verás, si los padres están de caza, y a esta hora suelen estarlo, los cachorros estarán solos. Sin la autoridad de sus padres, casi seguro que responden al reclamo, incluso a costa de revelar su escondite. Para ellos es como un juego, no pueden resistirse. De esta forma, podremos recoger distintos datos. Para empezar, podremos averiguar si los cachorros siguen vivos, algo que no está tan claro. Y si lo hacemos bien, podríamos saber más o menos cuántos son contando las diferentes voces.

—¿Y si nos oyen los adultos?

—Vendrán enseguida a ver quién es el lobo loco que los ha desafiado en su propio territorio.

—Ajá. Y entonces es cuando nos destripan.

—Te equivocas otra vez. Cuando se den cuenta de que los invasores son seres humanos, saldrán corriendo —concluyó Lorenzo satisfecho.

—Estás convencido de lo que dices, ¿verdad?

—Greta, de una vez por todas, fíate de mí. Si los lobos fueran peligrosos de verdad, yo ya llevaría tiempo muerto. Le temen más al hombre que a cualquier otra cosa, créeme. Son mucho más peligrosos los perros callejeros... y tú de eso entiendes un poco —dijo señalando el brazo de la chica.

—Gracias por recordármelo —refunfuñó Greta acariciándose la vieja cicatriz.

—Entonces, ¿estás lista? ¿Más preguntas?

—Solo una: cómo, según tú, los perros callejeros son más peligrosos que los lobos... —preguntó con un hilo de voz—. ¿Qué hacemos si nos encontramos con uno en el bosque?

—¿Un perro callejero en el territorio de los lobos del Alpe della Luna? Ja, ja, esta sí que es buena. No lo permitirían jamás.

—OK, me callo —dijo Greta enrollándose la bufanda en el cuello—. Entonces me estás diciendo que no deben darme miedo los perros callejeros porque los lobos me protegerán. Sorpresas te da la vida, sin comentarios. —Se puso los guantes—. Una de dos: o estás loco o eres muy valiente.

—Ninguna de las dos cosas. Conozco a los lobos, nada más. —Abrió la puerta—. A partir de ahora —murmuró—, *silencio*.

Los dos tomaron la pista forestal. Greta se agarró con decisión a la mochila de Lorenzo. Al principio solo vio oscuridad, oscuridad y más oscuridad. A medida que avanzaban, tenía la impresión de que había ruidos inquietantes que hacían eco de sus pasos. Su mente creó imágenes monstruosas: ojos hambrientos en las tinieblas, garras que se alargaban sobre sus cabezas, colmillos preparados para asaltarlos por la espalda. Le pareció imposible que Lorenzo hubiera venido a ese sitio otras veces solo, sin usar ni siquiera una linterna. A lo mejor estaba loco.

Luego, poco a poco, la vista de Greta se acostumbró a las tinieblas. La luz de las estrellas iluminó el camino. Los grillos hicieron de alfombra armónica a un concierto de voces que no había oído nunca. La melancólica lechuza, el reclamo agudo de un zorro, el melodioso canto nocturno de un ruiseñor. Los latidos de su corazón se aplacaron, sincronizándose con el paso cadencioso y seguro de Lorenzo. Por un momento, cruzando un prado, la mano de Greta soltó la mochila del chico. Lorenzo se dio cuenta y le sonrió. Sus dientes blancos emergieron como una media luna desde la profundidad de la noche. Greta se sorprendió de lo inesperadamente tranquila que estaba.

Llegados a la embocadura de un desfiladero boscoso, el chico se quitó la mochila intentando no hacer ruido. Sacó una especie de megáfono al que conectó el lector de CD.

Unos instantes después, un aullido emergió del aparato. Greta se sobresaltó, aunque se lo esperara. El reclamo resonó entre los montes hasta que se apagó.

Lorenzo se quedó a la escucha. Tuvieron que repetir la operación dos veces más. Era la forma de proceder de los investigadores. Si después del tercer reclamo no había respuesta, cambiaban de estación de observación.

Lorenzo le dio a Greta el altavoz.

Play.

El aullido volvió a llenar el valle. Las vibraciones sonoras recorrieron el brazo con el que Greta sostenía el aparato. Un largo escalofrío invadió a la chica.

¿Contestarían los cachorros?

CAPÍTULO 21

Hay un intruso en nuestro territorio —exclamó la hembra alfa del Alpe della Luna.

Ella y su manada estaban siguiendo a una familia de jabalíes cuando oyeron el reclamo lanzado por Lorenzo y Greta.

—Confiemos en que los cachorros no se delaten —dijo uno de sus hijos.

Cuando el segundo aullido cortó el aire, la jefa de la manada adivinó su procedencia:

—El intruso se encuentra cerca del refugio de los pequeños —gruñó alarmada.

En ese momento los cachorros respondieron al reclamo.

—Lo sabía —musitó la madre—. Movámonos antes de que los encuentre.

Un lobo invasor no tendría piedad de los indefensos.

Rio y los demás se quedaron inmóviles como piedras. El segundo reclamo del lobo no había hecho más que apagarse cuando del bosque tupido salió un coro de respuesta.

—Cachorros —susurró Gemma sorprendida.

Rio asintió.

—Han respondido al reclamo del adulto.

—¿Creéis que nos han descubierto? —susurró Falco.

Rio estaba indeciso. ¿Avanzar arriesgándose a ser interceptados, o esperar allí donde estaban?

Los gamos se movieron inquietos. En cuanto la respuesta de los cachorros se apagó, el rebaño fue presa de un movimiento de agitación. Una hembra se escapó seguida por todos los demás. Algo se estaba acercando al bosque espeso desde la parte opuesta del prado.

—Preparémonos para lo peor —dijo Rio—. Están llegando.

Greta se quedó con el altavoz levantado hasta que la voz de Kami se apagó del todo.

Esperó, suspendida en el silencio de aquella noche aterradora y mágica al mismo tiempo.

Luego, el milagro.

Un coro alegre y festivo de aullidos y gañidos. A Greta la invadió una ola de emociones y ninguna de ellas tenía que ver con el miedo.

La Luna, empañada por nubes sutiles, parecía una lámpara envuelta en papel de arroz y derramaba una luz suave sobre las pendientes. En aquel claror onírico, a Greta le pareció entender de dónde provenía exactamente el canto de los cachorros. Una cavidad boscosa en la ladera del monte que tenía enfrente. Aquel sonido era tan nítido y cercano que le pareció que podía alargar una mano para atrapar su magia. Se dio cuenta de que estaba temblando toda, de los pies a la cabeza. En las películas había oído decenas de veces el reclamo de los lobos. Pero estar allí, en pleno territorio de lobos, sintiendo aquellas vibraciones en la piel... bueno, eso era otra historia. Se acercó a Lorenzo y lo cogió del brazo arrimándose a él. El chico, sorprendido y un poco incómodo, sintió un escalofrío al notar el cuerpo de Greta en contacto con el suyo. Una sensación inesperada y agradable le mordió el estómago.

—Ahí están —dijo Selva con las orejas hacia delante.

En el confin del bosque, cinco siluetas salieron de la oscuridad. Se detuvieron un instante. Luego se dirigieron hacia ellos decididos.

—Nos han visto —gritó Rio—. Estad preparados.

Cuando Lorenzo y Greta habían lanzado el reclamo grabado, la manada de Rio se encontraba, sin saberlo, en las inmediaciones del *rendez-vous* de los lobos del Alpe della Luna. Estos, precipitándose hacia el potencial intruso, habían interceptado a Rio y a los suyos, que se encontraban en el lugar equivocado en el momento equivocado.

No tardaron ni un minuto en tenerlos encima.

—¿Quiénes sois? —gruñó la jefa de la manada del Alpe parándose amenazante a unos pasos de Rio.

—Quietos, no hemos venido a combatir —respondió Rio intentando calmar los ánimos.

—Y entonces, ¿qué hacéis en medio de nuestro territorio?, ¿no habéis oído las señales de frontera?

—Era el único camino para continuar hacia el norte, adonde nos dirigimos.

—¿De dónde venís? —preguntó la loba.

Su compañero había muerto recientemente en un enfrentamiento con una manada rival. Era desconfiada y estaba preparada para el ataque.

—Venimos del monte Sibilla, al sur. Nos han obligado a abandonar nuestro territorio.

Los hijos de la loba se movieron nerviosos, listos para abalanzarse sobre los invasores a una señal de su madre. Eran todos machos, robustos y sanos. Por las cicatrices que tenían, se veía que estaban acostumbrados a luchar con los jabalíes.

—Llevamos días de camino, estamos cansados y hambrientos —continuó Rio—. Solo queremos buscar un nuevo territorio lo antes posible y no tenemos intención de ocupar el vuestro.

—Entonces, ¿por qué habéis lanzado un aullido de desafío? —musitó el hijo mayor de la loba.

—No hemos sido nosotros —dijo Rio sorprendido.

—Mienten, madre.

Las cosas se estaban poniendo feas. La tensión llegó al clímax. Rio entendió que para evitar el enfrentamiento tenía que ser más agresivo.

—Si nos dejáis pasar, no volveremos a pisar vuestra tierra. Pero si queréis batiros, os conviene saber que la manada de la Sibilla venderá cara su piel —gruñó—. Somos más que vosotros.

La loba vaciló. Observó el volumen de Brugo y la determinación en los ojos de Gemma. Notó también los costados hinchados de Lama, señal de preñado avanzado.

—¡Está bien! Os concedo permiso para pasar —respondió al final—. Pero si os volvemos a sorprender en nuestro territorio, no tendremos piedad.

—Gracias —dijo Lama—. Decidnos solo qué dirección debemos tomar para abandonar rápidamente vuestra tierra y proseguir hacia el norte.

—En el norte solo encontraréis la muerte —respondió gélida. Su mirada se entristeció—. Al norte de nuestro territorio vive una manada que no admite intrusos, ni siquiera de paso. —Hizo una pausa—. Continúa hacia el oeste y seguid el torrente hasta que se convierta en río. Allí encontraréis una zona para vosotros. Y mucha comida, siempre que sepáis apreciarla.

La loba no especificó qué tipo de comida iban a encontrar. Rio no preguntó nada más. Agachó la testuz en señal de agradecimiento, se dio la vuelta y desapareció en la oscuridad seguido por los demás.

La manada del Alpe observó cómo los intrusos se alejaban.

—Madre... si siguen el torrente... encontrarán al *matalobos*.

—Ya lo sé. Pero si consiguen pasar, tendrán alguna esperanza de que nazcan sus cachorros.

CAPÍTULO 22

GRACIAS! —fue lo primero que dijo Greta cuando volvieron al coche—. Ha sido increíble. —¿No has tenido miedo? —Un poco. Al principio. Pero cuando los cachorros empezaron a aullar en coro ¡se me pasó todo! ¿Crees que los adultos nos habrán oído?

—Puede ser. De todas formas, lo importante es que nos hayan contestado los cachorros. Estaba preocupado porque hace tiempo encontré al jefe de la manada del Alpe della Luna desgarrado por la manada que vive más al norte. Temía que no consiguieran volver a cazar y que los cachorros sufrieran por eso. Pero debe de haber tomado el mando la hembra alfa.

—¡Viva... *women power!* —dijo Greta—. Ojalá ocurriera eso entre los seres humanos de vez en cuando...

—Vamos, anotemos los datos. Te enseño a rellenar la ficha y así la próxima vez te encargas tú.

23:00 horas.

Estación de medición: Alpe della Luna – localida: montaña.

Respuesta: al segundo reclamo.

Estimación del número de cachorros: 3.

—Me parecieron más.

—A lo mejor sí, pero no hay que dejarse engañar por el eco. Tenemos que anotar el número mínimo del que estemos seguros.

Metió en la mochila el bolígrafo y el cuaderno, y encendió el motor. Los faros inundaron el bosque.

—Nos espera casi una hora de coche hasta la segunda estación de esta noche. Si quieres descansar, puedes echarte un sueñecito.

Ella le sonrió y se acomodó en el asiento. Cerró los ojos y volvió a degustar las emociones que seguían vibrándole dentro.

La manada de Rio dejó atrás la sierra del Alpe della Luna y se encaminó hacia el oeste, siguiendo el torrente que les había indicado la loba. El valle se estrechó, la vegetación cambió. Carpes y robles sustituyeron a las hayas.

El vuelo de un mochuelo se deslizó lentamente sobre los lobos. La rapaz nocturna se posó en una roca y lanzó un sonido agudo, espectral. Los hombres habrían considerado el gesto como un mal presagio. Y esta vez no se habrían equivocado.

El desfiladero se hizo aún más estrecho, los árboles agarrados a las pendientes se doblaron sobre la manada con manos esqueléticas.

Luego, repentino como un hachazo, un muro. Liso y pulido, iba de un lado a otro del cañón. En mitad de la pared de cemento se abría un túnel oscuro en el que el torrente se zambullía tumultuoso, saludando triste al cielo y a las estrellas.

La manada estaba desorientada. Subió por una de las pendientes del canalón para intentar superar aquella muralla. Rio curioseó pasado un terraplén. Ante él, un espacio vacío. El olor del asfalto le picó en las narices.

—Es una carretera de los hombres.

—Nunca había visto una tan ancha —observó Brugo.

—¿Qué hacemos? —preguntó Lama—. ¿La cruzamos o seguimos el curso del torrente?

—No me apetece nada meterme en ese agujero negro —refunfuñó Falco.

Los faros de un coche iluminaron la calzada. Los lobos se metieron en las matas. El automóvil les pasó por delante flechado. El movimiento del aire los arrolló y les erizó el pelo.

—Igual es mejor el agujero —rectificó Falco.

—No, podríamos ahogarnos ahí debajo. Esperemos a que la carretera esté desierta y crucemos —propuso Rio—. Yo seré el primero.

Reptó bajo el guardarraíl metálico. Sus patas se posaron en el asfalto. Un olor a goma quemada anuló los olores del bosque a su espalda, como un tarrito de tinta china derramado sobre un dibujo de colores.

No se lo pensó y cruzó.

Al otro lado de la calzada se encontró frente a un muro como de un metro. Por encima, un tubo metálico que iba de una parte a otra y se perdía en la oscuridad. Rio se puso de pie sobre las patas posteriores y se apoyó en la superficie de cemento.

Después de un rápido vistazo, volvió con los demás.

—Hay otra carretera al otro lado del muro. Es bajo, se puede saltar fácilmente. Después de la carretera empieza otra vez el bosque. Cuando llegue a la otra parte, lanzaré una señal.

—No vayas —le imploró Lama. Un oscuro presentimiento le encogió el corazón—. Busquemos otro paso.

Pero Rio, esta vez, no escuchó su consejo. Cruzó la carretera desierta y cogió carrerilla. Estaba a punto de dar el salto cuando percibió una vibración que sacudió el suelo.

Demasiado tarde para pararse. Ya estaba en el aire.

Aterrizó en la otra parte. Dos faros lo deslumbraron y el estruendo de un camión le saturó las orejas.

—¿Greta?

Lorenzo repiqueteó dulcemente en el hombro de la chica.

—¿Eh? ¿Estamos en casa? —dijo frotándose los ojos.

Miró el reloj. Casi la una.

—Ojalá —dijo Lorenzo—. Venga, la última estación y luego nos vamos a la camita.

—¿Tenemos que andar mucho? —preguntó Greta poniéndose el gorro de lana. La idea de abandonar el calorcito del habitáculo no le apeteecía nada.

—No, el punto de *rendez-vous* de esta manada está a diez minutos de un convento.

—¡Venga ya! ¿Devotos de san Francisco? —bostezó Greta.

—Está claro que saben de quién pueden fiarse —sonrió Lorenzo.

Cogieron el equipo y se pusieron en marcha.

El cielo se había despejado y ahora la Luna proyectaba largas sombras nítidas bajo ellos.

Se adentraron en la espesa oscuridad de un bosque milenario a través de un sendero acanalado en el suelo, excavado a lo largo de los siglos por el incesante caminar de los monjes.

A Greta le pareció oír cómo retumbaban los rezos de los franciscanos entre las columnas de corteza del bosque. La chica se miró los pies protegidos por cómodas botas y pensó en las sandalias de los monjes que, tanto en verano como en invierno, recorrían sin descanso aquellas naves naturales ahora envueltas por la oscuridad. Percibió la espiritualidad de aquellos hombres,

libres para correr en el viento y acariciar la naturaleza. Se los imaginó mirando hacia arriba, divisando la oscuridad del cielo y sintiendo la luz dentro de sí. La idea de las pesadas bóvedas de una iglesia le dio una sensación de ahogo, e imaginó miles de oraciones atrapadas entre los gruesos muros en busca de una vía de escape. Saber que los monjes pasaban largas horas a los pies de aquella catedral a cielo abierto la reconfortó.

La campana del convento tañó una vez, como para ponerle un punto a sus pensamientos.

Lorenzo se paró en un prado a los pies de una pendiente poco pronunciada y cubierta por abetos altísimos.

Lanzó el reclamo con el altavoz.

Sin respuesta.

El segundo reclamo también se perdió en el vacío. Igual que el tercero. Estaban a punto de irse cuando en el bosque que tenían delante retumbaron unos pasos. Algo estaba bajando ruidosamente en su dirección.

Greta se puso tensa y se abrazó a Lorenzo.

—Dios mío, ¿qué es? —susurró asustada.

El chico se llevó el dedo índice a los labios y siguió a la escucha. Por primera vez, en sus ojos iluminados por la Luna, Greta leyó inseguridad.

El ruido de los pasos se multiplicó rebotando en los troncos de los árboles. Estaban cerca y apuntaban derechos hacia ellos. Sintió que se iba a desmayar.

Tres lobeznos dieron un salto desde el bosque y avanzaron por el prado corriendo a su encuentro. Cuando se dieron cuenta de que tenían delante a dos humanos, su expresión festiva se transformó al instante. Sus colas, que hasta hacía un momento se movían alegres, se metieron entre las patas. Sin pararse ni un segundo, los tres dieron marcha atrás derrapando en la hierba y volviendo corriendo y asustados por donde habían venido.

Lorenzo y Greta se quedaron con la boca abierta. Pero no pudieron contenerse: una carcajada fragorosa recorrió el bosque. Volvieron al coche deprisa, incrédulos y riéndose.

—¡Nunca me había pasado algo así! —exclamó Lorenzo ya en el interior del vehículo.

—Madre mía, te juro que hasta que no he visto que eran cachorros, estaba muerta de miedo.

—¿Has visto qué bonitos? Todo patorras y orejas.

—¡Qué tiernos! ¿Y cuando salieron corriendo? ¡Parecía una escena de dibujos animados!

—¿Sabes que es la primera vez que veo cachorros? —dijo Lorenzo, arrancando el motor—. Siempre los he oído aullar o los he visto en las cámaras trampa, pero este es el primer encuentro cara a cara.

—Eso quiere decir que te traigo suerte —dijo Greta.

Era lo que decía siempre.

En aquel momento vibró el móvil de Lorenzo.

—Es Pacini, mi director —dijo el chico, sorprendido de que lo llamara a esa hora.

—¿Diga?

Greta oyó una voz exaltada al otro lado del teléfono.

—Estamos en la estación del convento... sí, de acuerdo... el tiempo de llegar.

Colgó.

—¿Qué pasa? —preguntó Greta.

—Han atropellado a un lobo en la autovía —murmuró—. Está muerto.

CAPÍTULO 23

Las luces de la Forestal azotaban con su azul los árboles que había junto a la carretera nacional.

Lorenzo aparcó detrás de un coche de policía. Un agente estaba colocando señales luminosas para indicar que aminoraran la velocidad. Algunas personas, iluminadas por los faros, estaban agachadas en el asfalto examinando al lobo muerto. Lorenzo reconoció al profesor Pacini.

—Buenas noches, profesor —dijo el chico.

Greta se había parado unos metros antes. Las luces, la carretera, los agentes. Un recuerdo tremendo le sacudió el estómago. Se apoyó en la camioneta y respiró hondo.

—Hola, Lorenzo.

El profesor se levantó con la cara tensa. Fue entonces cuando el chico se dio cuenta de que había dos lobos tumbados en la calzada.

—Uno ha sido atropellado, el otro merodeaba por aquí —explicó el profesor—. Parecía confundido, así que lo hemos dormido con un dardo para evitar que lo arrollase otro coche.

—¿Y no se ha alejado cuando los ha visto llegar? —preguntó Lorenzo sorprendido.

—¡Qué va! —respondió el profesor mesándose la barba.

El camión monstruoso pasó a toda pastilla por la carretera tocando su poderoso claxon. Los lobos de la Sibilla se sobresaltaron. Nunca habían visto nada tan aterrador. Saltaron instintivamente al desfiladero que tenían a sus espaldas y desaparecieron entre los matorrales. Solo Lama se quedó quieta, como atontada.

—¡Rio! —gritó desesperada.

Sin tener en cuenta el peligro, se abalanzó sobre el asfalto. Un coche le pasó a gran velocidad a pocos centímetros del hocico. El conductor no tuvo tiempo ni de amagar una frenada. Se limitó a despotricar por el espejo retrovisor:

—¡Malditos perros callejeros, a pique de matarnos por su culpa!

Lama se acercó temblando a la mediana de cemento que separaba los dos sentidos de la autovía. A lo lejos se aproximaba otro coche. Un temblor del asfalto anunció la llegada de otro monstruo en sentido contrario. Tenía que saltar en seguida si quería alcanzar a Rio. Estaba a punto de tomar impulso cuando la sombra oscura de un lobo superó la mediana y aterrizó junto a ella.

—¡Rio, estás vivo! —gritó lamiéndole el hocico.

El lobo, todavía aturdido y medio cegado por los faros, parecía confundido.

Otros faros los iluminaron y un claxon los dejó sordos.

—El macho no presenta heridas —dijo el veterinario—. Y por cómo se movía antes de que lo durmiésemos, tampoco fracturas. Probablemente solo estaba impresionado por el accidente que ha sufrido la loba.

Greta se acercó para escuchar mejor. Vio el ejemplar muerto, una hembra con el pelo brillante y plateado que los guardas forestales estaban levantando del suelo en ese momento. El impacto con un coche la había matado en el acto. El conductor se había parado y había avisado a las fuerzas del orden.

Viendo aquel cuerpo inerte, aquella vida salvaje truncada por un accidente banal, la invadió un sentimiento de piedad y de profunda tristeza. La sorprendió aquella sensación. ¿Quién lo habría dicho? Claro que había elegido aquel proyecto para superar sus miedos, pero no podía imaginarse que en solo dos días el terror se transformara incluso en empatía. Y sin embargo, así era. Había sido suficiente adentrarse en su territorio, sentir su canto y encontrarse con sus cachorros para enamorarse de aquellos animales misteriosos y fascinantes.

Cuando vio al macho dormido, Greta se dio cuenta de que su pelaje era oscuro como la noche, muy distinto del de la hembra muerta o del de los lobos que había visto en los libros de Lorenzo.

El chico pareció leerle el pensamiento.

—Es un ejemplar melánico. Tiene el pelaje negro.

—Pensaba que el lobo negro solo existía en los cuentos —murmuró Greta.

El profesor la oyó.

—Se trata de una variación genética más bien rara. Más o menos como las personas albinas para los hombres —explicó mientras tomaba una muestra de sangre del lobo—. Mandaremos a analizar su ADN para averiguar más datos.

—¿Cuándo se despertará? —preguntó Greta.

—En cuanto le inyectemos el antídoto del somnífero —le explicó el profesor. Lorenzo tapó al lobo con una manta porque hacía mucho frío y el animal sedado podía padecer hipotermia—. Lo liberaremos esta misma noche pero no aquí, cerca de la autovía. Es demasiado peligroso.

Lorenzo se zambulló en el maletero y salió con un collar negro en la mano que llevaba una batería y un transmisor de ondas de radio. Luego fijó la frecuencia y con una antena probó el funcionamiento del radio collar. A continuación, el profesor se lo puso al lobo en el cuello. Sus ojos estaban entreabiertos; la lengua rosa humedecía el asfalto.

Una vez atornilladas las tuercas que ajustaban el collar, colocaron al lobo en la camioneta, junto a su compañera muerta. El veterinario y el profesor se montaron en el todoterreno de la Guardia Forestal, Lorenzo y Greta los siguieron en su coche. Media hora después, embocaron por una pista que se adentraba en el bosque.

Al lobo negro lo depositaron entre los árboles. Mientras el veterinario preparaba la inyección con el antídoto, Greta se acercó con cautela para echar un vistazo.

—Tenemos que ponerle un nombre —dijo el profesor—. ¿Quieres elegirlo tú? —le preguntó a la chica.

Greta lo pensó unos segundos.

—Bueno, si no es demasiado banal, yo diría que Otello, por su color.

—Pues Otello —sonrió el profesor.

El veterinario inyectó el antídoto.

Se alejaron y esperaron a que el fármaco hiciera efecto. Para asegurarse de que el despertar fuera normal, apuntaron al lobo con un pequeño faro. Poco después, el animal empezó a moverse intentando ponerse de pie con torpeza. Cuando estuvo ya sobre las cuatro patas, deslumbrado por la luz, se dirigió tambaleándose hacia la parte opuesta a donde estaban los hombres y se disipó en el bosque.

—Bien, Lorenzo, ahora tienes un lobo todo para ti del que tienes que encargarte —dijo el profesor—. Así romperás la monotonía del *wolf howling*.

—Y tendré todavía más trabajo —respondió el estudiante, pero se veía que estaba entusiasmado con la idea.

Un guarda forestal se acercó al profesor Pacini.

—Parece que esta noche ha habido mucho trajín de lobos por la autovía.

—¿Por qué?

—Me acaba de llamar un compañero de la policía. Ha llamado un camionero que dice que ha atropellado a un lobo, unos kilómetros al sur de donde estábamos nosotros.

El profesor y el veterinario se miraron estupefactos.

—¿Dos lobos atropellados en la misma carretera la misma noche?

—Eso parece. Nosotros vamos a echar un vistazo —dijo el guarda subiéndose al coche.

Las ruedas lanzaron un grito y dibujaron una estela de goma en el asfalto. Los faros se detuvieron a pocos centímetros de Rio y Lama, que saltaron aterrorizados entre los árboles. A bordo del coche iban dos chicas que volvían de una noche en una discoteca. Se miraron incrédulas.

—¡Lama, Rio! —gritó Gemma saliendo del bosque bajo en el fondo del desfiladero.

—¿Qué era esa montaña atronadora de la carretera? —preguntó Falco saliendo de detrás de una roca con la cola y las orejas gachas.

—No tengo ni idea —jadeó Rio, todavía trastornado—. Lo único que sé es que en cuanto he llegado al otro lado del muro, sus luces me han cegado. Me he pegado al suelo y ese monstruo me ha pasado por encima.

—No estás herido —observó Alba después de olerlo entero.

—He cerrado los ojos y cuando los he vuelto a abrir ya se había ido —explicó Rio—. La Luna me ha protegido.

Cuando se repusieron del susto, se convencieron de que era mejor seguir el curso del torrente por el túnel que pasaba por debajo de la autovía. Se sumergieron en el agua hasta casi la barriga. El fondo estaba resbaladizo y podían acabar arrastrados por la corriente. Solo el resplandor lunar que atisbaban al final del túnel les dio fuerzas para superar la angustiada sensación de claustrofobia que les transmitía aquel lugar. Por fin salieron por el otro extremo. Volvían a respirar. Salieron del agua y se sacudieron el pelaje. «Lo hemos conseguido.» Pero a lo lejos, Rio vio una llanura repleta de luces humanas. Empezó a sospechar que el consejo de la loba del Alpe había sido solo una trampa para que no volvieran atrás. Jamás.

CAPÍTULO 24

Es la misma casa del otro día? —preguntó Greta en cuanto se encontró en la cocina de Lorenzo.

—Ya te dije que había hecho limpieza —respondió el chico atándose las botas.

—¿El programa de hoy?

—Tenemos que volver a donde dejamos a Otello y trazar su posición.

—¿Qué hará ahora? —preguntó Greta—. Sin su compañera, quiero decir.

—Si Otello y la loba pertenecen a una manada mayor, intentará encontrarla. Si estaban solos, tendrá que buscarse otra hembra o pedir que lo acepten en otra manada.

Bajaron al patio y se subieron al coche.

—¡Señorita duquesa! —saludó amablemente Ovidio, que salió de la nada.

Greta respondió con una sonrisita forzada.

El todoterreno salió del pueblo de Chiusi della Verna y siguió la carretera al pie del peñasco sobre el que descollaba el Santuario della Verna. Aferrado a la roca como un aguilucho preparado para alzar el vuelo, allí era donde San Francisco había edificado su primer convento. Un lugar que desprendía espiritualidad por cada piedra. Enormes hayas seculares crecían dentro del conjunto, trazando una línea invisible que unía roca, madera, hojas y cielo. Greta se perdió en aquella visión.

Imaginó al santo de Asís recogido orando a los pies de la roca donde, según la leyenda, convirtió al bandido Lupo. En la iconografía cristiana ese bandolero se representaba como un lobo negro. Greta no pudo evitar pensar en Otello.

—¿Has ido alguna vez? —preguntó ella.

—¿Al Santuario? Me da vergüenza reconocerlo pero no. No he tenido tiempo todavía. Es que cuando tengo un día libre aprovecho para volver a casa.

—¿Dónde vives?

—En Livorno.

—No me digas. No tienes acento de Livorno.

—No, nací en Toscana. Mis padres son de Cerdeña pero se mudaron a la península cuando era pequeño.

—Pero tampoco tienes acento sardo.

—Pues te aseguro que si me lo propongo, soy capaz de hablar una hora sin que te enteres de nada.

Ahora que lo decía, Greta reconoció en Lorenzo algunos rasgos típicos de esa tierra tan bonita al otro lado del mar, adonde ella iba de vacaciones de niña. Lo único atípico para alguien de Cerdeña era el color de sus ojos. Aunque le recordaban, pensó Greta, a esa isla, unos ojos verdes esmeralda como las ventosas calitas solitarias, bajo el sol de septiembre.

—¿Y adivina a qué se dedica mi padre?

Greta sacudió la cabeza.

—No lo sé, ¿es guarda forestal él también?

—Es pastor.

—Anda ya —rio incrédula—. ¿Y cómo se lo ha tomado cuando te has pasado al bando de los

lobos?

—En realidad mis estudios también son útiles para los pastores. Si conoces a un depredador, sabes qué precauciones tomar para minimizar el daño que puede hacerle a tu ganado. Cuéntame algo tú, venga —dijo Lorenzo—. Hasta ahora hemos hablado todo el rato de lobos. Solo sé que eres una duquesa que odia que la llamen duquesa.

—Vivo con mi familia en Chiusi, pero en cuanto encuentre trabajo me voy.

—¿No te llevas bien con tu familia?

Greta resopló.

—¿Qué quieres que te diga? Ya estoy harta de ellos. Sobre todo de mi madre y mi hermana. Me he hartado de su ambiente estirado. Les gustaría que yo trabajara en la perfumería con ellas, imagínate. ¿Tengo pinta yo de rociar esencias en el cuello de señoras ricas con narices retocadas?

—A mí me gustan...

—...

—Los perfumes, quiero decir —especificó Lorenzo.

—A mí me parece que —continuó Greta— la perfumería es la metáfora perfecta de mi familia. Regla número uno: ocultar los olores, tapar la verdadera esencia. El colmo de la ficción, vamos.

—¿Tienes novio? —le preguntó Lorenzo a bocajarro.

—Eres más cotilla que Ovidio —respondió ella. Miró por la ventanilla y suspiró—. Hasta hace tres años, sí.

—¿Quieres decirme que llevas ya tres años sola? Increíble.

—¿Por qué?

—Porque eres muy guapa —dijo Lorenzo, sorprendido por la naturalidad con la que le habían salido aquellas palabras.

Greta se puso colorada. A Lorenzo le pareció que había sido demasiado impetuoso.

—¿Eres siempre así de directo?

—Soy hijo de pastores —dijo como para justificarse—. Me han educado así, sin muchas complicaciones o giros de palabras —sonrió.

Era verdad. Y a Greta le gustaba su manera alegre de enfrentarse a la vida y a los demás. Era dulce, auténtico, discreto. Excepto cuando intentaba torpemente hacerse la mosquita muerta, claro. Lorenzo lo hacía todo fácil. Era justo lo contrario de como se sentía ella, constantemente enredada en tortuosos recorridos de la mente, más empeñada en enrollar que en desenrollar la vida, las relaciones, el futuro. Por un momento se sintió sinceramente atraída por él. Pero un pellizco en el estómago la hizo sentir culpable por aquel deseo. La melancolía volvió prepotente a turbar el fondo de sus ojos.

Lorenzo se dio cuenta.

—Perdona si me he pasado.

Ella se quedó en silencio bastante tiempo. Los árboles desnudos le pasaban a toda velocidad por delante mientras en el bosque el sol dibujaba largas sombras sobre las suaves alfombras de hojas.

—Murió en un accidente.

Pronunció aquella frase casi distraídamente.

—Íbamos juntos en coche y acabamos en un canal. Él se desmayó y yo... yo conseguí sacarlo del interior antes de que se ahogara. Pero no fui capaz de reanimarlo... falleció antes de que llegara la ambulancia. —Hizo una pausa—. Nos conocíamos desde pequeños.

Lo dijo haciendo un esfuerzo por no mostrar emociones. Como si estuviera hablando del tiempo

o de qué perfumes vendía su madre. Como si hablando de ello de esa forma consiguiera que aquel drama pareciera menos doloroso, incluso para ella misma.

Lorenzo abandonó un momento la mirada de la carretera y su sorpresa atónita acarició el perfil de ella. Greta tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¡Ostras! —fue lo único que le salió.

—Sí, una cosa horrible —dijo. E inesperadamente sonrió, recogiendo el pelo y pasándose un dedo por debajo de los ojos para contener el llanto.

Greta era un río con la superficie helada. En los últimos tres años había intentado con todas sus fuerzas abrir una brecha para desbordarse, expandirse, volver a discurrir por la vida. Esa tragedia la había trastornado. Pero la había hecho crecer. Le había hecho ver que solo se vive una vez, la había llevado a cuestionarse quién era de verdad, las expectativas deprimentes de su familia y la apariencia vacía del rango nobiliario. Después de ese drama, se había dicho a sí misma que todo iba a cambiar. Quería caminar por el mundo con sus propias piernas en lugar de acunarse en la cómoda y algodonada condición de duquesa. Había empezado por afrontar uno a uno sus miedos. Para empezar, el de seguir encontrándose sin poder salvar a una persona que amaba o, por lo menos, intentarlo. De ahí el curso de emergencias y la Cruz Roja. Luego el proyecto sobre los lobos para vencer la fobia que desde hacía demasiados años le impedía vivir la naturaleza en libertad, como hacía de niña.

Pero había un componente en su vida que se le seguía resistiendo. El Amor.

Quizás era ella la que se resistía a él.

—No lo había hablado con nadie desde que ocurrió —dijo Greta un rato después—. Y no sé por qué te he echado encima toda esta tristeza. Es un día de sol tan bonito —prosiguió cerrando los ojos.

El sol a través de los cristales le besó la piel.

A Lorenzo le habría encantado hacer lo mismo.

CAPÍTULO 25

De día parece otro sitio —dijo Greta mirando a su alrededor en el lugar en el que habían liberado a Otello.

De aquel bosque, la noche anterior, la chica solo había apreciado el círculo arrancado a la oscuridad por el faro de la Guardia Forestal que, como un cañón sobre el escenario, había seguido al actor principal dejando todo lo demás en la sombra.

Ahora, el nuevo día había encendido las luces de aquel teatro natural que la primavera se disponía a colorear. Sobre la manta de hojas que durante el invierno había calentado las semillas, las primulas amarillas bostezaban soñolientas mientras puñados de cándidas anémonas se asomaban tímidas a los pies de las hayas, como gemas preciosas repartidas por un viandante generoso.

—Sostén la radio receptora, por favor —pidió Lorenzo—. Yo muevo la antena.

Bip.

Bip.

—Genial, está vivo —dijo el chico aliviado.

—¿Cómo lo sabes?

—Si el lobo estuviera muerto, el collar lanzaría *bips* mucho más frecuentes.

El volumen de las señales acústicas aumentó cuando Lorenzo orientó la antena hacia el sudoeste.

—Es por ahí.

El chico sacó un plano y lo abrió en el capó del coche. Luego trazó una línea desde el punto en el que se encontraban hasta el punto en el que la señal era más aguda.

—¿Podemos saber lo lejos que está? —preguntó Greta.

—Dentro de poco lo sabremos. Antes tenemos que movernos y repetir la operación trazando otra línea. El punto en el que se crucen las dos rectas indicará el lugar en el que se encuentra el radio collar. En nuestra jerga, se llama *triangulación*.

Greta arrugó la frente.

—Es más fácil hacerlo que explicarlo —la tranquilizó—. Ya verás que para esta noche serás capaz de hacerlo sola. Así podrás encargarte tú los próximos días. ¿Qué te parece?

—¡Ojalá! Sería como vengarme de mi profesor de geometría.

Espasmos de hambre y cansancio. La manada de Rio tenía una necesidad imperiosa de comer. Habían transcurrido casi tres días desde la última comida. Lama estaba agotada. Aunque no se quejaba, la panza empezaba a pesarle y Rio notó que a menudo se paraba para recuperar el aliento.

La presencia humana aumentó a medida que los lobos bajaban hacia el valle. Esto convenció a Rio a pasar las horas de luz en una espesura cerca del torrente. A pesar de todo, el jefe de la manada seguía siendo fiel a las indicaciones de la loba. Algo le decía que no había mentido.

La Luna trajo consigo la noche. Y de la mano de la oscuridad, llegó la niebla.

—Fiel amigo de los lobos —suspiró Gemma.

Cazar envueltos en su manto impalpable cegaba a las presas, mientras que el olfato y el oído de

los lobos no mermaban en absoluto. Gemma no se podía imaginar que, poco después, precisamente la niebla los iba a traicionar.

Los lobos se movieron. El torrente, alimentado por una miríada de arroyos, se convirtió en río. En su lecho, amplias contenciones artificiales producían cascadas ruidosas. El vapor que salía de allí tenía un pésimo olor. Eso debería haber puesto en guardia a la manada. Sin embargo, los lobos, empujados por el hambre e hipnotizados por los rastros de conejo salvaje que olían a lo largo de las riberas, prosiguieron.

De pronto, se oyó un estruendo, parecido al de aquel monstruo de metal que casi mata a Rio. Una luz sobrevoló sus cabezas. Los lobos se agazaparon sobre las patas traseras y bajaron las orejas, aterrorizados.

—¿Qué ha sido eso? —gritó Lama cuando la luz desapareció.

Rio levantó la mirada. Una sombra oscura se cernía sobre ellos, un enorme brazo negro que superaba el río perdiéndose en la niebla. Más arriba aún, surgieron de la oscuridad construcciones imponentes de contornos difusos, mortecinamente iluminadas por racimos de luces humanas.

Siguiendo el río, envueltos en la niebla, ensordecidos por el agua tumultuosa, concentrados en las estelas olorosas que estimulaban sus estómagos, los lobos llegaron al fondo de sus pesadillas. Una ciudad de los humanos.

A pocos metros de ellos, sobre sus cabezas, un paso elevado cruzaba el río y un autobús en servicio nocturno acababa de pasarles por encima a toda velocidad. Pero lo que los aterró todavía más fueron los altos edificios que parecían cerrar el cielo sobre ellos, ahogándolos. Falco, presa del pánico, perdió el control y se escapó pero, en lugar de volver sobre sus pasos, embocó por el sendero equivocado y salió del cauce del río desapareciendo en la espesa niebla. Rio y Lama salieron tras él en un intento de atraparlo.

Demasiado tarde.

Tres de la madrugada. La ciudad dormía. Un tipo salió de un bar mientras a sus espaldas la persiana metálica se cerró ruidosamente. Se tambaleó unos metros en dirección a su coche. Antes de entrar en él, fue hasta un callejón oscuro y orinó contra la pared. Luego se subió la cremallera y dio un paso hacia la calle. De la nada salieron tres lobos, silenciosos como fantasmas. El hombre se quedó petrificado. No movió un músculo hasta que el último lobo no desapareció en la oscuridad. No lo habían visto. Se pasó los dedos por los ojos y se frotó las sienes con el pulgar y el índice. Al final suspiró y se metió en el bolsillo las llaves del coche.

—Mejor si vuelvo a casa andando, he bebido demasiado.

La manada se había dividido. Gemma y los demás habían escapado siguiendo la orilla y volviendo río arriba. Rio y Lama habían conseguido alcanzar a Falco y, siguiendo su olor, lo habían encontrado tembloroso, agazapado en un portón oscuro. Pero, ahora, los tres lobos vagaban desorientados por la ciudad brumosa, flotando en un ansia mojada. Se encontraban en un lugar hostil, extraño, sin ningún tipo de referencia. Las calles desiertas estaban coronadas por edificios altos. Aunque no hubiera estado la niebla, no habrían podido orientarse con las estrellas porque las farolas, melancólicos tallos jorobados, iluminaban la tierra pero oscurecían el cielo. En la ciudad del hombre, parecía haberles abandonado hasta la Luna.

Grietas, crestas toscas y cañones escarpados, zonas boscosas y explanadas de bosque, prados. Montañas agudas que se dulcificaban convirtiéndose en suaves colinas redondeadas, terrenos de

distinta naturaleza que mutaban con repentinos cambios de paisaje. Nada de eso pertenecía a la ciudad.

Ahora las patas pisaban un suelo rígido, desnudo y siempre igual. La irregularidad y la riqueza de la naturaleza habían dejado paso a un inquietante orden de formas y espacios. Líneas rectas, geometrías perfectas, ángulos todos iguales. Matrices repetidas hasta el infinito, como en los campos cultivados, pero aquí todavía más exasperadas y frías. En la jaula arquitectónica de la ciudad, la mente de los lobos corría el riesgo de enloquecer.

Lo único que podían hacer era seguir vagando con la esperanza de volver a encontrar el curso del río que los había conducido hasta allí. Se arrastraban a ras de las paredes, con el terror de que un humano pudiera aparecer de pronto. Río buscaba desesperadamente una estela olfativa pero el asfalto olía mal y había excrementos de perro por todas partes. Se preguntó por qué los perros de ciudad tenían que marcar aquellos territorios áridos sin presas.

Desde la cocina semienterrada de un restaurante japonés salió un olor a pescado crudo. Ni siquiera a Falco le llamó la atención, de lo asustado que estaba.

De repente, se encontraron en un amplio cruce. Más allá del amarillo intermitente de los semáforos, Río notó por fin algo familiar.

—¡Árboles! Hay un bosque allí delante —exclamó.

Los lobos cruzaron rápidamente la calle. Incluso en esa situación dramática, su caminar seguía siendo elegante y elástico. Solo su mirada y sus orejas inquietas revelaban su estado de ánimo.

Después de la acera, pisaron un prado ralo. Sobre sus cabezas, grandes árboles. Enseguida se sintieron mejor. Pero un poco más allá oyeron un chirrido siniestro.

Una ligera brisa comenzó a disipar la niebla. Algo se movió junto a ellos. Un columpio al viento. Y un tobogán. A poca distancia, olor de agua. A lo mejor el río estaba cerca. Siguieron avanzando y la niebla desapareció del todo. Delante de ellos se abrió un espejo de agua perfectamente redondo. Algunos patos flotaban dormidos, con los picos hundidos entre las plumas del dorso. Dos faros barrieron el parque público. Y una luz azul intermitente azotó la oscuridad. Los lobos miraron a su alrededor en busca de algún refugio. Sin la niebla estaban desnudos. A pocos metros del lago y de los juegos para niños, había un gran césped en cuyo centro crecía un matorral espeso y tupido de hojas anchas. Los tres se metieron en él sin dudar.

La luz del cielo creció y las farolas se apagaron. La ciudad se estaba despertando.

Y los lobos eran sus prisioneros.

CAPÍTULO 26

Un sol enfermo de contaminación se asomó opaco desde detrás de un edificio. Las vidas de los hombres se agitaban frenéticas como turbinas. Rio estaba atenazado por la angustia. La respiración se le aceleró. Tenía la lengua seca, pastosa por el humo de los tubos de escape que serpenteaban a ras del suelo. Las narices se le hinchaban y deshinchaban rítmicamente, invadidas por un cóctel de olores desconocidos. Innaturales. Le pincharon en el hocico, en los ojos color miel. Impregnaron su espeso pelaje.

Entre él y aquel mundo infernal solo había un espeso seto de hojas oscuras y oleosas. Nada más.

Se preguntó cómo había ido a parar allí. Él, un lobo salvaje de la manada de la Sibilla. Prisionero de la Ciudad de los Hombres.

Por un momento pensó que la Luna lo había abandonado.

Luego, repentinamente, la oyó.

Oyó la voz de un niño.

Una joven madre se acercó al columpio con su pequeño de la mano.

Lama, agazapada junto a Falco al lado de Rio, levantó la cabeza del suelo. Era la primera vez que veía a un cachorro de hombre. El niño quería subirse al tobogán pero era demasiado grande para él. Estalló en un llanto inconsolable. Su mamá lo cogió en brazos y lo besó por todas partes. Se sentó con él en la arena y le ayudó a excavar un agujero junto a otros niños.

—Excavan en el suelo como nuestros cachorros —susurró la loba.

Cuando el sol calentó el aire, llegaron otros niños con mamás y abuelos. No había duda de que los cachorros humanos eran revoltosos y escandalosos como los de lobo, si no más.

Los tres lobos, en la espesura del seto, podían observar sin ser observados. Bicicletas de colores pasaban de un lado para otro por las pistas de los jardines, parejas de chicos se besaban cerca del lago, un anciano con sombrero azul echaba pan a los patos mientras otras personas corrían con auriculares en las orejas.

—Nos quedaremos escondidos hasta que sea de noche —susurró Rio—. Luego huiremos de aquí y volveremos a buscar a la manada.

Intentó calmar a los otros como buen jefe que era. Como lo habría hecho Grigio. Como lo habría hecho su padre si siguiese vivo. Pero por dentro seguía atormentándose. Le pareció que en los últimos días todas las decisiones que había tomado habían resultado equivocadas. La precipitada huida de los Sibilinos, la decisión de no disputarle su territorio a los lobos del Alpe, cruzar la autovía y la desafortunada opción de seguir el río. Y, por si fuera poco, ahora también había perdido al resto de la manada.

Lama se percató de su desazón.

—No es culpa tuya.

Pero esta vez sus palabras no consiguieron consolarlo.

Dos patos salieron del lago correteando y fueron contoneándose hasta el prado delante del gran seto. Se pusieron a espigar la hierba con el pico en busca de comida. Estaban a un paso de los lobos. A Falco se le caía la baba mirándolos. Era una auténtica tortura verlos tan cerca sin poder hincarles los colmillos. Su estómago le sugirió una reacción impulsiva: abalanzarse sobre ellos

como un rayo, como una mantis religiosa sobre un saltamontes. Rio le leyó el pensamiento justo a tiempo y lo disuadió con un gruñido leve pero decidido.

El ladrido agudo de un perrito hizo escapar a los patos. Un hombre que hablaba por el móvil liberó de la correa a un chihuahua de pelo marrón, cubierto por un abrigo de lana roja.

—Un perro vestido de humano —refunfuñó Rio, desconcertado.

Los lobos estaban acostumbrados a las rarezas de los hombres, pero esto...

Falco miró con curiosidad al chihuahua y se preguntó si era realmente un perro.

Y qué sabor tendría.

El perrito empezó a olisquear la hierba del césped. Percibió el olor del rastro de los lobos pero lo confundió con el de un perro desconocido. Se curvó y, mostrándole inesperadamente los cuartos traseros a Falco, defecó a un palmo de su nariz. Una afrenta difícil de soportar. El joven lobo estaba a punto de clavarle los colmillos cuando el tufo de sus heces le hizo abandonar la idea.

—¿Qué comen para oler tan mal?

Cuando terminó de hacer sus necesidades, el chihuahua tuvo la pésima idea de esparcirlas hacia atrás con las patitas posteriores. Grumos malolientes volaron sobre las hojas delante del hocico de Falco. Esto ya era demasiado. Ni siquiera un lobo asceta habría soportado tanto. Falco se inclinó hacia delante y de su boca cerrada salió un gruñido profundo. El perrito se giró asustado y, entre las hojas, descubrió dos pupilas de carbón rodeadas de un fuego amarillo. Los ojos se le abrieron como platos y salió corriendo hasta las piernas de su dueño, gañendo. El hombre lo cogió en brazos. Echó un vistazo al césped y dio un paso hacia el seto. Luego le volvió a sonar el móvil. Respondió y se fue, con gran alivio para la minúscula mascota, que no pisó el suelo por lo menos hasta su casa.

Por la tarde temprano, Falco empezó a bostezar. Estaba muerto. El estrés y el cansancio vencieron al miedo, al ansia y al hambre. Contra todo pronóstico, se durmió. Rio y Lama también se pusieron en cuclillas y cerraron los ojos. No podían hacer otra cosa por el momento. Se abandonaron lentamente al sueño, a pesar de los coches, del alboroto de los patos y del escándalo de los niños. Si las mamás hubieran sabido que allí, a pocos metros de sus hijos, se escondían tres lobos salvajes hambrientos... Jamás habrían podido imaginarse que aquellos lobos, en lugar de pensar en cómo devorar a sus hijos, estaban soñando con la dulce brisa de los altos prados del monte Sibilla.

CAPÍTULO 27

Cuando Rio abrió los ojos, estaba otra vez oscuro. Y la niebla volvía a envolverlo todo. Lo había despertado el ruido de unos pasitos en la oscuridad. Curioso, teniendo en cuenta que había conseguido dormir a pesar del tráfico y de los cláxones. Pero había un motivo: aquel sonido le era familiar. De la niebla surgió una silueta alargada con la cola tupida. Inconfundible.

—Despertaos —murmuró—. Hay un zorro.

—Y ¿qué hace aquí? —preguntó Lama.

El zorro se detuvo cerca de los juegos de los niños y se comió un resto de *focaccia* olvidado por las palomas. Luego se dirigió al lago; objetivo: patos. Parecía moverse con soltura por aquellos lares tan hostiles para los lobos.

Los ojos de Rio brillaron.

—Es un regalo de la Luna.

—Mmm, como mucho le quitaría el hambre solo a uno de nosotros —dijo Falco dubitativo.

—Bobo —le recriminó Rio—. No nos lo comeremos. Tiene que sacarnos de aquí.

Falco lo miró perplejo.

—¿Cómo nos las arreglaremos para entendernos?

—Los zorros no hablan nuestro idioma —explicó Lama—. Pero algunos lo entienden.

—Esperemos que este sea uno de esos —dijo Rio, reptando fuera del seto.

El zorro se acercó silencioso a un pato que dormía en la orilla. De un salto, como un relámpago, lo atrapó por el cuello y con un golpe seco de las mandíbulas lo mató. Los demás patos salieron volando asustados en medio del espejo de agua. El zorro cogió a su presa e intentó marcharse.

Pero cuando se giró, el bocado se le cayó de la boca. Un muro de patas y colmillos se le puso delante. El zorro se agazapó en el suelo, sorprendido y desconcertado.

—Si intentas escapar, date por muerto —gruñó Rio—. No queremos matarte —vocalizó lentamente—. ¿Entiendes el idioma de los lobos?

El zorro giró las orejas hacia atrás.

—Nos hemos perdido —continuó el jefe de la manada.

Era una situación surrealista y, desde el punto de vista de un lobo, claramente embarazosa.

—Deja de temblar como una hoja. Si hubiéramos querido matarte, ya lo habríamos hecho —lo tranquilizó Lama—. Guíanos para salir de la Ciudad de los Hombres, te lo ruego.

Su interlocutor, silencioso, pestañeó y se quedó inmóvil.

—No entiende —dijo Falco—. ¿Puedo comérmelo ahora?

El zorro se levantó al instante y empezó a caminar en círculo moviendo la cabeza de un modo extraño.

—Ahora soy yo el que no lo entiende —soltó Rio.

—Déjemosle espacio —dijo Lama apartándose.

—¡Mucho cuidado! —masculló el jefe de la manada—. Si intentas escaparte, te arranco la cabeza de un bocado.

El zorro partió seguro y los lobos lo siguieron. Recorrió un laberinto de calles, eligiendo siempre las más oscuras y desiertas. Rio perdió completamente la orientación. No habría sido

capaz de volver al parque del lago. Lo único que podía hacer era fiarse ciegamente de él. Esa situación lo irritaba, ya que los lobos odian a los zorros, ladrones de carroña y aprovechados.

Su guía los condujo sin dudar hasta la periferia de la ciudad. No se tropezaron prácticamente con nadie. Solo el ruido de un coche los sobresaltó y los obligó a desviarse por una calle secundaria antes de que sus faros perforasen la niebla.

Por fin, Rio percibió el punzante olor del río, jalonado de vertederos ilegales que contaminaban sus aguas. Por primera vez le agradó oler un tufo así. Encontrar el río significaba encontrar la salida de la ciudad y seguramente también al resto de la manada.

Pero el zorro, en lugar de dirigirse hacia el curso de agua, saltó por el agujero de una valla metálica que corría en paralelo a la carretera. Falco, guiado por un buen presentimiento, lo siguió.

—¡Detente! —lo intimidó Rio.

Pero el cachorro sucumbió a la atracción fatal de una estela de olores. Los adultos se vieron obligados una vez más a perseguirlo.

—¡Sácame de esta pesadilla y luego le daré un escarmiento a ese cachorro! —gruñó Rio dejando más de un mechón de pelo entre las mallas de la red metálica.

Cruzaron un amplio espacio sin asfaltar hasta un alto terraplén. Extrañas fumarolas salían por todas partes. Los lobos se detuvieron titubeantes. El zorro subió hasta la mitad de la pendiente y los miró. Parecía que los estaba invitando a seguirlo. Falco no se hizo de rogar y empezó a subir, ebrio de una caótica mezcla de olores a fruta, hortalizas, carne y pescado. Frescos o en putrefacción. Y luego una serie infinita de olores a los que ni siquiera Rio supo dar nombre. Algunos los había olido por las calles de la ciudad y eso no le gustó en absoluto.

En lo alto de la pendiente, se encontraron frente a una explanada de basura. El zorro los había llevado al vertedero de la ciudad.

«Si los llevo a la comida, no me comerán a mí», debió de pensar. Y no estaba equivocado del todo, ya que Falco abandonó en seguida cualquier interés por el zorro y se lanzó a aquel marasmo de sabores nuevos. El zorro, después de lanzar una última ojeada a los lobos, brincó furtivo y desapareció entre los montículos de residuos.

—Esto sí que es un regalo de la Luna —exclamó Falco hincando el diente a un hueso aún cargado de carne.

Lama, hambrienta por el preñado, se zampó medio filete en solo dos bocados.

Rio los miró desconsolado. No intentó ni siquiera disuadirlos. Se dedicó a pensar en el resto de la manada. Ahora que habían salido de la ciudad, tenía que volver a encontrar a Gemma y a los demás. Trepó a un montón de sacos negros y lanzó un aullido.

La respuesta no tardó. Y estaba mucho más cerca de lo que hubiera podido esperar.

—¿Son ellos? —refunfuñó Falco asomando con un salchichón enmohecido entre los dientes.

—¡Sí! —exclamó Rio radiante.

Galopó hasta el agujero de la valla y lanzó un nuevo reclamo. Gemma, Brugo, Alba y Selva tardaron pocos minutos en emerger de la oscuridad. Habían pasado la noche en el álveo del río esperando a que el jefe de la manada y los demás volvieran a encontrar el curso de agua y pasaran por allí. De una forma u otra, su intuición había sido premiada.

El jefe de la manada los invitó a pasar por la malla. Los alcanzó también Lama y todos gañeron de alegría, restregándose los hocicos y oliéndose felices. Lama no podía dejar de lamer a Alba y a Gemma.

—¿Dónde está Falco? —preguntó preocupada Selva.

—Estoy aquí, madre —gritó el joven lobo escupiéndole la funda de un mando a distancia. Era

realmente incomible, pero la consistencia de la goma entre sus fauces lo volvía loco.

Subieron todos a la cima del vertedero.

—Tened cuidado con lo que coméis —les advirtió Rio—. Esta comida es humana.

—También las ovejas eran comida humana —respondió Alba precipitándose sobre un cartucho de papel de estraza que envolvía unos restos de mortadela.

Brugo llenó el depósito de hidratos de carbono. Excavando encontró un montón de espaguetis con marisco. Se hizo un poco de daño en una encía masticando un mejillón pero no hizo ni caso.

Al final Rio también se rindió y empezó a nutrirse. Las fuerzas lo estaban abandonando. Por lo menos intentó limitar el menú a la carne, estrictamente cruda.

Los lobos no se hicieron demasiadas preguntas sobre la procedencia de aquella comida. Solo Rio se preguntó por qué los humanos la tenían así amontonada y sin protección, permitiéndoles a los zorros, y ahora también a los lobos, que vinieran a quitársela. Pero había muchas cosas del mundo de los hombres que no comprendía. Se preguntó también si esa sería la comida a la que se refería la loba del Alpe.

Vino el alba. La niebla se disipó y Rio divisó, al otro lado de la valla metálica por la que habían entrado, un prado. Más allá del prado, vio el lecho del río que los había traído a la ciudad. Y después del río, hacia el norte, nuevos bosques y alturas. La noche anterior, procedentes del este e inmersos en la niebla, los habían acariciado sin verlos. Se encontraban en la última lengua de llanura en los confines de la ciudad. A partir de allí se iniciaban las colinas. Primero bajas, luego cada vez más altas hasta transformarse en montañas.

Llamó a los demás, pero se dio cuenta de que la manada estaba fuera de control. Falco emergió de una montañita de papel mordiendo el pañal de un bebé. Cuando llegó al contenido, escupió el envoltorio maloliente y se enjuagó el hocico en un charco de ñoquis en salsa. Alba le sacaba brillo, ufana, al fondo de un tarro de mermelada mientras Gemma se entretenía en liberar a Brugo, que se había quedado atrapado en una caja de cereales. Selva lamía un pegote de helado de nata de una tarrina de corcho blanco y Lama, mientras tanto, remataba media lubina asada intentando no atragantarse con las espigas.

Una luz intermitente naranja y el ruido de un motor decretaron el final del banquete. Un camión de la basura estaba recorriendo el camino que llevaba al vertedero con la primera carga del día.

Los lobos huyeron hacia el roto de la valla y cruzaron rápido el prado. Cuando llegaron al río en el lugar en el que Gemma y los demás habían pasado la noche, lo atravesaron por el punto en el que el agua estaba más baja. Al final se adentraron en el bosque.

Rio respiró el musgo, el humus y los hongos húmedos. Sintió que volvía a nacer. Después de todo un día en un césped de ciudad, aquel bosquecillo de colina le pareció la selva más salvaje e inaccesible del planeta.

CAPÍTULO 28

Lama asomó de un agujero del suelo.

—Esta puede valer. Solo hay que agrandarla un poco —dijo sacudiéndose la tierra y las hojas secas. El territorio montañoso al norte de la Ciudad de los Hombres estaba cortado por un puñado de caminos de campo y la presencia humana se reducía a unas cuantas granjas rodeadas de cultivos. Los bosques eran espesos y estaban jalonados por prados, salpicados de rastros frescos de ciervos y corzos. La presencia de ungulados obedecía a los campos cultivados que los herbívoros frecuentaban durante la noche. Por supuesto, el paisaje no podía competir con el esplendor salvaje de los Montes Sibilinos pero era lo máximo a lo que podían aspirar los lobos en aquella situación de emergencia. Tenían que adaptarse, por lo menos hasta que nacieran los cachorros. En aquel momento, un refugio seguro para Lama tenía prioridad sobre todo. Además, en caso de absoluta necesidad, los lobos sabían que podrían regresar al vertedero, aunque Rio no quería volver a oír hablar de aquel sitio.

Lama había encontrado una vieja madriguera de tejón, bastante grande para poder ser utilizada por un lobo. Decidió agrandar la estancia del parto y amasar al fondo una montañita de tierra para protegerla del agua en caso de fuertes lluvias.

Mientras Lama arreglaba la madriguera, los demás marcaban los límites del nuevo territorio, que comprendía distintos valles pequeños, algunas colinas y un monte con la cima recubierta de bajos arbustos nudosos. Desde allí arriba se disfrutaba de una magnífica vista en todas direcciones. Cuando oscureció, Rio condujo allí a Lama. Adoraba la compañía de la manada, pero si se le presentaba la ocasión, buscaba encantado algún momento para estar solo con ella. Sin embargo, aquella noche, su conversación no fue en absoluto serena.

—Vistas desde aquí arriba, las luces de la Ciudad de los Hombres parecen casi hermosas. Como si fueran estrellas desparramadas en la llanura —dijo Lama.

—Bah, prefiero mil veces un mar de árboles oscuro que esas luces traidoras.

La Luna emergió de una gavilla de nubes.

—¿Quién sabe si los hombres rezan? —se preguntó Lama, admirando el astro sagrado de los lobos.

Rio se la quedó mirando sorprendido.

—¡Qué absurdo! ¿Cómo podrían rezar? ¡De noche se quedan encerrados en esas horribles madrigueras!

Dirigió la mirada al cielo, ahogando los ojos en el resplandor de la Luna.

—La Luna es de los lobos. Y los lobos son de la Luna —sentenció.

Dobló la cabeza hacia atrás y le regaló al cielo un canto de color azul profundo. Más abajo, en la espesura del bosque, los demás componentes de la manada se unieron a él.

—A lo mejor los hombres rezan de otra manera —insistió Lama—. A lo mejor veneran algo a lo que pueden honrar incluso desde sus madrigueras.

—Pero ¿qué te pasa, Lama? ¿A qué vienen esos pensamientos?

—No creo que todos los hombres sean malvados, eso es todo.

—¿Y de dónde sacas esa idea? —preguntó Rio cada vez más desconcertado.

Lama dudó.

—Ayer vi a una hembra humana con su niño. Ya sé que pensarás que es una locura... pero me pareció tierna. En sus ojos vi el mismo amor que sentimos nosotros por nuestros cachorros.

—Claro, pero el amor por sus hijos no les impide matar a los nuestros —respondió con amargura Rio.

—Ya sé que muchos son crueles y destructivos pero... bueno, no creo que todos sean así. Piensa en las Áreas Protegidas, por ejemplo.

—¿Qué quieres decir?

—¿Nunca te has preguntado por qué existen? ¿Quién les impide a los hombres que vengan armados o que talen árboles o que lo ensucien todo como hacen en otros sitios?

—Pues que es tierra sagrada —contestó directo Rio.

—Vale, pero sagrada ¿para quién? ¿Para los hombres o para los lobos?

Rio se encontraba en una situación complicada.

—Pa-para los lobos, obviamente.

—Si es sagrada para los lobos, ¿qué les impide a los humanos venir a matarnos a todos?

—En esos lugares la Luna nos protege —farfulló Rio.

Pero su tesis hacía aguas. Nunca se había planteado esas cuestiones.

Lama aprovechó y expresó una idea que llevaba tiempo rondándole en la cabeza:

—¿Nunca se te ha ocurrido que hayan sido los hombres los que han creado las Áreas Protegidas? ¿Y que lo hayan hecho para proteger a los lobos?

A Rio se le salían los ojos de las órbitas.

—Lama, te has vuelto loca. ¿Pero de verdad piensas que a los seres humanos les importa nuestra vida?

—Sigue mi razonamiento: si hubieran querido exterminarnos de veras, ya lo habrían hecho. Ellos pueden hacerlo todo.

—No es cierto. No pueden mandar en la Gran Madre. Y un día la Luna se vengará por todos los lobos asesinados. Y entonces los bosques volverán a cubrir la tierra, y el Bosque Sin Fin no será solo el lugar al que van a descansar nuestros muertos.

Lama suspiró.

—Puede ser... pero a mí me parece que tus palabras son hijas de las muchas historias sobre el Hombre Malo que hemos escuchado desde cachorros.

Los dos se quedaron en silencio un rato.

—¿Te he hablado alguna vez de mi primera cacería?

Lama lo miró fijamente.

—Me parece que fue ayer —dijo Rio mirando a un punto más allá del horizonte—. Estoy jugando con mis hermanos en el Fosso del Pian Grande. Nuestros padres vienen a llamarnos. ¡Qué emoción! El corazón se me sale del pecho. La primera cacería, ¿lo entiendes? ¿Hay algo más bonito y emocionante para un lobo? De repente, mi padre huele los rastros del gran ciervo. Seguimos su olor. Al final, lo vemos. Rápidos como el viento, lo perseguimos por la amplia llanura. La Luna lo inunda todo. Ganamos terreno. Gemma está a mi lado. Vento y Spino están detrás de nosotros. Mi padre alcanza al ciervo de cuernos afilados, se pone a su lado y se le abalanza al cuello. Pero él se lo sacude de encima y rueda por el suelo. Y continúa la carrera. Nos paramos a recuperar el aliento. Mi padre está un poco magullado pero es un hueso duro de roer. Retomamos la caza más decididos que antes. Batimos el Pian Grande a lo largo y a lo ancho. Fue entonces cuando mi madre me enseñó a reconocer el olor de los ciervos enfermos olfateando la hierba que habían pastado, ¿sabes?

Se paró un momento, como si estuviera a punto de entrar en una gruta oscura, que rezumaba dolor.

—De pronto mis padres olieron a carne fresca. Era una oveja muerta en medio de la llanura. Vento y Spino le clavaron los colmillos primero y luego mis padres. Gemma y yo nos entretuvimos para rendir homenaje a la Luna por aquel regalo inesperado... Y esto nos salvó la vida. El primero que vomitó sangre fue Vento. Cuando mi padre se dio cuenta, se le erizó el pelo. Recuerdo sus ojos incendiados. No olvidaré nunca el gruñido con el que maldijo al hombre. Sus colmillos se pusieron rojos y murió en unos instantes, como Spino. Para Vento y mi madre, la agonía fue más larga. Primero las patas posteriores, paralizadas. Luego sangre por la nariz, por la boca. Gemma y yo no pudimos hacer nada, solo verlos morir.

Lama agachó la mirada. Era la primera vez que Rio le contaba con detalle lo que había ocurrido aquella noche. El sufrimiento. La rabia impotente.

—Esa fue mi primera cacería, Lama. La manada de los Grandi Piani exterminada por una oveja. Una oveja que el hombre había llenado de veneno. Para destruirnos. No para protegernos.

A Lama no le quedaron ganas de rebatir nada. Se acercó a Rio y restregó su frente por la de su compañero.

En ese momento, un aullido desconocido trepó hasta lo alto del monte.

—Viene de la madriguera —se percató Rio, alarmado—. Y no es de ninguno de los nuestros.

CAPÍTULO 29

Un lobo negro. Salido del bosque como un misterio sin nombre. Eso fue lo que se encontraron delante Rio y Lama cuando irrumpieron en el claro en las inmediaciones de la madriguera. Los demás ya lo habían rodeado. Gruñidos feroces se cernían amenazantes.

—¿Quién eres? —lo espetó Rio.

El lobo negro tenía el hocico inclinado hacia el suelo y las orejas ligeramente gachas. Sus ojos se clavaron en los de Rio. El amarillo del iris, rodeado por el pelaje oscuro, parecía todavía más encendido.

—Mi nombre es Scuro —dijo con voz lenta—. Y vengo en son de paz.

—Hablas el idioma de los lobos pero eres de color negro —gruñó Gemma.

—Y tu cola es demasiado espesa y larga —musitó Alba.

—Eso, ¿eres un lobo... o un perro? —lo apremió Brugo, escrutándolo atentamente.

—Soy un lobo —respondió Scuro con el hocico alto.

Esa pregunta parecía haberlo ofendido.

—No hay lobos negros en la tierra de la que venimos nosotros —objetó Falco, envalentonándose.

—La verdad es que yo ya había oído hablar de lobos negros antes —anunció Selva para sorpresa de todos.

La loba parecía más curiosa que alarmada.

—¿Qué quieres? ¿Por qué no has respetado las señales de frontera? —preguntó Rio.

—Busco a la manada de mi madre. Este era su territorio.

Rio se acercó para observarlo mejor. En ese momento se percató de un collar negro semiescondido entre el pelaje espeso.

Retrocedió gruñendo.

—¿Por qué llevas ese collar?

Brugo y Gemma enseñaron los colmillos.

—No... no lo sé —dudó Scuro.

—¿Cómo es posible que no lo sepas? ¿Eres un siervo de los hombres, quizás? ¡Habla! —lo presionó Gemma.

—¡No sirvo a los hombres! —respondió indignado Scuro—. Sé que es difícil de creer pero la verdad es que no sé lo que me ha pasado. Me dirigía hacia el norte con mi hembra. Dos luces se me echaron encima. Lo último que recuerdo es que Bruma estaba inmóvil en el suelo, en una carretera de los hombres... y...

Se detuvo. Su respiración se aceleró.

—Sigue —dijo Rio.

—No recuerdo nada más. Me desperté en el bosque, con el cuello apretado por este collar. Me encontraba mal, no conseguía ponerme de pie. Luego oí voces humanas. Una luz me cegó y... escapé.

Parecía sincero.

Falco se iluminó.

—A lo mejor los hombres lo han envenenado y le han puesto un collar para convertirlo en

esclavo, como hacen con los perros. Pero el veneno no le ha hecho efecto y ha conseguido escaparse —concluyó satisfecho.

—¿Escapar de las garras del hombre? Me parece imposible —dijo Rio poco convencido.

—Eso no es verdad; en el fondo vosotros también habéis conseguido escapar de la ciudad, ¿no? —observó Selva.

Rio empezó a irritarse por el comportamiento de la loba. ¿Por qué defendía a aquel intruso?

—Si no me creéis, os entiendo —los interrumpió Scuro—. Dejad que me vaya y no volveré nunca.

—¿Crees que tu compañera sigue viva? —preguntó Lama.

Scuro bajó el hocico. Quería creer que sí, pero sabía que no era así. El impacto con aquel coche había sido devastador.

Lama sintió pena por aquel lobo. Se le ocurrió una idea.

—¿Conoces bien estas tierras?

—S-sí —respondió Scuro, sorprendido por la pregunta—. Crecí entre estas colinas. Las abandoné hace varias primaveras cuando encontré una tierra libre más al norte... Me dirigía allí con Bruma... —dijo abatido.

—Tú también andas buscando una casa nueva, entonces —suspiró Lama.

—Pero no será esta —puntualizó Gemma—. Ahora es nuestra. Cuando llegamos no había ninguna manada ni ninguna marca.

—No quiero reivindicarla —le respondió Scuro.

—Sabemos lo que significa vagar sin una tierra propia —intervino al final Rio—. Nosotros también hemos invadido un territorio ajeno, así que perdonamos tu invasión. Puedes irte, que la Luna ilumine tu camino.

Selva bajó las orejas, decepcionada.

—Escúchame, Rio —susurró Lama empujando a su compañero a un aparte—. Scuro me parece un lobo fuerte. Y ha crecido en este territorio.

—¿Y qué?

—Si lo aceptamos en nuestra manada, podría ser útil para cazar, ¿no crees?

—¡Primero defiendes a los hombres y luego quieres adoptar a esta especie de perro lobo! Su collar apesta a hombre, hasta aquí llega el olor.

—La explicación de Falco podría ser acertada —insistió Lama—. Y por lo que se refiere a su pelaje, ¿no has oído lo que ha dicho Selva? En estas tierras viven lobos negros de verdad.

—No estoy convencido. Intuyo que esta historia nos acarreará problemas.

Lama no añadió nada más. Se limitó a mirarlo a los ojos y a esperar a que los pensamientos de Rio se asentaran.

El jefe de la manada suspiró. Rara vez los consejos de Lama habían sido imprudentes. Y estaba cansado de tomar decisiones equivocadas.

—Pero él no ha pedido formar parte de la manada —observó Rio—. A lo mejor prefiere irse.

—Estoy convencida de que Selva será un buen motivo para que se quede —dijo Lama—. A ella le gusta. Mira cómo lo huele.

CAPÍTULO 30

El viento soplaba libre, sin enredarse en las ramas del bosque. Inflaba las nubes y pellizcaba la piel. Un mechón de pelo cubrió los ojos de Greta y el frío le provocó un escalofrío de placer. Se sintió viva.

Bip. Bip. Bip.

Dirigió la antena hacia la zona en la que, en los últimos tres días, Lorenzo y ella habían localizado a Otello. Era la primera vez que hacía una triangulación ella sola. En realidad, era también la primera vez que volvía sola a un bosque, después de muchos años, pero había sido ella misma la que se lo había pedido a Lorenzo y él, aunque había dudado, le había dado permiso. Por otra parte, tenía un montón de datos sobre los que trabajar y disponer de toda una tarde libre de actividades en el campo le venía bien.

Gracias a una brújula con un goniómetro incorporado, Greta trazó la dirección de la señal de Otello. Luego se desplazó un par de kilómetros recorriendo en coche una pista estrecha que subía por el monte. Mientras conducía no perdía de vista los árboles, como si un lobo pudiera revelarse en cualquier momento. Le gustaría ver a uno lo antes posible. Lorenzo tenía toda la razón: cuando de verdad conoces a los lobos, no puedes tenerles miedo.

El cursor parpadeaba en una celda vacía a la espera de que Lorenzo introdujera el dato siguiente. El chico enfocó la mirada y vio su cara atontada reflejada en la pantalla. Se despabiló y se quitó las gafas restregándose los párpados con los dedos. En tres horas no había avanzado nada. Sus pensamientos lo conducían constantemente a Greta, a los momentos que habían pasado juntos. Cuando viajaban entre una medición y otra, con frecuencia Lorenzo la espiaba con el rabillo del ojo. Le pareció verla, allí, junto a él, absorta, con los ojos fuera de la ventanilla, yendo con la mirada más allá de lo que podía ser observado. En esos momentos parecía que los pensamientos le llegaban de horizontes lejanos, escritos en barquitos de papel que, sin embargo, nunca se acercaban. Ella los escrutaba, indagaba sobre ellos. Luego, de vez en cuando, los dejaba, redirigiendo la mirada hacia abajo, como si quisiera recoger todas aquellas revelaciones para sacar una conclusión. Pero poco después volvía a perderse entre lejanas olas imaginarias. Se concedía más de unos minutos en aquella especie de trance con los labios ligeramente entreabiertos.

Miró el reloj. Las pistas podían ser peligrosas, incluso sin nieve. Se arrepintió de haberla dejado ir sola.

Luego, un ruido invadió el patio. Se precipitó a la ventana. Era ella.

La vio bajar del todoterreno y saludar con una amplia sonrisa a Ovidio, que obviamente se había asomado a la ventana. Parecía contenta y animada.

Entró con aire triunfal.

—¿Qué tal? ¿Me has echado de menos? ¿Has estado preocupado por mí? —preguntó bromeando.

—No, qu-qué va. Estaba seguro de... de que te las apañarías.

—Pero ¿qué haces?, ¿estás balbuceando? —dijo sacando el plano—. Déjame sitio en la mesa, *please*.

—¿Lo has encontrado?

—Sí, y adivina dónde.

Lorenzo observó el punto señalado por Greta en el mapa.

—Está en la misma zona de los últimos días. ¿Has hecho una triangulación para confirmarlo?

—Sí —respondió orgullosa Greta—. Dato confirmado.

—Entonces, parece que se ha establecido allí.

—A lo mejor se ha reencontrado con su manada o ha encontrado una nueva manada a la que unirse —propuso Greta.

—Puede ser —dijo Lorenzo—. En esas colinas había una manada numerosa hace un tiempo. Luego desapareció. Me temo que por las limpiezas de primavera —dijo torciendo la boca.

Se refería a la práctica, adoptada por algunos ganaderos sin escrúpulos, de llenar los bosques de comida envenenada para eliminar cualquier posible amenaza para el ganado.

Greta arqueó las cejas.

—Esperemos que esté bien. No quisiera que no se moviera de esa zona por que estuviera muy débil o enfermo.

Lorenzo se ajustó las gafas en la nariz.

—El único modo de averiguarlo es colocar cámaras trampa. —Miró el reloj—. Todavía tenemos unas horas de luz para hacerlo ahora mismo.

—Pero ¿no tenías que organizar tus datos?

—Lo he intentado, pero hoy tengo la cabeza en otra parte. Necesito airearme.

Scuro aceptó encantado la oferta de Rio. Entre otros motivos, porque ya no tenía ni una manada ni una compañera. Los ayudaría a cazar y, a cambio, tendría protección, compañía y comida.

En cuanto se hizo de día, el recién llegado condujo a la manada a una zona de prados incultos frecuentada por numerosos ciervos. Desde lejos, divisaron a un pequeño grupo de machos grandes que estaban pastando en un prado, a poca distancia de una minúscula aldea.

—Podríamos cazar uno cuando se haga de noche —dijo Scuro.

Los demás lo miraron sorprendidos.

—¿Cazar a un macho de grandes cuernos? ¿Sin nieve? —observó Rio.

Que él recordara, su padre había sido el último que se había atrevido.

—Conozco un truco —respondió Scuro.

Lorenzo aseguró la última cámara trampa al tronco de un roble. La camufló con algunas ramitas teniendo cuidado de no tapar el objetivo.

—¿Ves? Cuando un animal pase delante de la cámara, este sensor activará la grabación. Y con los infrarrojos puede grabar incluso en la oscuridad.

—Esperemos que Otello pase por aquí —dijo Greta poniéndose un poco de cacao. El viento seco estropeaba los labios.

—Soy optimista. Hemos colocado cinco —dijo Lorenzo—. Todas en puntos estratégicos, de paso.

—¿Quieres? —le dijo Greta alargándole la barra.

—Sí, gracias.

Dibujó una sonrisa estirada y sus labios se convirtieron en dos rayas finas. Se puso más cacao en la barbilla y debajo de la nariz que en la boca.

Greta lo miró divertida.

—Dame, que los chicos sois un poco torpes con estas cosas.

Se le acercó. Lorenzo colocó los labios en posición con torpeza, arrugándolos y sacándolos como si fuera a dar un beso.

—Ponte normal. Déjalos un poco entreabiertos.

Reaparecieron las grietas de poco antes.

—No hay manera —dijo cogiéndole las mejillas con dos dedos y devolviendo la boca a una postura normal.

Lorenzo sintió que le daba un vuelco el corazón. Nunca había visto los ojos de Greta tan de cerca. Se sintió en vilo. No sabía por qué, pero en vilo.

—Pues listo —dijo ella—. Madre mía, qué difícil.

Lorenzo apartó la mirada.

—Se me dan mejor las antenas y los radios collar.

CAPÍTULO 31

Aquella noche la Luna salió tarde. Sin embargo, el cielo límpido dejó brillantes las estrellas y dio luz suficiente para iluminar la noche de los lobos.

—¿Estás seguro de que quieres cazar tan cerca de la aldea de los hombres? —preguntó Rio preocupado.

—Está casi abandonada —lo tranquilizó Scuro—. Veníamos con frecuencia por aquí cuando era joven.

Luego les dio instrucciones a los demás.

—Vosotros empujaréis a un ciervo a este zanjón seco y luego hacia abajo, en aquella dirección. Es importante que pase exactamente por el hueco entre aquellos setos.

—Somos expertos en este tipo de cuestiones —se pavoneó Alba, acordándose de las emboscadas que tendían en la Garganta.

—Y mientras nosotros empujamos al ciervo, tú ¿qué harás? —preguntó Brugo.

—Yo lo pararé —respondió el lobo.

—Un macho a la carrera te arrollará —lo previno Selva.

—No te preocupes —dijo Scuro—. Vosotros encargaos de traérmelo.

Parecía seguro de sí y Rio quiso ponerlo a prueba.

Los lobos bordearon los grandes prados al oeste de la aldea, formada por un puñado de casas. Solo un par de ellas tenían ventanas iluminadas, pero tardaron poco en apagarse. La gente de aquellos parajes se acostaba con las gallinas.

Los campos estaban perfilados por prietas hileras de avellanos excepto por el lado oriental, donde un bosquecillo de robles jóvenes reposaba inquieto susurrándole a la brisa palabras de alerta.

En la noche sin luna, las siluetas de los ciervos eran manchas de oscuridad en un lienzo de sombra. Rio escrutó las tinieblas en busca de la mejor presa. El rítmico reclamo de un autillo marcó la cuenta atrás antes del ataque.

Rio dio la orden de moverse. Por un momento, le pareció que había vuelto al monte Sibilla pero allí no había ninguna garganta hacia la que empujar a las presas. Solo un extraño lobo negro con un collar, que afirmaba que podía frenar él solo a un gigante de ciento cincuenta kilos a la carrera.

Rio apuntó a un ciervo que pastaba aislado de los demás. En cuanto el unguado percibió el peligro, se precipitó hacia el bosque. Alargándose como un relámpago, Alba le cerró el camino, obligándolo a retroceder hacia abajo, por una leve pendiente. La manada se dispuso en semicírculo por detrás de la presa, forzándola a moverse hacia la aldea. El ciervo, un poderoso macho de cuernos afilados, embocó el zanjón que había indicado Scuro.

Todo según lo planeado, hasta ese momento.

El zanjón no llevaba agua y en la tierra sólida el ciervo aceleró, ganando terreno. Delante de él, el foso cortaba por la mitad una tupida barrera de avellanos, para acabar desembocando en un amplio prado.

De pronto, una figura negra salió de los arbustos cerrándole el paso.

Era demasiado tarde para pararse o desviarse. El ciervo bajó los cuernos. Lo arrollaría. Selva estaba a punto de desmayarse. Se imaginó la cornamenta del ciervo atravesando el pecho de Scuro

y lanzándolo por los aires con un poderoso golpe del cuello. Pero en lugar del ruido sordo de los cuernos en la carne, oyó un sonido metálico. El ciervo se encontró en el suelo sin ni siquiera darse cuenta, con los cuernos enredados en un amasijo oxidado de alambre de espino. Una vieja valla, invisible en la noche, lo había capturado como una mosca en una telaraña. El fuerte impacto casi había arrancado los postes que sostenían la alambrada.

En un instante, los lobos se precipitaron sobre la presa. El ciervo intentó dar coces con las patas traseras mientras se esforzaba denodadamente por liberar sus cuernos. En vano. Cuanto más forcejeaba, más se enredaba el alambre en sus puntas. Brugo se le abalanzó al cuello.

—¡Quieto! —lo espetó Rio—. Déjasele a Falco.

El joven lobo tardó un poco en entender lo que le había ordenado el jefe. Brugo, tras un instante de sorpresa, comprendió el porqué de aquella orden. Rio quería darle a Falco la posibilidad de rematar a su primer ciervo, en una situación no demasiado peligrosa.

Con el corazón a mil por hora, Falco clavó sus largos caninos en la garganta del ciervo. Lo había visto hacer muchas veces, primero a Rio y luego a Brugo. Pero no era lo mismo. El ciervo emitió un lamento ahogado. La sangre caliente de la presa llenó la boca del lobo. La respiración del ciervo se volvió un silbido. El corazón bombeó por última vez.

—Muy bien, hijo mío —dijo Selva orgullosísima.

Desde que Scuro se había unido a la manada, la apatía de la loba casi había desaparecido. Lamió vigorosamente el hocico de Falco, que meneaba la cola y brincaba, excitado y aturdido al mismo tiempo.

—Estoy deseando contárselo a Lama —dijo.

La compañera de Rio se había quedado reposando en la madriguera. El momento del parto se acercaba y hasta entonces la loba no participaría en las batidas de caza.

Scuro se acercó al ciervo muerto, con la cabeza y la cola baja, en actitud gregaria. Le pidió al jefe de la manada permiso para alimentarse y Rio se lo concedió. Le había sorprendido la estratagema tan hábil con la que Scuro había engañado al ciervo.

—Si los postes hubieran cedido, te habría arrollado —dijo—. Has demostrado tener mucho valor.

Scuro no respondió. Arrancó un buen pedazo de carne y se apartó para comérselo lejos de los demás.

—Estoy ansiosa —admitió Greta.

—Aguanta un poco más —la frenó Lorenzo—. Déjame encender el portátil.

Los dos jóvenes se sentaron en una roca cerca de una de las cámaras trampa. Lorenzo introdujo en el ordenador la tarjeta de memoria de la cámara.

—¡Qué bien! ¡Tenemos tres vídeos! —gritó.

En la pantalla apareció un animal robusto que hurgaba con el hocico entre las hojas secas.

—Oh, un tejón —murmuró decepcionado.

El segundo archivo mostraba un zorro de paso. El tercero, dos ciervas mordisqueando los brotes de un chopo blanco.

—De lobos, nada.

Greta se mordió los labios.

—¡Ojo! No te encariñes —le advirtió Lorenzo volviendo a colocar la tarjeta inteligente en la cámara trampa.

—Demasiado tarde —admitió ella.

—Mal. Un buen investigador no debería mezclar trabajo con sentimientos.

Lorenzo se dio cuenta de que aquella frase podía sonar como una advertencia también para sí mismo. Y se puso colorado.

La segunda cámara trampa no había captado nada.

La tercera, en cambio, había grabado dos vídeos. El primero se había grabado el día anterior, poco antes del atardecer.

—¡Olé! —exclamó Greta en cuanto reconoció a Otello pasar por delante de la cámara. Suspiró aliviada.

—Nuestro lobito parece que está en buenísima compañía —observó Lorenzo—. ¡Uno, dos, tres... seis lobos de pelo gris!

—¡Ha encontrado una manada! —celebró Greta levantando los puños en señal de victoria.

—Es sorprendente que haya tardado tan poco —dijo el chico ajustándose las gafas.

—A lo mejor Otello y la loba muerta en el accidente pertenecían a esta manada —aventuró Greta—. Y a lo mejor son los mismos que creías que habían matado.

—Sí, es posible. Aunque me parece extraño porque hace mucho tiempo que no llegan señales de esta zona.

—¿Y si fuera una manada totalmente nueva, llegada desde lejos? —preguntó Greta.

«¡Madre mía, qué guapa es!», pensó Lorenzo.

Abrió un segundo vídeo que la misma cámara había grabado esa madrugada.

—¡Aquí están otra vez! —exclamó radiante Greta.

El chico acercó la nariz a la pantalla.

—Ese es el macho alfa. Mira cómo su cola apunta hacia arriba.

—¿Qué tiene en la boca?

—Parece una pata de ciervo —adivinó Lorenzo retrocediendo con el cursor para ver la secuencia completa.

—¡Fantástico! Han ido de cacería, entonces.

—Sí, y con toda probabilidad el jefe de la manada le está llevando carne a su hembra, a la madriguera. Hacen eso cuando se aproxima el parto.

—¡Qué lobo tan amable! —suspiró Greta—. Y mira qué pelaje tan espeso, qué porte real. Esa es la verdadera nobleza —dijo para sí.

—Otello está bien. No me parece que haya adelgazado desde que lo liberamos.

—¡Mira el último de la fila! —indicó Greta—. ¡Qué gracioso!

El vídeo terminaba con Falco parándose alarmado ante la cámara trampa y luego escapando.

—Ha visto los ledes del infrarrojo y se ha asustado —rio Lorenzo—. ¡Al profesor le van a encantar estos vídeos! Gracias al collar de Otello, tenemos la posibilidad de seguir el comportamiento de toda una manada —dijo entusiasmado—. ¡Vaya una suerte que hemos tenido! ¿Te das cuenta?

—Te lo mereces —sonrió Greta, apretándole afectuosamente el hombro.

Sus miradas se cruzaron.

Fue un momento.

Lorenzo se acercó a ella y la besó.

Un beso ligero, un toque rápido sobre los labios.

—¿Qué haces? —preguntó Greta apartándose bruscamente y alejándolo con las manos.

Lorenzo se quedó atontado, pestañeó.

—Perdón —dijo bajando los ojos, visiblemente avergonzado. Habría querido desaparecer—.

No sé lo que me ha pasado —intentó justificarse—. Ha sido la euforia popor... —Las palabras le murieron en la garganta.

Greta recogió su mochila; estaba alterada. No se lo esperaba. No estaba todavía preparada para eso.

CAPÍTULO 32

El ladrido furioso de unos perros despertó a Rio sobresaltado.
—¿Qué pasa? Los demás se reunieron a su alrededor con las orejas en dirección a aquel alboroto.

El sol aún no había salido pero las sombras de la noche ya habían huido del valle.

Además de los perros, el oído de Selva percibió otra cosa.

—¡Voces humanas!

Scuro escuchaba con atención. Era el único que parecía tranquilo.

—¿Qué pasa? —le preguntó Rio.

—Hombres de cacería.

—¿En nuestro territorio? —gruñó Gemma.

—Sí —respondió Scuro—. Siempre lo han hecho, desde que era un cachorro.

—Entonces, estamos en peligro —exclamó Lama.

—No, no vendrán a este valle. Además, buscan jabalíes. Es más, si hacéis lo que os digo, podríamos sacar partido —dijo Scuro partiendo rápido hacia una altura.

Lama se escondió en la madriguera mientras el resto de la manada siguió al lobo negro. A Rio no le entusiasmaba la idea de volver a tener que verse con los hombres. Se preguntó desanimado dónde había ido a parar su ideal de caza pura y el rechazo de pleno a los recursos humanos. Se sintió como una rama a merced de la corriente, incapaz de imponer una dirección precisa a su camino.

Desde su posición elevada, los lobos vieron a muchos hombres apostados en la parte superior del valle contiguo a aquel en el que se encontraba la madriguera de Lama. Llevaban chalecos naranja fosforescente e iban agazapados a una treintena de metros unos de otros, formando una larga línea que cortaba transversalmente el valle. Desde lo hondo del bosque que quedaba más abajo, los batidores avanzaban ruidosamente con los perros entre los árboles frondosos.

—Veo escopetas —observó alarmado Falco.

—Son para matar a los jabalíes. Los perros los desencuevan del bosque y los empujan hacia los hombres armados —explicó Scuro.

—¡Así matarán también a nuestros ciervos! —gruñó Rio.

—Suelen disparar solo a los jabalíes —lo tranquilizó Scuro.

—Y nosotros, ¿qué ganamos con todo esto? —preguntó Brugo.

—Seguidme y lo entenderéis.

Un puñado de larvas de escarabajo.

Crujientes por fuera, jugosas por dentro. Una auténtica delicia.

El jabalí lo engulló todo con apetito. Enterró los colmillos curvados en el suelo y levantó otro terrón.

Las colinas se vistieron de luz rosada y el primer canto del mirlo anunció la llegada del alba. El viejo solitario podía darse por satisfecho. Había pasado toda la noche hociendo a los pies de los robles. Una noche tranquila, si no hubiera sido por los aullidos que lo habían sobresaltado. Pero había sido un temor pasajero, el recuerdo de un susto pasado, cuando todavía era un jabato. Pero

ahora ya no tenía nada que temer. Cien kilos de músculos hinchaban vigorosos el pelo hirsuto y la piel dura. Sus colmillos curvados habrían mantenido a raya a cualquier lobo. Es más, le excitaba la idea de encontrarse con uno para vengarse por las noches insomnes de cuando era pequeño.

Estaba a punto de adentrarse en el espeso sotobosque cuando advirtió un peligro mucho más amenazador que una manada de lobos. El inconfundible, exaltado, ladrado de los perros de caza. Aquella mañana los batidores habían elegido su valle para hacer una matanza de jabalíes.

El pelo se le erizó. Dio dos vueltas sobre sí mismo, indeciso sobre lo que hacer. Era un macho viejo y conocía bien la trampa de los cazadores. Reflexionó por unos instantes. Los perros ladraban, cada vez más cerca. Tenía dos posibilidades: enfrentarse a ellos e intentar colarse entre las filas de los batidores, o bien probar suerte en el valle alto.

Al final se decidió. En la cima conocía un paso entre la espesura del sotobosque donde era difícil disparar. Se dirigiría justo allí. Mejor intentar romper la línea de las escopetas que entregarse a los perros. Estaban adiestrados para luchar hasta la muerte. Parecía que se multiplicaban; no daban tregua, mordían por todas partes. Apuntaban a los genitales, los muy miserables. Daba igual cuántos destripara con los colmillos. Habría preferido, sin lugar a dudas, tener que vérselas con los lobos. Por lo menos ellos apreciaban su vida, mientras que los perros estaban preparados para el martirio con tal de complacer a sus amos.

Un joven cazador comprobó por enésima vez el seguro de la escopeta. Quitado.

Era su cuarta batida de jabalíes. Y por cuarta vez los cazadores más veteranos le habían asignado una pésima posición, en un amasijo de zarzas y arbustos.

«Si sale un jabalí de aquí, será un milagro verlo antes de que me pase por encima de la cabeza», pensó.

De pronto sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Se volvió lentamente, invadido por la sensación de que alguien lo estaba espiando. Con los ojos entornados, escrutó la espesa vegetación que tenía detrás. Le pareció detectar un movimiento entre los árboles.

—Cálmate —se dijo—. Son solo los nervios. Ahora concéntrate en los jabalíes. ¡Esta vez sí que sí! —se animó expulsando aire.

Encaró la escopeta y permaneció a la espera.

El verraco corría cuesta arriba; cada uno de sus músculos estaba hinchado al máximo. Las hojas cargadas de escarcha en el bosque que le quedaba detrás se hacían añicos al paso de los perros y los batidores. Ya estaba cerca de la línea de tiro. Sabía que si la superaba estaría a salvo. Recorrió una hondonada seca que lo conduciría al paso que estaba buscando. Zarzas y ramas lo azotaron, pero no sintió ningún dolor. Arrastró un chopo blanco caído, medio podrido. La madera explotó en mil astillas.

Frente a él, vio por fin el espeso sotobosque que estaba buscando. Pasada una maraña de arbustos espinosos, debía cruzar una pequeña zona descubierta, el punto más peligroso. Allí lo esperaban las escopetas.

De repente, una silueta negra salió de la nada, uniéndose a él en la carrera. Otro jabalí macho, enorme como él. En otro momento se habrían desafiado a golpes de colmillo, pero ahora no. Compañeros en la misma fuga, se lanzaron juntos a las zarzas.

Al final, salieron a cielo abierto.

El joven cazador colocó el dedo índice en el gatillo y se preparó. Acababa de oír un ruido seco, como un chopo blanco partido. Luego hojas pisadas por un animal que corría.

«¡Esta vez pasan por aquí!», pensó.

Dos enormes jabalíes salieron del bosque, igualados en una carrera frenética. Con el corazón en la boca, apuntó y disparó.

Un golpe sordo.

Una nube de sangre le voló sobre el hocico. El jabalí que llevaba a su lado cayó hacia delante levantando una montaña de tierra y hojas. El viejo solitario siguió corriendo. Con el rabillo del ojo entrevió una figura roja a los pies de un árbol. Regateó a la derecha intentando ponerse a salvo, pasada la línea de los cazadores. Cruzó como un rayo el espacio abierto y, delante de él, el bosque. Los primeros matorrales le pasaron como una exhalación bajo las patas.

«Me he librado», pensó.

Pero lo celebró demasiado pronto. Un segundo disparo de escopeta le acertó de lleno. Se tambaleó por el impacto pero no cayó. Luego un dolor agudo. Ya le había pasado años atrás, cuando una bala le había perforado el músculo de la espalda y se había detenido cerca del hueso pero sin partírselo. Se había librado en aquella ocasión. Pero ahora sentía que la herida era distinta. Otros proyectiles le habían agujereado la panza. Perdía sangre. Mucha sangre. A pesar de todo, la adrenalina lo mantenía en pie. Siguió corriendo hasta que el ladrido de los perros quedó lejos. Y, sin embargo, detrás de él, las hojas se resquebrajaban bajo el peso de patas veloces. La vista se le nubló. Al final, lo abandonaron las fuerzas y tuvo que reducir la velocidad. Se giró para enfrentarse a sus perseguidores con un último esfuerzo pero ya no se mantenía en pie. Estaba casi desangrado.

Lo último que vio fue a un lobo negro que le hincaba los dientes en la garganta.

Luego cayó.

Y otros fantasmas grises se le abalanzaron.

CAPÍTULO 33

El profesor Pacini se mesó la barba con un brillo en los ojos.

—¡Qué imágenes tan estupendas, chicos! ¡Muy bien! Nuestro lobito negro nos dará muchas satisfacciones. Y no solo gracias al radio collar.

Lorenzo y Greta lo miraron con expectación.

—Otello no es un lobo cualquiera —explicó el estudioso—. El laboratorio de análisis me ha comunicado que su color es negro porque es híbrido, no porque sea un lobo melánico.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Greta.

El profesor tradujo:

—Significa que el color de su pelaje se debe a que es un cruce entre lobo y perro. Estos híbridos suelen tener un pelaje más oscuro que el de los lobos normales, a veces completamente negro. Justo como el de Otello.

—Un momento —dijo Greta, confundida—. ¿Dices que los perros y los lobos pueden aparearse? No lo sabía.

—Sí, el lobo y el perro son interfecundos —explicó Pacini—. Generalmente se odian pero en algunas ocasiones puede ocurrir que un lobo se una a un perro callejero o bien asilvestrado.

—¿Qué diferencia hay entre callejero y asilvestrado? —preguntó Greta.

—Técnicamente, un perro callejero solo es un perro vagabundo, sin dueño pero que busca una familia humana que lo adopte. Los perros asilvestrados, o perros ferales, en cambio, son los que viven al margen del mundo de los hombres. A menudo forman auténticas manadas con otros perros ferales y empiezan a cazar, aunque de manera menos organizada que los lobos. Muchas veces son ellos los que hacen daño al ganado, aunque se suele culpar a los lobos. —Chasqueó la lengua—. Otello es el primer híbrido que lleva un radio collar. Gracias a él, podremos descubrir muchas cosas sobre el comportamiento de este cruce particular.

En ese momento, el móvil del profesor sonó.

—Disculpadme —dijo levantándose y saliendo de la estancia.

Los dos chicos se quedaron en la cocina solos. Desde que Lorenzo la había besado, Greta le había hablado solo con monosílabos. Parecía muy afectada.

Por su parte, Lorenzo estaba más confuso que nunca. En los días anteriores, le había parecido que entre los dos había surgido buen rollo y que estaba naciendo una relación especial. Pero a lo mejor solo era una ilusión. Daba igual, seguro que lo había estropeado todo.

Buscó algo que decir para aliviar la tensión pero no tuvo tiempo. El profesor volvió a la cocina.

—Asombroso —comentó.

—¿Qué ha pasado?

—Me ha llamado un viejo amigo, un cazador. Esta mañana, él y su hijo han participado en una batida de jabalíes con sus hombres en la zona en la que se encuentra la manada de Otello. Me ha dicho que ha ocurrido algo increíble —dijo divertido—. Los lobos han ido de cacería con los cazadores.

Lorenzo y Greta abrieron los ojos como platos.

—Su hijo disparó a dos jabalíes. Uno de los dos solo estaba herido... y adivinad quién lo ha rematado.

—No me diga que... —inició incrédulo Lorenzo.

—Sí, lo han encontrado más allá de la línea de tiro, medio desgarrado por los lobos.

—Nooo, ¡no es posible!

—Me ha jurado que los vio huir. Y que uno era negro.

—Pero ¿usted cree que se trata de una casualidad o que ha sido una acción... premeditada? —preguntó Lorenzo.

—Mi amigo dice que otras veces, hace tiempo, desaparecían jabalíes que ellos estaban convencidos de haber herido de muerte. Si entonces también estaban por medio los lobos, es evidente que se trata de una estrategia precisa. Me pregunto también si este comportamiento tiene que ver con Otello y con su condición de híbrido.

—Esperemos que no se vengue ningún cazador —dijo Greta, preocupada por las posibles consecuencias de aquel robo.

—Por ese lado yo no me preocuparía —la tranquilizó Pacini—. Conozco personalmente a esos batidores y puedo garantizarte que no dispararían nunca a una especie protegida.

Greta levantó una ceja, poco convencida.

—Lo que importa es que esta es una ocasión única para estudiar la capacidad de adaptación de los lobos. Tenemos que vigilarlos con telemetría, seguir sus movimientos día y noche. Y recoger más material con las cámaras trampa. ¿Os apetece?

Greta y Lorenzo asintieron.

—Una manada que caza con los jabalineros —repitió para sí el profesor—. Los zorros se ríen de estos.

Dos faros que agujerean la noche.

Un frenazo estridente. Bruma atropellada por un coche.

Luego voces, jaleo, una fuga entre los arbustos junto a la carretera.

Una inyección y el sueño profundo.

Oscuridad.

Luego un bosque de abetos altos, una alfombra de helechos, ladridos que vuelan por el aire.

Y otras voces, en un idioma desconocido:

—¡Dispara! ¡Dispáralos a los dos!

Scuro se despabiló en plena noche. Cerca de él, Rio y los demás dormían profundamente. La caza del jabalí había sido un éxito y todos tenían las barrigas hinchadas como melones.

El lobo se estiró. Se le había pasado el sueño. Decidió bajar a la fuente a beber. Rio le había concedido que se comiera el hígado y los pulmones del jabalí como premio por la captura. Un bocado exquisito y nutritivo pero que le había dado mucha sed.

Rio le gustaba. Lo consideraba un buen jefe. A veces parecía un poco inseguro para ser un alfa. Pero estaba siempre dispuesto a dar confianza a los demás. Y era la primera vez que un jefe de manada se la daba a él. A pesar de su color.

Recorrió el sendero hasta la fuente y sació su sed. Le llamó la atención una luz, abajo en el

valle. La bombilla del porche de una granja resplandecía como una estrella en el bosque. Lo atrajo como un faro a un marinero. Sin pensárselo demasiado, bajó al valle.

Un cloquear vehemente irrumpió en el sueño del anciano campesino. Era un sueño hecho de mar turquesa y de arena dorada. El viejo se dio la vuelta con la esperanza de que las gallinas formaran parte del sueño. Desgraciadamente para él, no había rastro de volátiles en la orilla tropical. Abrió los ojos y se puso a escuchar.

Las gallinas seguían alborotadas.

—Será el zorro —se dijo—. Pero ya puede merodear todo lo que quiera, ese canalla. Mis gallinas están bien encerradas en una jaula de madera. ¡Los conejos! —recordó de repente incorporándose—. Los he dejado libres en el patio.

Desde que se había quedado viudo, la memoria le jugaba malas pasadas. Se sentía cada vez más cansado y le costaba seguir el ritmo de la vida en la granja. Más de una vez había pensado en venderlo todo y retirarse a un pueblecito de la costa.

Miró desde la ventana. En el patio entrevió una sombra. Bastante más grande que un zorro.

El hombre se armó con su bastón y se dirigió a la planta baja.

Scuro olisqueó el aire. ¡Conejos! Podía ver a un par de ellos acurrucados en un rincón del patio, dormidos. Inspeccionó la malla y probó el terreno excavando rápidamente. La valla se hundía bajo tierra solo unos centímetros. Sería coser y cantar.

En unos minutos estaba dentro. Los conejos empezaron a correr en todas direcciones. Scuro capturó uno con facilidad y lo devoró de unos cuantos bocados. Le dio gracias a la Luna por no haberle dado a los conejos un grito de alarma, o si se lo había dado, ni los lobos ni los hombres podían oírlo, evidentemente. Igualito que la voz de las malditas gallinas. Así que cuando se pusieron a gritar desde dentro de su jaula, Scuro entendió que la fiesta se había terminado. Se escurrió por donde había entrado y volvió a cruzar furtivamente el patio en dirección al bosque cercano.

De pronto, una figura se le puso delante.

Scuro se paró y agachó las orejas. Cuando comprendió a quién tenía delante, un gruñido rabioso le salió de la garganta.

CAPÍTULO 34

Siete de la mañana.

Lorenzo tamborileaba nervioso en el volante con el motor encendido delante de la casa de Greta. Media hora antes, una llamada urgente del profesor Pacini lo había sacado de la cama. Una llamada que desearía no haber recibido nunca.

Greta salió de la casa con los ojos hinchados por el sueño. La noche anterior, Lorenzo y ella se habían recogido a las dos, después de trazar los movimientos de Otello.

—Pero ¿qué pasa? —preguntó confusa.

—Sube al coche. Te lo explico por el camino.

Dos coches de policía. Una furgoneta de la Guardia Forestal. Otros coches anónimos. Y una ambulancia con las luces de emergencia encendidas. Todos aparcados en el caminito de tierra delante de la granja.

Lorenzo apagó el coche. Greta no rechistaba. Bajaron y se acercaron al patio interior. Entre muchas caras conocidas, reconocieron la espesa barba del profesor Pacini. Tenía un aspecto trastornado.

Se acercaron. Había varias personas en corro cerca del patio. Por el camino, Greta vio varios mechones de pelo ensangrentados y algunas carcasas de conejo a medio comer.

El profesor salió a su encuentro.

—¡Qué desastre! —exclamó pasándose la mano por la frente.

—¿Está ahí? —preguntó Lorenzo atemorizado, señalando al grupo de personas agachadas en el suelo.

—Sí, venid a ver. —Luego, dirigiéndose a Greta—: Os advierto de que no es un espectáculo agradable.

La chica asintió.

—Soy voluntaria de la Cruz Roja —lo tranquilizó.

Pero le temblaban las piernas. Hasta ahora su breve experiencia en las ambulancias le había puesto por delante incidentes de poca entidad. Algún contusionado, heridos leves, un par de parturientas para llevar al hospital. Nada en comparación con lo que estaba a punto de ver.

A un par de metros de la malla del patio, en el suelo, había una sábana blanca manchada de sangre. Dos botas gastadas asomaban por un lado. Greta y Lorenzo contuvieron la respiración.

En ese momento llegó también el forense, acompañado por un inspector de policía. Retiró la sábana. Debajo, el cuerpo de un campesino anciano con los ojos y la boca abiertos, dirigidos al cielo. El pelo del hombre estaba impregnado de sangre seca. Detrás de la nuca, un charco amaranto había empapado la tierra. Lorenzo tragó saliva intentando que las emociones se quedaran en el estómago. Greta ojeaba desde detrás de su hombro.

El médico examinó el cadáver. Tenía una herida profunda justo debajo del codo, con señales evidentes de caninos que habían penetrado en la musculatura. Greta se tocó instintivamente el brazo. Aquella herida se parecía a la suya. En los pantalones del hombre, a la altura de la pantorrilla, tenía otras manchas de sangre. También había recibido un mordisco ahí.

—Le confirmo lo que sospechaban sus hombres, inspector —dijo el médico levantándose—.

Esta persona ha sido mordida por un cánido. La herida indica que le clavó los colmillos cuando aún estaba vivo. —Se quitó los guantes de látex—. La causa de la muerte, en todo caso, parece un trauma craneal.

El inspector de policía se quitó el gorro.

—Sí, se ha golpeado violentamente la cabeza contra ese macetero de piedra —dijo indicando un pico gris manchado de rojo.

—Le haremos más pruebas en el tanatorio —dijo el médico.

—De acuerdo, podéis llevároslo —ordenó el inspector a los camilleros—. ¿Tenía algún perro guardián que haya podido atacarlo? —le preguntó a un agente.

—El vecino dice que no. Pero nos ha contado que por esta zona, en los últimos días, merodeaban lobos. O, por lo menos, eso es lo que han dicho unos cazadores de jabalíes.

—¿Lobos? —preguntó sorprendido el inspector—. Ah, por eso estáis aquí también vosotros —dijo dirigiéndose a un oficial de la Guardia Forestal que, a pocos pasos, escuchaba ceñudo el cruce de información.

—Sí, he llamado inmediatamente al profesor Pacini, experto en fauna salvaje. Uno de los lobos de la manada lleva un radio collar.

—¿Quiere decir que sabe dónde se encontraba anoche? —preguntó el inspector.

—Sí —respondió Pacini con un hilo de voz. Invitó a Lorenzo a acercarse—. Le presento a Lorenzo Zedda. Está siguiendo a la manada que se mueve por esta zona.

Lorenzo tragó saliva. Greta se acercó tímidamente. Se dio por aludida. Las últimas triangulaciones las había trazado ella.

—Como ya le he dicho al profesor por teléfono —empezó Lorenzo—, anoche el radio collar del lobo transmitía desde esta zona —dudó—. Pero no podemos afirmar con seguridad que llegara exactamente aquí donde nos encontramos. Hay cierto margen de error.

En ese momento, un guarda forestal los interrumpió:

—Mire lo que he encontrado en la malla metálica del patio. Deben de ser del animal que ha agredido al hombre.

Un sobrecito transparente se agitó ante los ojos del profesor. Lo observó con atención.

—Pelos de lobo —admitió con tristeza—. Negros.

El inspector de policía llamó a un agente y le dio unas órdenes mientras el oficial de los forestales sacaba su móvil.

—¡Qué desastre! —susurró el profesor mirando a Lorenzo y a Greta, que estaban abatidos.

Sabía exactamente qué iba a pasar unas cuantas horas después.

—¿Dónde has estado? —preguntó Rio.

Scuro se acercó al jefe de la manada dirigiendo la mirada al suelo y meneando la cola.

—En la fuente.

El jefe de la manada lo olió desconfiado.

—En tu hocico noto olor a conejo... y ¡a *hombre*! —añadió alarmado.

—He cazado un conejo salvaje... —farfulló Scuro, sin mirarlo a los ojos.

Rio lo escrutó con desconfianza.

Falco, que se acababa de despertar, irrumpió con toda su espontaneidad.

—¿Cuándo nacen los cachorros? ¿Hoy? ¿Eh? —preguntó, brincando delante de la entrada a la madriguera.

Scuro aprovechó para eludir las preguntas de Rio.

—Debe de faltar poco, es verdad.

Gemma se estiró.

—Faltan algunos días. Pero podría adelantarse, es su primer parto.

Solo pensar en la llegada de los cachorros provocaba en la manada una gran excitación. Los lobos, jóvenes y adultos, empezaron a perseguirse y a saltarse encima, gañendo y gimiendo. Por el momento, Rio desistió de hacerle más preguntas a Scuro. Pero retomaría el tema. En las palabras del lobo negro había oído una mentira.

CAPÍTULO 35

Greta salió del quiosco con tres periódicos bajo el brazo y se metió en el bar. Lorenzo estaba sentado en una mesa con una taza de infusión de melisa entre las manos. El efecto relajante de la bebida quedó anulado por los titulares de los periódicos.

—El profesor tenía razón, lee esto: hombre devorado por una manada de lobos... lobos asesinos en Toscana... unos lobos asaltan una granja y matan a una persona...

—¡Qué desastre! —dijo Lorenzo con la cabeza entre las manos.

Durante la madrugada del martes una manada de lobos rodeó una granja aislada y agredió a algunos animales domésticos. Según algunas fuentes, el propietario, un campesino de setenta y tres años, se enfrentó a los lobos con un bastón, pero los feroces depredadores le mordieron en repetidas ocasiones en los brazos y en las piernas para después rematarlo con un mordisco en la garganta.

—¡Pero es alucinante! ¡No fue así! —saltó Greta.
Lorenzo leyó rápidamente el texto.

Las autoridades competentes se han comprometido a emplear todos los recursos para garantizar la seguridad pública. Ya han iniciado las labores de localización de los lobos, facilitadas porque uno de ellos está dotado de un radio collar que permite seguirlo en sus desplazamientos. Las autoridades aseguran que los lobos serán capturados en las próximas horas.

La chica, movida por la rabia, golpeó con la palma de la mano el periódico abierto.

—¿Qué les harán, Lorenzo?

Algunos clientes se volvieron y la miraron mal.

—Pacini me llamó para pedirme la frecuencia de radio de Otello —dijo Lorenzo. Se quitó las gafas y se pasó los dedos por los párpados cansados—. Las autoridades no saben si anoche Otello fue solo o con otros lobos. Como no están seguros, han decidido considerar peligrosa a toda la manada. Intentarán capturarlos. Me han dicho que será una gran batida, incluso con helicópteros, si fuera necesario.

—¿Y si nuestros lobos no tuvieran nada que ver? —se obstinó Greta—. ¿Qué dicen los resultados del ADN que han encontrado en el cadáver?

—Eso tarda su tiempo y no esperarán. Los pelos de Otello en la malla lo inculpan.

—Entonces, ¿los matarán? —preguntó Greta mordiéndose el labio.

—En la ordenanza se habla de capturarlos vivos. Pero si la operación se complicara, no se

excluye que les disparen.

Los ojos de la chica se llenaron de lágrimas.

—No es justo.

—Pero si Otello ha matado a ese hombre... —farfulló Lorenzo.

Greta lo fulminó con la mirada.

—Pero bueno, ¿tú de qué parte estás?

—Venga, no te pongas así —dijo Lorenzo—. Solo intento comprender los motivos que han llevado a esta decisión. ¿Y si volvieran a atacar? Tenemos que ponernos en la piel de quien asume la responsabilidad de proteger a la gente.

Greta no parecía convencida en absoluto. Tenía el aspecto de una guerrera lista para la batalla.

—Además, ya verás como consiguen capturarlos vivos —la tranquilizó Lorenzo.

—¿Para encerrarlos en una jaula de por vida? Más vale que los maten —dijo seca.

Se levantó y salió del bar.

Lorenzo se quedó observando los vapores de la infusión que se entrecruzaban en el aire.

Todo se estaba yendo al traste. Todo.

El sol de mediodía penetró entre los robles que daban sombra a la madriguera de Lama. La manada llevaba poco tiempo despierta. La noche anterior los lobos habían ido a cazar ciervos sin conseguir capturar ninguna pieza.

De pronto, oyeron ladrar a unos perros. Falco empezó a brincar contento.

—¡Vuelven los cazadores, vuelven los cazadores! Hoy se come jabalí. ¡Jabalí del bueno!

Pero Scuro y los demás giraban las orejas nerviosos.

—Están en nuestro valle —se inquietó Selva.

Lama asomó el hocico a la entrada de la madriguera, alarmada por el jaleo del bosque.

—¿Por qué vienen aquí? —gruñó Rio—. Aquí no hay jabalíes.

—¿Qué hacemos? —preguntó Falco.

—Tenemos que cambiar de sitio —ordenó Rio—. Tú también —le susurró a Lama—. Si llegan los perros, seguirán nuestro olor hasta la madriguera.

—Si me quedo en el fondo, estoy segura de que pasarán de largo —probó ella.

Sentía que no faltaba mucho para el parto.

—Ni hablar —dijo Rio categórico—. Si te encontraran, no dudarían en matarte. Sobre todo después de haberles robado un jabalí.

Le lanzó una mirada a Scuro.

Oyeron nítidamente voces humanas.

—Están cerca, escapemos —exclamó Gemma.

La manada se alejó de prisa de la madriguera siguiendo una pista por la pendiente boscosa. Después de salir por el valle cercano, los lobos se pararon a escuchar. El ruido de los perros no solo no se perdía sino que se acercaba amenazante.

—Nos siguen —dijo Alba.

—Todos conmigo, rápido —los urgió Rio.

Alcanzaron el curso de un torrente. Rio entró en el agua y remontó el cauce durante un buen rato seguido por los demás. Cada veinte o treinta metros, el jefe de la manada se adentraba en el bosque para después volver sobre sus pasos dejando tras de sí breves senderos olorosos sin salida que confiaba en que despistarían a los perros.

Siguieron bastante tiempo así. El agua gélida entumecía las patas. Cuando Rio se aseguró de

haberles complicado la vida bastante a los sabuesos, la manada abandonó el torrente y alcanzó otro pequeño valle que apuntaba a la cima de un collado.

Cuando llegaron a un llano herboso, Lama se dejó caer sobre la hierba. Su vientre estaba hinchado, su respiración estaba acelerada.

Selva se quedó pendiente del más mínimo ruido mientras Rio leía los olores del viento. Scuro se movía para arriba y para abajo, inquieto. Rio se dio cuenta.

De repente, una racha de aire trajo a sus orejas el frenético ladrido de los perros acompañado por voces humanas que los azuzaban. Subían rápidos hacia ellos, sin dudar.

Rio se quedó de piedra.

—Están remontando el valle por la pendiente del este —indicó—. Nosotros hemos pasado por allí.

—Exacto. ¿Cómo consiguen seguir nuestro rastro? —se preguntó Gemma.

La manada volvió a bajar por la parte opuesta de la cresta. Tardarían poco en llegar al límite de su territorio. Rio dudó. Nunca pensaba que iba a tener que abandonar tan pronto la tierra que había encontrado con tanto esfuerzo. Pero no había alternativa. Cruzaron la frontera y se asomaron a un cañón estrecho, con pináculos rocosos en ambos lados. Un laberinto de grandes rocas entorpecía el camino. Un auténtico dédalo de piedra, musgo y madera podrida.

En ese momento, más atrás, los perseguidores se detuvieron. El guarda encargado de la antena había perdido la señal de Scuro, contenida entre las paredes estrechas de la garganta.

—He dejado de recibir —dijo quitándose el gorro y secándose el sudor de la frente—. ¿Dónde se habrán metido?

Su superior llamó al puesto por radio y dio unas cuantas órdenes rápidas.

CAPÍTULO 36

El sol desapareció detrás de las montañas y el fondo del cañón empezó a llenarse de sombras. Los lobos se enroscaron en el suelo arenoso, exhaustos. Las húmedas paredes de roca los escrutaban severas.

—Descansemos aquí hasta que esté completamente oscuro —dijo Rio—. De noche no pueden seguirnos. Mañana estaremos lejos y ya no nos encontrarán.

Su voz fue anulada por un estruendo ensordecedor. Los lobos se agazaparon con los ojos hacia lo alto. Un helicóptero sobrevoló la garganta y se paró justo sobre sus cabezas. Los lobos lo observaron aterrorizados, tan asustados que no podían ni siquiera moverse.

El monstruo volador giró sobre sí mismo y volvió por donde había llegado. No era la primera vez que los lobos veían un helicóptero. En los últimos años, la Guardia Forestal había transportado a numerosos rebecos desde el Parque de los Abruzos a los Montes Sibilinos para reintroducirlos en las montañas en las que se habían extinguido.

—Me temo que nos han visto —dijo Gemma en cuanto el ruido del rotor se aplacó.

—¿Por qué nos acosan así? —se preguntó Selva, exasperada.

—A lo mejor alguien puede contestar a tu pregunta —dijo Rio—. ¿Verdad, Scuro?

El lobo negro se sobresaltó.

—¿Adónde fuiste anteanoche? —le preguntó a bocajarro.

No respondió.

—Cuando volviste sentí tufo a hombre —lo presionó Rio.

—Me comí unos conejos de un recinto —admitió al final—. Cerca de una casa.

—Te descubrieron.

—No.

—¡No te creo! ¡Dime qué hiciste! —insistió Rio.

—Solo robé dos conejos, ya te lo he dicho —se enfadó Scuro—. Me comí uno enseguida y el otro lo maté y lo llevaba para la madriguera, para Lama. Cuando llegó un perro...

—¿Qué más? ¡Sigue!

—Tenía baba en la boca. Seguro que era un perro vagabundo rabioso, uno de esos *sin madriguera* que vagan por los alrededores de las aldeas —prosiguió Scuro—. Solté el conejo y me fui. No me apetecía contagiarme enzarzándome con él.

—¿Estás diciendo la verdad? —le preguntó Gemma mirándolo fijamente a los ojos.

—Sí, que la Luna me maldiga si estoy mintiendo —respondió Scuro.

—Escuchadme —intervino Lama—. Da igual que nos estén persiguiendo por un conejo o por un jabalí. Yo me preguntaría más bien cómo consiguen pisarnos los talones sin seguir ni siquiera nuestras huellas.

El silencio lo invadió todo. Las sombras en la garganta se hicieron todavía más densas.

Luego, Falco le puso voz a una de sus agudas intuiciones.

—¿Y si fuera el collar de Scuro? A lo mejor tiene un poder invisible que los atrae hasta nosotros.

Brugo escrutó desconfiado la gruesa banda sintética que dejaba entrever el espeso pelaje de Scuro.

—Tienes razón, podría ser eso.

—Intentemos romperlo —sugirió Selva.

—Ya he querido arrancármelo de todas las maneras posibles —dijo Scuro—. Es indestructible.

—No hay nada indestructible para mis mandíbulas —soltó Brugo.

Enfiló sus largos colmillos entre el collar y el pelaje de Scuro, y empezó a morder y a dar tirones.

—¿Quieres romperme el cuello? —se quejó el compañero con un gruñido.

—Vamos a intentarlo entre dos.

Rio metió sus colmillos por la parte contraria. Los dos lobos apretaron las fauces y tiraron al mismo tiempo, con Scuro en medio aguantando erguido sobre las cuatro patas.

Al final tuvieron que desistir. Sus esfuerzos solo habían producido un leve arañazo en la superficie del collar.

—Es un maleficio del hombre —jadeó Brugo—. Parece hecho de piel, pero por dentro es más duro que el hierro.

No sabían qué hacer.

En ese momento, una hoz de luna salió de detrás de un pináculo rocoso iluminando sus pesados corazones.

—Oremos —susurró Lama—. Nos ayudará a estar mejor. Y quizás nos inspire.

Entonces, desde la profundidad del cañón se elevó un canto lento y triste. Empezó Lama, seguida por Rio y por los demás. Cada lobo entraba en el coro con una frecuencia distinta. Preestablecida. Una partitura escrita en hojas de aire y estrellas.

Incluso Scuro, desanimado, se unió al canto de la manada. No lo había hecho nunca hasta entonces. Su voz era comparable a la de un barítono. Una nota grave y potente, y sin embargo ligera, que se envolvió con las demás dándole cuerpo a la oración. Una melancólica y desesperada petición de ayuda y protección.

Luego ocurrió. Un ladrido truncó la armonía del coro.

El canto se interrumpió bruscamente.

Consternación.

Los lobos miraron a su alrededor estupefactos. Los ojos de todos se posaron sobre Scuro. Había sido él quien había emitido aquel ladrido canino.

El lobo negro agachó las orejas y dobló las patas hasta casi tocar el suelo con el vientre.

—¿Quién eres? —gruñó imperioso Rio ensartándolo con una mirada feroz. Scuro ganó. El jefe de la manada lo presionó—: ¿Quién eres de verdad? ¡Dínoslo!

Selva observaba al lobo negro reptando por el suelo, afligido. Ella misma no quería creerlo.

—¡Habla, te lo ruego!

Al final, Scuro cedió.

—Mi madre era una loba... Mi padre, un perro —susurró.

—Tenía razón al sospechar —gruñó Brugo—. ¡Menos mal que había lobos negros en las tierras del norte!

—¿Por qué? ¿Por qué nos has mentido? —siguió interrogándolo Rio.

—¿Me habríais aceptado en la manada? —intentó defenderse Scuro.

—¡Di la verdad! ¿Te han mandado los hombres? ¡Responde! —lo presionó Gemma.

—Nos has traicionado —protestó Brugo, agazapándose en ademán amenazador.

Pero Selva se interpuso.

—¡Quítate, Selva! Deja que le dé una lección a este medio perro —gruñó el lobo.

Scuro mantenía la mirada baja, sin reaccionar. Tuvo la impresión de volver atrás en el tiempo. A su infancia de marginado, de excluido, de ser el hazmerreír. El expulsado de la manada.

—Te admitimos a pesar del color de tu pelaje —dijo Rio—. A pesar de ese *collar*. Nos creímos tu historia, teníamos confianza en ti. Pero tú nos has mentido. Ahora, te lo ruego, responde a la pregunta de Gemma. *¿Te han mandado los hombres?*

—¿Cómo podría estar de su parte? Los hombres han matado a mi compañera. Los odio igual que tú. ¡A lo mejor *más que tú!* —dijo mirando a Rio fijamente a los ojos—. No os dije la verdad porque quería que me juzgarais por lo que soy y no por el color de mi pelo. Mi madre era una jefa de manada fuerte y valiente, hábil y aguda. Es cierto, a menudo hacía cosas extrañas, como robarles jabalíes a los cazadores o excavar pasadizos bajo las vallas de las granjas. O buscarse un compañero perro en una noche de luna llena... Pero ¿qué culpa tengo yo?

Los demás lobos lo observaron mudos.

—Escúchame, Rio. Escuchadme todos —continuó Scuro—. Yo me siento un lobo como vosotros. Creo en las leyes de los lobos, las respeto. Desde el momento en el que me acogisteis, me he sentido parte de la manada como si hubiera nacido en ella. Y cuando nazcan, querré a los cachorros de Lama como cualquier lobo ama a los cachorros de su manada. Pero si creéis de verdad que yo os he traicionado, o no me aceptáis por mi sangre... entonces, matadme ahora y acabemos con esto. Estoy cansado de vivir así.

Rio escrutó el fondo de sus ojos. Scuro mantuvo la mirada sin titubeos.

—Quiero creerte —dijo al final Rio. Fue como si una cuerda tensada al máximo se aflojara un poco—. De todas formas, me temo que los hombres te han mandado para poder controlarnos, aunque tú no lo supieras. Los hombres tienen mucho poder sobre las cosas. Es el collar lo que los conduce a nosotros, estoy cada vez más convencido.

—Si es así —dijo lentamente Scuro—, entonces está claro lo que tengo que hacer. Dejaré la manada. Los hombres me seguirán a mí. Y vosotros os salvaréis.

—Me parece la mejor decisión —dijo Brugo.

—Sí, y te honra —añadió Gemma.

Falco miró a Scuro desconsolado. Le había cogido cariño a aquel lobo negro misterioso, con tanta imaginación y esas ideas tan audaces.

—Si te vas, yo me iré contigo —gañó Selva.

—No, no lo permitiría nunca —dijo categórico Scuro—. Ya has sufrido bastante.

Rio intercambió una mirada fugaz con Lama.

—Selva, tú te quedarás. Te lo ordeno —dijo el jefe de la manada. Su tono no admitía réplicas—. En cuanto a ti, Scuro... tampoco tú nos dejarás.

Los demás lo miraron estupefactos.

—Pero el collar...

—Venceremos la magia oscura de los hombres con nuestra velocidad y con astucia.

—Y ¿en cuanto a que soy un lobo a medias?

—Un lobo sin manada es un lobo a medias. Y si es cierto que eres medio perro, eso querrá decir que nosotros seremos la mitad de lobo que te falta.

Scuro se acercó y restregó su frente bajo el cuello de Rio, en señal de reconocimiento. Brugo y Gemma no tuvieron valor para objetar nada a las palabras de su jefe, aunque no aprobaban ese gesto de altruismo que ponía en peligro a toda la manada.

—Ahora, basta de discusiones. Ya hemos perdido demasiado tiempo —dijo Rio—. Si Lama puede caminar, abandonemos esta garganta oscura y alejémonos lo antes posible de los hombres.

—¿Adónde iremos? —preguntó Alba.

—Conozco un Área Protegida, al norte —dijo Scuro—. A un día de camino de aquí.

—¿Es el lugar al que te dirigías con Bruma? —preguntó Lama.

—Sí. Esperaba volver con otra compañera algún día —respondió lanzándole una mirada a Selva—. Pero... bueno, ¿para qué esperar?

—Está decidido, entonces. Llévanos hasta allí —aprobó Rio—. Será ese el nuevo territorio de la manada de la Sibilla.

Su voz volvía a resonar fresca y llena de esperanza.

CAPÍTULO 37

En la granja contigua a la del campesino muerto, el dueño estaba limpiando una ordeñadora automática. Su hijo de ocho años, en el ovil, acariciaba a un corderito de unos cuantos días. La bolita de algodón blanco intentaba de todas las maneras posibles evitar las atenciones del niño, pero este no lo dejaba tranquilo. Su pelo de lana cándida le provocaba agradables escalofríos calientes.

De repente, las ovejas se amontonaron en el lado contrario a la puerta de acceso.

El niño se quedó solo en medio de la paja, con la oveja que forcejeaba para seguir a su madre. Con el rabillo del ojo, el pequeño vio una sombra oscura en la puerta y se volvió de golpe.

Un perro se recortaba a contraluz. Un mastín.

Tenía chorreones de baba y las pupilas dilatadas. Desorientado, parecía perseguir con la mirada objetos imaginarios para luego regresar al mundo real.

El niño se quedó petrificado. El perro lo enfocó con la mirada. Luego miró al cordero mordiendo el aire. El niño dejó instintivamente al animal asustado, que corrió hacia su madre. El mastín se lanzó a perseguirlo pasando delante del niño aterrorizado. El cordero tuvo el tiempo justo de refugiarse entre las patas de los adultos y el perro se detuvo a un paso del rebaño, ladrando furiosamente. Las ovejas, aplastadas en un rincón, tenían los ojos fuera de las órbitas y muchas corrían peligro de morir asfixiadas.

El niño consiguió salir del ovil gritando, pero se cayó al cerrar la puerta cuando salía.

El mastín rabioso estaba atrapado.

—Estos son los datos que tenemos que ordenar —resopló Lorenzo.

Greta estaba sentada a su lado, con un montón de folios en la mesa. Las bolsas bajo los ojos de ambos traicionaban el sueño atrasado.

—Aquí hay resultados del *wolf howling* del Alpe della Luna. Tenemos que introducir los horarios y la frecuencia en esta tabla y...

—Oye, yo no consigo concentrarme en esto... Con lo que les está pasando a Otello y a los demás.

Lorenzo unió los puños y apoyó en ellos la barbilla.

—Para mí también es duro. Pero ¿qué podemos hacer? Son decisiones que no dependen de nosotros. La ley prevé este procedimiento en caso de peligro para el hombre.

—Peligro para el hombre... —repitió amargada Greta—. La ley permite alegremente que miles de personas mueran cada año por el tabaco del Estado o por el alcohol... pero no que un depredador salvaje pueda atacar a un hombre una vez cada dos siglos. Y los periódicos, ¿qué? Entiendo que el lobo-comedor-de-hombres venda más, pero... —Estaba furiosa—. A mí me mordió un perro y no por eso hago una cruzada para exterminar a todos los perros callejeros de Italia.

—Tienes razón, pero si aquel perro te hubiera matado, habrían hecho de todo para capturarlo y matarlo —observó Lorenzo—. Y luego, tú eres tú, Greta. Querías superar tus miedos y lo has conseguido. Pero la mayoría de las personas no son como tú. El miedo al lobo, por desgracia, está arraigado en nuestra cultura. Es tremendamente difícil eliminar estos prejuicios... Si es un perro

callejero el que ataca a un hombre, no habla de ello casi nadie. Pero si está por medio el lobo, se arma la marimorena. Es una batalla perdida.

El teléfono de Lorenzo sonó.

—Es el profesor Pacini —dijo mirando la pantalla—. ¿Diga?

La conversación fue breve y las expresiones de Lorenzo pasaron de la incredulidad a la alegría y luego a la urgencia.

—Sí, sí, de acuerdo. Salimos en seguida —dijo. Y colgó—. ¡Me parece que los periódicos van a tener que tragarse sus titulares sobre los lobos asesinos!

—¿Por qué? —preguntó Greta iluminándose.

—Esta mañana han capturado a un perro rabioso a poca distancia de donde murió ese hombre —explicó Lorenzo mientras metía la radio y la antena en la mochila—. La dentadura es compatible con las heridas del campesino. Pero hay más. Han llegado los resultados de la saliva encontrada en el cadáver. ¡No es de lobo! ¡Es de perro!

—Espera, espera —frenó Greta, intentando poner en orden las ideas—. ¿No podría ser la saliva de Otello? Teniendo en cuenta que es un perro...

—No, no. El patrimonio genético de Otello es mixto y Pacini ha dicho que el ADN del cadáver es cien por cien de perro.

—¡Pero entonces Otello es inocente! —exclamó Greta.

—Exacto —confirmó Lorenzo, precipitándose escaleras abajo—. El problema es que el profesor no consigue contactar con la patrulla de captura. Probablemente se encuentren en una zona sin cobertura. ¡Tenemos que detenerlos antes de que sea demasiado tarde!

—¿Y cómo podemos encontrarlos? —preguntó Greta saltando en el coche.

—¡Nos guiará Otello! —respondió Lorenzo indicando la antena de telemetría.

El helicóptero volvió a sobrevolar la manada. Era la tercera vez desde el amanecer. Lo vieron pasar sobre sus cabezas por encima de las ramas de los abetos. A pesar de que los lobos habían viajado durante toda la noche, parecía que los perseguidores se habían materializado tras ellos con las primeras luces del alba. Y ahora, nuevos ladridos y voces humanas se oían por el este y por el oeste. El círculo se estaba estrechando a su alrededor.

Scuro iba en cabeza mientras que Rio cerraba la columna. Lama, delante de él, estaba derrotada; avanzaba con dificultad y ralentizaba a toda la manada.

De pronto, entre los árboles, Scuro entrevió una montaña.

—Allí está. Esa es el Área Protegida de la que os hablaba. Falta poco —dijo volviéndose.

Se percató de que el lugar en el que se encontraban le resultaba extrañamente familiar, como si hubiera estado allí recientemente. Se trataba de un claro en el bosque, recubierto de una alfombra de helechos bajos y rodeado de enormes abetos blancos. De repente, ató cabos y lo recorrió un escalofrío: era el lugar de la pesadilla que había tenido tres noches atrás.

Le hizo una señal a Brugo para que se adelantase.

—Pasada esa cima hay un río. Tendremos que cruzarlo. Guía tú a la manada, yo cerraré la fila.

Los demás pasaron junto a él y Scuro se puso detrás de Rio. Pero los perros ganaban terreno y sobre las cabezas de los lobos volvía a rugir el helicóptero.

Ya casi habían llegado a la cima cuando Rio se dio cuenta de que Scuro se había parado.

Se volvió.

—¿Qué haces? Ya casi hemos llegado —gritó volviendo rápidamente sobre sus pasos.

El resto de la manada ya había superado la pequeña colina con árboles.

—El Área Protegida no los detendrá, Rio.

Scuro parecía resignado. Escrutó el bosque que habían dejado atrás, los ladridos de los perros estaban muy cerca.

—Casi nos han alcanzado.

—Pero todavía no nos han cogido. ¡Muévete!

Scuro lo miró fijamente a los ojos.

—¡Vete! Lleva a Lama y a los cachorros a un lugar seguro. Yo me quedo aquí. Es a mí a quien quieren.

—No.

—Rio, te lo ruego, vete y cuida de Selva.

—Scuro, obedece a tu jefe de manada. ¡El Área Protegida nos protegerá!

—Escúchame, Rio. Desde que nací todo el mundo me ha tratado como a un perro a medias. Ahora que ha llegado el final, déjame morir como un lobo.

Rio se quedó fulminado por aquellas palabras. En los ojos de su compañero leyó miedo pero también una determinación inexorable y un deseo insatisfecho de revancha. Scuro lo tenía decidido y Rio nunca conseguiría hacerle cambiar de opinión. Respiró hondo.

—Scuro, la Luna te ilumina —dijo al final—. Nos encontraremos en el Bosque Sin Fin y cazaremos juntos el Gran Ciervo. —Sus ojos se humedecieron—. Pero esta vez a mi manera.

El lobo negro sonrió.

—Estaré a tu lado, Rio.

CAPÍTULO 38

Estamos cerca, ¡oigo el helicóptero!

Lorenzo frenó bruscamente en la pista forestal. Además del rotor, se oía también el furioso ladrido de los perros.

Greta se bajó rápidamente del todoterreno y sacó la antena de telemetría.

—Está allí, detrás de aquel collado.

Pero dos disparos de escopeta la sobresaltaron. La antena casi se le cae de las manos.

—¡Nooo! —chilló llevándose la mano a la boca.

—¡Vuelve al coche! ¡¡¡SUBE!!! —le gritó Lorenzo metiendo la primera.

Scuro vio a los primeros perros avanzar entre los árboles. Detrás, algunas figuras humanas los retenían con largas correas de piel. Se oyeron voces agudas cuando un guarda lo vio. El pelo del lomo se le erizó. Scuro se preparó para el final. Se sentía cansado, agotado. No pensaba luchar. Solo quería que todo acabase lo antes posible.

El veterinario que seguía a la patrulla de captura encaró la carabina con la anestesia. El lobo negro era una diana fácil. Su pelaje oscuro se recortaba nítido entre el verde de los helechos.

El hombre avanzó unos pasos más y se puso de rodillas, apuntando. A su alrededor, los perros ladraban enloquecidos.

Todo sucedió en unos cuantos instantes. Una correa se rompió y uno de los perros se abalanzó sobre el lobo. El batidor, en un intento de recuperarlo, perdió también el control del otro sabueso que llevaba atado. Los dos perros se plantaron a un paso de Scuro ladrando y gruñendo. El veterinario no podía disparar, los sabuesos estaban en la línea de tiro. Scuro se limitó a rechinar los dientes. Podía haberlos matado a ambos de un mordisco pero no se movió.

A pesar de los gritos y los reclamos de su amo, uno de los sabuesos le clavó los dientes en un costado. Scuro ganó de dolor. En ese momento, un relámpago gris irrumpió en escena y se paró delante del lobo negro.

—¡Selva! —gritó Scuro.

La loba mostró los colmillos brillantes y se preparó para atacar. Los sabuesos retrocedieron asustados.

El batidor, viendo a sus perros en peligro, entró en pánico. Encaró la escopeta.

—¡Dispara! ¡Dispáralos a los dos! —lo incitó un compañero.

Un guarda forestal intentó detenerlo. Demasiado tarde.

Dos disparos muy seguidos.

Scuro y Selva cayeron al suelo, atravesados por los cartuchos.

Un pelaje negro carbón y otro gris plateado. Unidos por la misma sangre.

—¡Frena! —gritó Greta.

Las ruedas derraparon en las piedras de la pista. Cinco lobos cruzaron la carretera a pocos metros del todoterreno y se tiraron al río que corría un poco más abajo.

Lorenzo y Greta saltaron de alegría en los asientos, pero en seguida la expresión de la muchacha cambió.

—¿Dónde está Otello?

—A lo mejor ya ha cruzado el río —deseó el chico—. Esperemos que esos disparos... —Su atención fue captada por otra cosa—. Mira —dijo indicando el río—. Uno de los lobos no puede. Me temo que es la hembra preñada.

En ese momento también Rio pasó flechado delante de ellos y se lanzó al agua para cruzar el río. Lorenzo metió la marcha atrás para alcanzar a la loba que renqueaba en el agua, arrastrada por la corriente hacia el valle.

Los demás lobos cruzaron el río sanos y salvos, y a ellos se unió poco después Rio. El jefe de la manada, cuando se dio cuenta de que Lama no estaba, se precipitó orilla abajo con la desesperación en los ojos.

—¡Aquí está! —gritó Greta señalando un cuerpo gris abandonado en una piedra a ras del agua, a un par de metros de la orilla.

Lorenzo frenó bruscamente y los dos se catapultaron hacia la loba. Lama tenía el hocico casi sumergido y los ojos cerrados. Exhausta por la intensa marcha, el agua gélida le había dado el golpe de gracia. Sus patas habían dejado de obedecerle y el frío la había envuelto en un abrazo glacial.

Greta no dudó. Se metió en el agua helada hasta la cintura y se acercó a la loba.

—Cuidado, sin acercarte demasiado —le gritó Lorenzo siguiéndola.

Pero la chica no lo oyó. En aquel momento la cabeza de Lama resbaló bajo el agua. La chica la cogió a tiempo y la levantó por encima de la corriente.

De pronto, Greta se encontró en otro lugar y en otro momento. Noche. La misma agua gélida. Los faros del coche, prácticamente sumergidos, iluminaban las algas que, como serpientes verdes, se agitaban en una pesadilla de cristales rotos y chapa. Greta luchaba contra el frío y contra la corriente. Sostenía entre las manos la cabeza de su chico desmayado, intentando tenerla fuera del agua que quería sumergirlos. Con un esfuerzo descomunal lo sacó del coche y lo arrastró hasta la orilla. Una fuerza que solo puede dar la desesperación. O el amor. Y en aquel momento Greta sentía ambas cosas. Su chico no respiraba. El pánico se apoderó de ella y la aprisionó en una trampa de la que parecía imposible liberarse. Tenía que hacer algo, pero ¿qué? Oyó una voz lejana: «¡No respira!». Levantó la mirada. Desde el otro lado del río, los ojos amarillos de un lobo la observaban.

Lorenzo volvió a gritar.

—La loba no respira.

Greta volvió a la realidad. Había sacado a Lama del agua y ahora la loba estaba echada de costado, con las cuatro patas extendidas en la fría arena de la orilla.

—Voy a llamar al veterinario —gritó Lorenzo. Indicó la colina—. No deben de estar muy lejos.

—¡No hay tiempo! —gritó Greta. Puso la palma de la mano sobre el costado de Lama y empezó a empujar y a soltar rítmicamente. Siguió así durante algunos segundos—. Sigue tú —le ordenó a Lorenzo—. Ni demasiado fuerte ni demasiado despacio. ¡Así, como hago yo!

Rio, en la orilla opuesta, observaba la escena impotente, gañendo y moviéndose hacia arriba y hacia abajo por la orilla. ¿Qué le estarían haciendo aquellos dos humanos a su compañera?

Greta se inclinó sobre la loba. Le abrió la boca y le sacó la lengua, que se acomodó suave en la arena. Apoyó las manos abiertas sobre las comisuras de la boca de la loba, intentando dejar un solo agujero abierto, a la altura de sus largos caninos. Y lo que hizo después Lorenzo no lo olvidó nunca.

Greta apoyó sus labios en los de Lama y empezó a soplar.

Soplar.

Soplar.

Soplidos interminables.

Al final, una respiración. El pecho de la loba se hinchó solo. El corazón volvió a latir.

Greta se puso a llorar. Y a reír. Y a llorar de nuevo, todo junto. Lo había conseguido. Esta vez lo había conseguido.

Lorenzo la abrazó con fuerza, conmovido como nunca en su vida.

Eufóricos, los dos chicos cargaron a la loba en el coche tapándola con sus anoraks. Greta subió detrás y empezó a masajear vigorosamente a Lama para calentarla. La loba entreabrió los ojos por un instante.

En ese momento, el veterinario y un guarda forestal bajaron por la pendiente dando grandes zancadas hacia los chicos. Lorenzo le comunicó al guarda que los resultados de los análisis exculpaban a la manada. Se fue enseguida a darle la noticia a los batidores mientras el veterinario subía al coche con los chicos. El todoterreno salió derrapando. Mientras se alejaban, Greta miró al agua. Rio seguía allí, inmóvil.

—Salvaremos a tus cachorros —le prometió ella, en voz baja.

El coche desapareció entre los árboles mientras Rio se tiraba al agua y alcanzaba la otra orilla. Salió del agua, llegó hasta la carretera y acercó el hocico al suelo.

Olor a rueda quemada, a sangre. A vida.

CAPÍTULO 39

Su estado general parece bueno —sentenció el veterinario, auscultando el corazón de la loba—. Solo está extenuada y ha cogido frío.

Lorenzo había conducido a toda velocidad hasta el centro de recuperación de fauna salvaje más cercano, que afortunadamente se encontraba en la frontera sur del Parque Nacional de Foreste Casentinesi, no muy lejos de donde los dos chicos habían encontrado a Lama.

El personal del centro de recuperación había colocado a la loba en un lecho de paja en una dependencia cerrada. Luego habían encendido una lámpara roja para calentarla y le habían puesto una vía en una pata.

—La tendremos aquí hasta que se recupere —dijo el veterinario poniéndose en pie.

Lama, a la que habían puesto un bozal, siguió sus movimientos con el hocico apoyado en las patas delanteras. Estaba tan débil que no conseguía ni siquiera sentir miedo.

—Aquí es donde solemos tener a los corzos heridos —explicó el doctor a Lorenzo y a Greta.

La sala tenía dos puertas. Una conducía al interior del centro; la otra, cerrada con un pestillo, daba a un recinto exterior en el que se vigilaba a los corzos durante su convalecencia. El centro estaba muy bien equipado y contaba con personal altamente cualificado. Sin embargo, era la primera vez que acogían a un lobo.

—Has estado excepcional —la felicitó el veterinario, poniendo una mano en el hombro de Greta—. No sé cuántas personas en el mundo habrían hecho algo así.

Greta se justificó:

—Hice un curso de primeros auxilios y...

Lorenzo y el veterinario se intercambiaron una mirada divertida.

—Bueno, no es exactamente lo mismo hacerle la respiración boca a boca a una persona que a un lobo —rio el doctor—. Ahora tengo que irme a una visita —añadió—. Si queréis, podéis quedaros en el centro esta noche. Tenemos una hospedería justo aquí delante. —Indicó un ventanuco que daba a un pequeño bungaló—. Hay camas y una estufa de leña.

—Gracias. —Greta se iluminó—. Para mí es muy importante quedarme cerca de ella —añadió mirando a la loba.

—De acuerdo, pero no *demasiado* cerca, ¿eh? —le recalcó afablemente el veterinario—. Recuerda que es un animal salvaje.

Pero en cuanto el veterinario se fue, Greta no atendió a razones. Cogió un tazón pequeño y lo llenó con dos yemas de huevo. Luego, ante los ojos incrédulos de Lorenzo, se arrodilló delante de Lama y le quitó delicadamente el bozal.

—Greta —le susurró Lorenzo como regañándola.

Pero sabía que era inútil. Cuando la chica decidía algo, era imposible convencerla de que desistiera.

Lama olió el contenido del tazón y alargó tímidamente el hocico. Empezó a lamer echándole una ojeada a Greta de vez en cuando.

—Si lo cuento por ahí, no me cree nadie —musitó para sí Lorenzo—. Parece que se da cuenta

de que la estamos cuidando.

Se sentó en el suelo y disfrutó de la escena.

Lama estaba echada sobre un costado. Sus patas largas y elegantes rozaban las rodillas de Greta. Ella le acarició dulcemente el pelo, en la sutil línea negra que adornaba la parte anterior de sus patas.

Fue entonces cuando sucedió.

Lama levantó una pata como para tocar el brazo de la chica. Y encontró su mano.

Palma con palma.

Ojos con ojos.

Un pozo castaño y un espejo de ámbar. Greta se hundió en el iris de la loba. Vio una noche bordada de estrellas y un amanecer rosado, el sol dorado y una espesa niebla de plata. Y para terminar, recortada en el cielo azul profundo, una brillante cuchilla de luna.

Lorenzo observó aquella escena irreal, procedente de otra era del mundo, cuando los hombres y los lobos hablaban la misma lengua. La lengua de la libertad.

De pronto un intenso perfume a aliso le llenó las narices.

«Greta huele más de lo habitual», pensó.

Pero se equivocaba.

Lorenzo cargó la estufa mientras Greta preparaba un plato de pasta rápido. Cenaron en silencio, demasiado cansados, demasiado felices, demasiado tristes.

Lama estaba a salvo, pero Otello y otra loba habían muerto. La rabia de no haber llegado a tiempo se mezclaba con la alegría de haber salvado a la loba preñada en el río.

—Me ha dicho que quiere irse —dijo Greta de repente.

—¿Quién? —respondió Lorenzo sorprendido.

—La loba. Me lo ha dicho con los ojos. Quiere parir a sus cachorros bajo la Luna.

El chico sonrió.

—La dejarán libre cuando esté mejor —la tranquilizó. Estaba demasiado cansado para mantener cualquier conversación—. Conténtate con haberla salvado, de momento.

Lorenzo se tiró en la cama vestido. Pocos segundos después roncaba dulcemente. Greta lo miró con ternura y apagó la luz.

Se acercó a la ventana. Le pareció que las estrellas se habían zambullido en el campo delante de ella, dejándole a la Luna la tarea de iluminar la bóveda celeste. Las llamas fluctuantes de las luciérnagas que brillaban en el prado secuestraron a Greta.

Sin embargo, al instante, fueron sus ojos los que brillaron. Una figura oscura había emergido del bosque.

CAPÍTULO 40

A la tarde siguiente, al veterinario le sorprendió el estado de salud de Lama.

—Se está recuperando en un tiempo récord —dijo—. Hoy se ha comido dos kilos de carne. Dentro de unos días estará completamente recuperada.

—Yo creo que antes —se aventuró a decir Greta—. ¿Cuánto falta para el parto?

—No puedo saberlo con exactitud. Pero diría que ya estamos casi.

—¿Seguro que no podemos liberarla antes de que nazcan los cachorros? —le imploró la chica.

El veterinario sacudió la cabeza, dudoso.

—Está todavía débil... y sin la manada que la cuide...

Greta dejó su mochila cerca de la puerta y se acurrucó junto a la loba. Lorenzo preguntó:

—Pero ¿será posible liberar a sus cachorros si nacen en cautividad? ¿No se habrán aficionado al hombre?

—Intentaremos tener el menor contacto posible con ellos —respondió el veterinario masajeándose la barbilla—. Por supuesto, existe el riesgo de que se acostumbren al hombre. Pero, por otra parte, chicos, ¿qué podemos hacer? Si anticipamos demasiado la liberación, nos arriesgamos a que mueran la loba y los cachorros. Y además, necesitamos las autorizaciones del Ministerio. Podría pasar un montón de tiempo, siempre que nos den permiso.

Siguieron unos instantes de silencio. En la sala se percibió una ligera respiración de Lama a través del bozal. La loba miraba a los humanos desde abajo, con la cabeza apoyada en la paja.

—Ahora, dejémosla descansar —dijo el veterinario invitándoles amablemente a salir.

Cerró la puerta tras de sí.

—Esta noche también podéis quedaros, si queréis. Pero mañana, por desgracia, necesitamos el bungaló. Llegan investigadores extranjeros de visita al centro.

—No hay problema —respondió Lorenzo—. Tenemos que volver a Chiusi, de todas formas. Hay un montón de trabajo atrasado, ¿verdad, Greta?

La chica asintió, desanimada. Luego se dio con la mano en la frente.

—La mochila, qué despistada. Me la he dejado en la sala de la loba. Vuelvo enseguida.

Lorenzo la siguió con la mirada.

Regresó al ratito, sonriente.

—He aprovechado para darle las buenas noches.

La cena en el bungaló fue más alegre y relajada que la de la noche anterior. Greta estaba de buen humor y ambos, más serenos y descansados. Aquellos dos días en el centro de recuperación los habían curado también a ellos.

Después de cenar, Greta insistió en apagar todas las luces y ponerse en la ventana. Quería mirar la noche, dijo. Lorenzo atizó el fuego y se sentó junto a la estufa.

De pronto, Greta lo llamó.

—Ven aquí —susurró—. Pero no hagas ruido.

Lorenzo se acercó lentamente, sin saber bien de qué se trataba pero con el corazón latándole con fuerza. Ella lo cogió del brazo y le señaló el recinto de los corzos, fuera de la sala de Lama. Una sombra se escurrió a través de un agujero bajo la malla.

Lorenzo abrió la boca y la volvió a cerrar.

—Ha venido a recogerla —musitó Greta con los ojos llenos de alegría.

Lorenzo estaba alucinado.

Pocos instantes después algo empujó la puerta de Lama, desde dentro. La puerta se abrió. Dos sombras grises se escabulleron silenciosas por debajo de la red y se diluyeron entre las sombras de los árboles. Libres.

Lorenzo miró a Greta incrédulo. Luego se echó a reír.

—Tú has tenido algo que ver en esto, di la verdad.

—Yo no tengo nada que ver —se carcajeó ella—. Fue el lobo el que excavó un pasadizo, anoche. No yo.

—Y la loba se ha puesto a dos patas y ha abierto el pestillo sola, ¿no?

—Bueno, en eso le he echado una mano —admitió—. Y ya que estaba, le aflojé también el bozal.

—Eso fue lo que hiciste cuando volviste a por la mochila —rio Lorenzo—. ¡Un plan diabólico!

—Te recuerdo que somos cómplices. Tú te diste cuenta perfectamente. ¡Menuda miradita me echaste cuando volví!

—No... no es verdad. Lo he pe-pensado ahora.

—¡Ja, ja, te he pillado! Has balbuceado. ¡Eso quiere decir que mientes! —exclamó Greta.

Lorenzo se rindió.

—Jolines, te has dado cuenta... Ahora ya no podré decirte mentiras sin ser descubierto.

—Exacto. ¡Estás condenado a decirme siempre la verdad! Es más, te voy a poner a prueba ahora mismo —dijo ella acercándose.

El chico arqueó una ceja.

—¿Tú estás loco por mí?

A Lorenzo se le cortó la respiración. El corazón se le salía por la boca. Pero no tuvo dudas sobre su respuesta.

—No, no estoy loco por ti —dijo descolocándola—. La verdad es que estoy enamorado de ti como un tonto.

Las palabras le salieron sin atascarse.

Greta sonrió.

Lorenzo la cogió por las caderas y la apretó contra él. La espalda de ella se curvó levemente hacia atrás en una pose con poco equilibrio. La mano de Greta levitó ligera y resbaló hacia la cara de Lorenzo. El pulgar se movió sobre su mejilla como un pincel que quisiera difuminar un color demasiado encendido. Los demás dedos, posados sobre el cuello, lo envolvían, lo sostenían, lo incitaban. Lorenzo encontró los ojos de ella y luego su boca. Los labios se tocaron hasta fundirse.

Greta encontró por fin una grieta en el lecho de hielo bajo el cual yacía el río. Se lanzó a aquella vía de salvación y respiró su libertad.

CAPÍTULO 41

Invierno.

La manada se había establecido en el Área Protegida indicada por Scuro antes de morir. Sasso Fratino, la llamaban los hombres. Uno de los territorios más salvajes e intactos de Europa, una reserva integral dentro del Parque Nacional de Foreste Casentinesi, en la frontera entre Emilia Romagna y Toscana. Una lengua de tierra no contaminada, rica en presas y pobre en hombres.

Era un bosque de árboles tan frondosos y compactos que una garduña ágil habría podido cruzarlo de un extremo a otro sin pisar nunca el suelo. Las vertientes escarpadas y los desfiladeros abruptos habían mantenido lejos las hachas de los leñadores que durante siglos se habían concentrado en pendientes más accesibles, transportando hacia el mar infinitos cargamentos de madera, con la que la República de Pisa había construido su flota invencible. De aquellos altísimos árboles maestros, de aquellos tablones curvos, solo quedaba el recuerdo apesado en cuadros antiguos, pero el sacrificio de aquellos imponentes colosos de savia y madera seguía vivo y visible en las poderosas vigas de la catedral de Florencia.

Sasso Fratino nunca donó sus patriarcas arbóreos para obras humanas y esta comprensible avaricia había redundado en un tesoro de biodiversidad única, el último superviviente de los bosques primitivos que en otro tiempo cubrían toda Europa. Ahora, esta perla salvaje engastada en los Apeninos era la nueva morada de la manada de la Sibilla.

Habían transcurrido varios meses desde que Rio liberara a Lama del centro de recuperación, conduciéndola al corazón del Parque, donde Brugo le había excavado rápidamente una madriguera. No hizo más que tomar posesión cuando Lama dio a luz a tres lobeznos estupendos. Sanos, despiertos y hambrientos.

Todo iba a pedir de boca. La manada se había adaptado a aquel territorio maravilloso y el recuerdo de la fuga de los humanos, del hambre y de los sufrimientos quedaba ya lejos. Ahora Rio era el jefe de una manada consolidada y sus cachorros crecían fuertes e inteligentes. A su lado tenía a una loba a la que amaba. Desde siempre.

Y, sin embargo, el jefe de la manada estaba inquieto. Otra vez.

Cuando volvía a pensar en la gran fuga hacia el norte, le parecía que había sido arrastrado por el río del destino. Es verdad, había salvado a toda su manada. Pero tenía la sensación de que su participación, en el fondo, había sido marginal. ¿Habría llegado al Área Protegida sin las indicaciones de Scuro? ¿Habría conseguido saciar el hambre de su manada sin las argucias del lobo negro? ¿Habría salvado a Lama sin la ayuda de la hembra de humano? No había tenido que luchar para convertirse en macho alfa ni tampoco por ocupar el territorio en el que vivían ahora. ¿Era digno del papel de jefe de la manada?

Estas eran las preguntas que le rondaban en la cabeza y que, cada vez con más frecuencia, lo llevaban a dirigir su mirada hacia el sur, hacia aquello que para él era la única legitimación posible, el único rescate.

—¿Puedo hablarte? —preguntó Brugo acercándose.

Rio estaba sentado a los pies de un joven arce, estilizado y sinuoso. Más abajo, cerca de la

madriguera, se oía el jaleo de los cachorros que se perseguían. Lama los observaba con amor mientras los demás lobos descansaban a la espera de la caza. El sol lanzó los últimos dardos dorados antes de acostarse.

—Te escucho, Brugo —dijo Rio sin apartar la mirada del atardecer.

—No es fácil... —murmuró. El lobo respiró hondo.

Rio abandonó completamente sus pensamientos y lo miró. Brugo bajó el hocico, era difícil.

—Gemma y yo... bueno... Ya sé que no doy el perfil de jefe de manada... pero Gemma es estupenda y... Quiero decir... ella y yo juntos...

Una pequeña estrella se encendió en los ojos de Rio.

—Es una noticia inesperada, Brugo. Pero me hace feliz.

El otro se sintió enseguida más aliviado.

—No sabes cuánto me disgusta dejar la manada, Rio. Y Gemma tampoco se lo quita de la cabeza. Pero queremos tener nuestra propia familia, ¿entiendes?

—Esta ya es vuestra familia —respondió Rio—. No es necesario que busquéis otro territorio.

Brugo lo miró con los ojos muy abiertos.

—Pero... la ley de los lobos... No puede haber dos jefes en una manada.

—Lo sé —respondió sereno Rio—. Y no los habrá.

CAPÍTULO 42

Primavera.

Una llovizna fina se posó sobre el bosque. Una lluvia buena y ligera, que extendió una sábana resplandeciente entre las húmedas paredes de la Garganta. La alegría burbujeante del torrente Tenna picoteaba el aire y lo volvía penetrante.

Cinco siluetas salieron del cañón. Con las patas en el agua baja, se detuvieron a admirar la mole que los superaba.

—Ahí está, por fin —suspiró Rio con los ojos llenos de emoción.

—Mirad, cachorros míos —dijo Lama—. El monte Sibilla.

El tono austero encajaba con la majestuosidad de la montaña, misteriosa y, sin embargo, familiar. A los ojos de los jóvenes lobos, los relatos de Rio la habían convertido en la depositaria de memorias antiguas. Una anciana abuela a la que nunca habían conocido pero de la que siempre habían oído hablar, que ahora estaba allí para acogerlos, protegerlos, educarlos en el respeto y el temor a sus vetas más audaces y a sus grietas más recónditas, dispuesta a un abrazo o a una regañina.

Los tres hijos de Rio y Lama, asombrados, se quedaron inmóviles contemplando la Sibilla. Tenían algo menos de un año y se habían convertido en lobos maravillosos. Zanna y Cardo eran casi tan robustos como Rio, mientras que Luna, un poco más menuda, había heredado el pelaje y la gracia de su madre.

El viaje de vuelta a los Sibilinos había sido mucho más fácil respecto a la odisea que habían vivido el año anterior, cuando partieron hacia el norte sin experiencia ni esperanza. En cambio, mucho más duro había sido decirles adiós a Gemma, Brugo, Falco y Alba. Sobre todo para Lama, porque Gemma estaba preñada y ella nunca vería a la camada de su querida compañera.

El plan de Rio era reconquistar el territorio al que se sentía más ligado, ese monte Sibilla que no había sido capaz de defender del ataque de Uro. Naturalmente sabía bien que no lo habría conseguido solo con la ayuda de Lama y de los tres lobeznos. Por eso pretendía establecerse momentáneamente en las colinas que abrazaban a los Grandi Piani, en lo que en otro tiempo había sido el territorio de su padre, y que ninguna manada había habitado después de que el veneno y las escopetas acabaran con los lobos. Era consciente del peligro pero, a diferencia de cuando había partido, estaba decidido a afrontarlo. Desde aquel territorio al sur de la Sibilla estudiaría la situación y esperaría el momento apropiado para recuperar lo que era suyo.

Pero el plan de Rio no podía tener en cuenta un acontecimiento inesperado.

—Extraño —dijo el jefe de la manada—. No percibe ningún olor de la manada de Uro en la frontera.

—Es verdad —confirmó Lama—. Nadie lo ha marcado recientemente.

Los lobos se preguntaron por qué sus rivales no habían señalado un punto estratégico como el valle de la Garganta.

—Avancemos con cautela —dijo Rio.

Siguieron una pista que solo conocían ellos, por el lado septentrional del monte Sibilla.

Dejó de llover. A sus espaldas, el monte Bove se envolvió en una bufanda de niebla. El aire estaba quieto, suspendido. A la espera de algo. Durante la subida, percibieron muchos rastros

frescos de ciervo. Nunca habían visto tantos. Del olor de Uro y los demás lobos, solo un barrunto lejano, lavado por el tiempo.

Llegaron y se dirigieron a la Gruta, avanzando con extrema prudencia.

Un hedor repentino pinchó sus narices.

—Peste a muerte —musitó Rio.

Se pusieron aún más en guardia.

Una vez en las inmediaciones de la Gruta, apareció ante ellos un espectáculo espeluznante. Había muchas carcasas de lobos abandonadas por todas partes. Sus pelajes, en distintos puntos, faltaban completamente y dejaban al aire una piel picada por pústulas hinchadas. Lama estaba horrorizada. Los cachorros, muertos de miedo, se apretaron contra su madre.

Entre varios cuerpos en descomposición, Rio reconoció el de Ferro.

—Vámonos —imploró Luna.

De pronto, Rio oyó un estertor que procedía de la entrada de la Gruta.

Se acercaron.

—¡URO!

El jefe de la manada del monte Bove estaba boca arriba en el suelo, con las cuatro patas encogidas, rodeado de jirones de pelo que dejaban expuesta la piel, fina y tensa. Le costaba respirar. Abrió los ojos con dificultad, pegajosos por un moco opaco y denso.

—Grigio —dijo presa del delirio—. Has vuelto a recuperar tu tierra, al final... —susurró.

El color de su voz era negro. En su mirada, la oscuridad.

—Soy Rio.

—¿Rio? —repitió levantando ligeramente la cabeza.

—¿Qué os ha pasado? —preguntó Lama.

—Una enfermedad oscura... los perros... la han traído los perros. Han vuelto...

—¿Los perros vagabundos? —preguntó Rio incrédulo—. ¿Os han desafiado?

—Parecen locos, ya no les temen a los lobos. Matamos a muchos, pero... —Tosió y su lengua se puso roja de sangre.

Lama se acercó instintivamente, como queriendo ayudarlo.

—No —gruñó Uro—. Si me tocas, morirás.

Lama y los cachorros retrocedieron.

—Siguen por aquí. No os enfrentéis a ellos. Un solo mordisco y será el fin.

El estertor se hizo aún más cavernoso.

—Qué forma tan miserable de morir. Mi sangre se ha apagado... La fuerza de mi manada no ha servido... Escapad mientras estéis a tiempo. Los lobos han perdido.

Emitió una última respiración profunda.

Los demás lo miraron con tristeza, incapaces de sentir alivio por una muerte tan indigna para su rival histórico.

—Ni siquiera los cuervos vendrán a llevárselos —dijo Rio.

Luego echó la cabeza hacia atrás y lanzó un aullido profundo. Lama y los cachorros se unieron al canto fúnebre.

El eco de sus voces no se había apagado aún cuando los ladridos cortaron el aire henchido de hedor. Los lobos se volvieron hacia la cresta que tenían detrás. Una jauría guiada por un imponente moloso bajó compacta y amenazadora hacia ellos.

—Otra vez —gimió Rio, incrédulo.

Le pareció volver a ver la misma escena del año anterior, cuando Uro invadió su territorio. El

mismo escenario, con actores distintos.

—¡Esta vez no escaparé! —gruñó Rio, descubriendo los colmillos y clavándose en el suelo con las patas.

—¿No has oído lo que ha dicho Uro? —gritó Lama—. Pelear es un suicidio.

—Me enfrentaré yo solo, huid.

—Padre, te lo ruego, no lo hagas —dijo Luna—. No quiero que te dejen así. —Lanzó una mirada de espanto a los cuerpos corruptos.

Los canes los apremiaban. Ya estaban cerca.

De repente, a Rio se le ocurrió una idea.

—Seguidme —gritó, volando hacia el Argentella.

Cuando llegó a una cumbre, el jefe de la manada se volvió hacia sus perseguidores. El robusto perro que guiaba a la jauría era un moloso de músculos vigorosos cuyos antepasados habían protagonizado enfrentamientos durísimos con lobos y osos. Con la baba en la boca y los ojos rojos, parecía fuera de sí. El pelo negro y corto traicionaba la hinchazón de las pústulas que le devastaban la piel. La enfermedad que sufrían él y su jauría no mataba a los perros pero los volvía locos e impávidos.

—Pasad la cresta y luego seguid hacia el norte otra vez —ordenó a Lama y a sus hijos—. De ellos me encargo yo.

—¡Rio, no! —gañó Lama.

—No discutas. No me estoy sacrificando. Tengo un plan —le gritó empujándola con el hocico—. Proteged a vuestra madre —les encargó a los hijos—. ¡Lama, ve a donde tú sabes!

La loba y los cachorros desaparecieron después del collado. Rio esperó a que los perros se acercaran aún más. Sus ladridos arañaban las paredes de roca.

Rio bajó por el desfiladero que se abría a sus pies y corrió varias decenas de metros. Luego se detuvo y se giró con un gesto desafiante. Le pareció que todos los perros lo seguían. Cuando casi los tuvo encima, escapó hacia el sur, volando sobre la hierba verde de los prados. En breve llegó a la Conca.

Allí estaba el lago de niebla, tentador, que le ofrecía una vez más una vía de escape segura.

Pero cuando estuvo a pocos metros del blanco muro impalpable, apuntó hacia la derecha y evitó la Conca. «Esta vez acabará de otra forma», pensó, corriendo hacia el Pian Grande.

A lo lejos, en la amplia llanura, un rebaño de ovejas pastaba tranquilo.

Y una bocanada de humo subía hacia el cielo, cada vez más alto.

CAPÍTULO 43

Dieciséis —calculó el biólogo del Parque de los Sibilinos, bajando los prismáticos—. Nueve hembras y siete cachorros.

Estaba contando los nuevos nacimientos de rebeco, en el marco de un proyecto que había devuelto al acróbata de las rocas a los Montes Sibilinos.

El veterinario tomó nota del dato y avanzó hacia el siguiente punto de observación. Pero su atención se vio atrapada por una fila de puntitos que bajaba rápida por la cresta, con rumbo al Pian Grande. Se puso los prismáticos.

—¡Esos son los perros que estamos buscando! —exclamó.

Los hombres del Parque sabían de la presencia de los perros ferales infectados que estaban exterminando a los lobos.

—Mira —dijo el biólogo—. Están persiguiendo a un lobo.

—¡Llamemos a los forestales!

La patrulla más cercana se encontraba en Castelsantangelo, a unos kilómetros de distancia. Alertados, los guardas partieron a toda velocidad hacia los Piani di Castelluccio.

—Si bajan al llano, a lo mejor esta vez conseguimos capturarlos —dijo el veterinario corriendo hacia el valle a grandes zancadas.

Era la primera vez que esos perros abandonaban las pendientes boscosas y salían a zonas abiertas. Los guardas de la Guardia Forestal llevaban días esperando ese momento. El director del Parque, de hecho, había dado la orden de capturarlos por cualquier medio.

Las patas de Rio pisaron al final la hierba de la gran llanura. Con el rabo del ojo se aseguró de que los perros lo siguieran todavía. Apuntó derecho hacia el rebaño que había asaltado el año anterior. Las ovejas seguían allí, junto a la barraca. Y junto a las ovejas, estaban también los pastores blancos.

Ocurrió todo tan deprisa que Rud, el perro guardián no tuvo ni tiempo de dar la voz de alarma. Rio se zambulló entre las ovejas partiendo en dos el rebaño como un cuchillo la mantequilla. Cuando vieron aquellos cuerpos rollizos y balantes, los perros ferales abandonaron inmediatamente la persecución del lobo y se abalanzaron sobre las ovejas. Buly emergió del rebaño, furioso. Hirió gravemente a uno de los perros y mató a otro de un potente mordisco en el cuello. Los pastores blancos estaban vacunados y no morirían por el contacto con los perros infectados. Y de todas formas, defenderían al rebaño aunque estuvieran convencidos de que iban a morir.

Cuando Rio casi había conseguido escapar, Buly se le abalanzó. Con una ágil maniobra, el lobo consiguió evitarlo y se volvió a lanzar entre las ovejas, que corrían para acá y para allá presas del pánico.

Mientras tanto, al sentir todo aquel jaleo, el joven pastor había salido de la barraca. Se quedó con la boca abierta.

—¡Perros callejeros y lobos cazando juntos! —exclamó sorprendido malinterpretando lo que veía.

Estaba solo. Su padre había ido a vender el queso al mercado de Visso. Pero podía contar con

un aliado mortal. Fue corriendo a la casita y sacó una escopeta de debajo del colchón. Al levantarse, miró por el ventanuco que daba a la pista. Una nube de polvo avanzaba hacia él a toda velocidad. Era la camioneta de la Forestal. No sabía si alegrarse. Volvió a colocar la escopeta en su escondite y corrió al encuentro de los guardas.

El rebaño era un mar de lana en una tempestad. Las ovejas se agrupaban y se separaban. Algunos perros ferales yacían exánimes en la hierba; otros combatían con los pastores blancos. Rio consiguió despistar a Buly y, aprovechando el caos, se precipitó hacia el Fosso dei Mergani. Ya lo había salvado una vez. Confiaba en que lo volviera a hacer.

Se metió en el zanjón y corrió a más no poder hasta que se encontró en el lugar en el que él y Gemma habían depositado el cuerpo de Grigio. En el montículo verde ya no había ningún resto, ni un hueso. Solo cándidas flores de pétalos blancos y azules.

Tras él, de repente, un jadeo sordo.

El moloso lo había seguido. El perro se abalanzó sobre el lobo, dejando hilos de baba sobre la hierba con los ojos inyectados en sangre. Rio escapó hacia el Inghiottoio. Cuando llegó al terraplén, tuvo que pararse. El perro aminoró. A pesar de su histeria enferma, entendió que el lobo estaba en una trampa. Para escapar debía cruzar el inseguro y frágil puente metálico sobre el abismo negro. Rio enseñó los colmillos. Le atrajo irresistiblemente la idea de saltar al cuello del perro y de acabar con aquello.

Pero luego pensó en Lama. En sus cachorros. En los que habían nacido ya y en los que...

El lobo reunió todo su valor y puso una pata en el tubo. Sintió el áspero óxido bajo las suaves almohadillas. En ese momento, el perro se lanzó sobre él. Rio saltó hacia delante, con una pata detrás de la otra. Cinco largos y ágiles pasos en equilibrio sobre el vacío, como un funámbulo sin red.

Lo había conseguido.

Había superado el horror. Y el miedo más antiguo.

Se volvió triunfante hacia el moloso y lo miró con aire socarrón. Rio leyó en los ojos del perro una furia ciega, innatural. La alegría del lobo vaciló cuando también el perro colocó una pata sobre el tubo y avanzó tambaleándose. Debajo de él, la muerte oscura sacó garras invisibles. El perro osciló y estuvo a punto de caer, pero con un golpe de cola consiguió mantener el equilibrio. Otro paso más y ya estaba en el otro lado. Rio se había quedado de piedra. Ahora la mirada socarrona la tenía el perro. El lobo retrocedió. Intentó escalar por la pendiente más allá del sumidero pero el terreno arcilloso, erosionado por las lluvias, cedió. Rio resbaló y cayó al suelo a un paso del perro, que se extendió en un salto exhibiendo los colmillos.

Un disparo.

El moloso cayó. Inmóvil, en el suelo, con las fauces apretadas a pocos centímetros del cuerpo del lobo.

Rio no entendió en ese momento qué había pasado. Luego acertó a ver una silueta verde, pasado el Inghiottoio. Un guarda forestal empuñaba una pistola humeante. Su mano temblaba. Disparar aquel tiro le había costado mucho. En casa tenía un perro de la misma raza que el que acababa de matar. Un hombre y un perro con una adoración mutua. Bajó lentamente la pistola y la metió en la funda. Rio siguió aquellos movimientos con sus ojos de ámbar. El hombre estaba sudando y tenso como un arco. Rio leyó en su mirada una tristeza profunda por lo que acababa de hacer.

—¡Vete! —le gritó el hombre con un gesto amplio del brazo.

Rio se giró y remontó la pendiente con dificultad. Tardó un poco; la tierra se deshacía a cada paso. Pero al final llegó a la cima. Antes de desaparecer, se giró por última vez. El hombre

vestido de verde seguía allí observándolo. Había sacrificado a un perro, fiel servidor del hombre, para salvarlo a él, un lobo.

Rio recorrió las orillas del lago de Pilato. La luz del atardecer jugaba saltando sobre las olas. Bajó por un valle y bordeó la aldea de Focce mientras cintas de humo se anudaban a la tramontana. El sol huyó detrás de las montañas. Su estela de luz se enganchó en las cimas, encendiendo festones de nubes rosas y naranjas por todo el cielo.

El lobo volvió a subir la cresta y descendió otra vez hacia la Garganta. Luego pendiente arriba, hacia el antiguo bosque de Ripa Cupa. Todavía no había olido ningún rastro de Lama ni de los cachorros. Una pregunta atroz le martilleaba la cabeza. ¿Y si algunos de los perros no lo hubieran seguido? La idea de que le hubiera podido ocurrir algo a los suyos lo horripiló.

Llegó al final a los pies de un haya imponente, cargada de ramas y de memoria, sobre cuya corteza se leían siglos de sol, nieve, viento y rocío. Sus frondas cubrían un pequeño prado que se asomaba a un valle como un delicado balcón de hierba. Aquel árbol había visto nacer innumerables generaciones de cachorros. Entre sus raíces, de hecho, se abría la madriguera de la manada de la Sibilla. La misma madriguera en la que Selva había parido a Falco y a Alba.

Rio se acercó lentamente, midiendo cada paso. Alargó el hocico hacia la entrada del agujero que se hundía en el terreno. Silencio. Un sentimiento de profunda desesperación le encogió el corazón.

Luego, de repente, desde lo hondo de la madriguera emergió un olor agradable, intenso e inconfundible. Perfume de aliso. Acompañado por gemidos sutiles y ligeros. Su corazón explotó de alegría.

Estaba a punto de meterse en la madriguera, cuando tres sombras salieron de un salto de un matorral que tenía detrás. Sombras grises y festivas que se le abalanzaron.

—¡Luna! ¡Zanna! ¡Cardo!

—Temíamos que fueras uno de esos perros —dijo Luna lamiéndole el hocico a su padre.

—¡Han nacido cuatro! ¡Todos vivos! —gritó Zanna saltando como un resorte, embargado por la emoción.

Era gracioso ver el entusiasmo jocosos de aquellos lobos, adultos de aspecto pero cachorros de espíritu.

En ese momento, Lama, aunque estaba cansada por el parto, se asomó por la madriguera. Nunca le había dado tanta alegría ver a Rio. Lo interrogó con los ojos. Rio respondió a la mirada tranquilizándola. Todo había terminado. Se acercó a su compañera y apoyó su frente en la de ella.

El cielo se abrió y una brisa primaveral limpió el aire. Los rayos de la Luna se hundieron como dedos entre los cabellos de los árboles dibujando bordados de luz en los hilos de las telarañas.

—La manada del monte Sibilla ha vuelto a casa —dijo Rio saboreando el valor de cada palabra.

Avanzó hasta el borde del claro y se asomó a su tierra. Era como si la mirase por primera vez. A lo mejor porque era él quien se sentía diferente. Y, a pesar de todo, tampoco había vencido ni a Uro ni a los perros vagabundos él solo. Y no le había bastado superar el desfiladero para conquistar las dotes de un auténtico jefe de manada. Sin la intervención de la Forestal, no habría sobrevivido. El destino le había allanado el camino otra vez. Pero a pesar de todo, se sentía sereno.

Cerró los ojos y lanzó un aullido fiero. Sobre las ondas de aquel canto que tomaba posesión del valle se reencontró con Scuro, el lobo incompleto que en un acto de increíble altruismo había

muerto a cambio de la libertad de la manada. Luego volvió a ver al hombre vestido de verde, que había preferido sacrificar a un perro con tal de salvar a un lobo. Y, en fin, sobre el eco del aullido viajó el gesto de amor de aquella mujer de ojos profundos que había insuflado vida en la madre de sus cachorros.

Esos son los valores dignos de un jefe de manada: altruismo, sacrificio, amor. Rio nunca lo habría entendido si su mundo no se hubiera encontrado con el de los humanos. De *esos* humanos. Aceptar lo que era distinto a uno mismo; eso es lo que habían hecho los protagonistas de esas historias. Rio había encontrado la clave, la única posible para sobrevivir en un mundo que no era, y nunca lo habría sido, solo de los lobos.

En sus orejas resuenan las preguntas que le había hecho Lama, mucho tiempo atrás. Quién sabe si los hombres también rezan. Quién sabe si ellos también creen en algo más grande.

El valle suspiró, soplándole encima el viento fresco de una nueva noche.

En aquel momento, por primera vez, se le ocurrió la idea.

Podía existir una misma Luna para Hombres y Lobos.

AGRADECIMIENTOS

Doy las gracias a los lobos de los Montes Sibilinos por haberme regalado una sinfonía que guardaré siempre en mi corazón. Escuchar su canto de noche, huésped en su casa, ha sido pura magia. Al mismo tiempo, siento que debo disculparme con mis amigos los perros, porque en este relato suelen estar descritos en términos negativos. Una opción que obedece a la voluntad de observar el mundo con ojos de lobo y nada más.

Gracias a Massimo Dell’Orso, que ha compartido conmigo su infinita experiencia y me ha presentado a las manadas que lleva años estudiando, conjugando pasión y rigor científico. Algunas de sus anécdotas sobre los lobos han acabado en las páginas de este libro.

Gracias al Parque Nacional de los Montes Sibilinos, a Franco Perco, Oliviero Olivieri, Alessandro Rossetti, Paolo Salvi, Federico Morandi, Paolo Forconi, Stefania Servili, Freddy Barbarossa y Arcangelo Ciammaruchi. Todos ellos, cada uno a su manera, luchan por conservar la naturaleza y la cultura de su tierra.

Por exigencias narrativas, he retratado en negro a los pastores de los Piani di Castelluccio. En realidad, se trata de personas que participan en proyectos de prevención promovidos por el Ente Parco, cuyos técnicos ofrecen asesoramiento gratuito, redes eléctricas y perros guardianes de la Maremma y de los Abruzos. Si bien el 90 % de las presas de los lobos está constituido por animales salvajes, una manada puede causar serios daños a quienes viven del pastoreo y no disponen de los medios o no poseen los conocimientos necesarios para defender a sus reses. Una de las claves para salvar a los lobos es, precisamente, ayudar a los ganaderos a adoptar estrategias que favorezcan una convivencia pacífica entre hombres y lobos.

Doy las gracias también al Wolf Apennine Center, al Parque Nacional de los Apeninos Tosco-Emilianos, al Parque Nacional de Foreste Casentinesi y a la Guardia Forestal del Estado. Gracias asimismo a Carmela Musto, Mauro Delogu, Duccio Berzi, Willy Reggioni, Mia Canestrini, Luigi Molinari, Andrea Gennai y a todos aquellos que, día y noche, con sol, lluvia, viento o nieve, estudian y protegen a los lobos.

Gracias a Elisa Berti, que una mañana de invierno se tiró a un río para sacar del agua al lobo Navarre, herido y en peligro de muerte. El episodio del salvamento de Lama es una referencia explícita a su valiente gesto.

Gracias también a Luigi Boitani, Giorgio Boscagli, Paolo Ciucci, Francesca Marucco, Carmine Esposito y Marco Albino Ferrari por los libros y los artículos que me han permitido ahondar en mis conocimientos sobre el sorprendente *Canis lupus italicus*.

Gracias a mi amigo el director Massimo Piccioli, irremplazable compañero en la aventura que nos ha llevado a producir diversos reportajes sobre lobos para la RAI. Una experiencia importante que ha enriquecido mi conocimiento de los Apeninos más salvajes.

Por último, le estoy inmensamente agradecido a Sara, mi esposa, cuyo apoyo constante ha sido fundamental a lo largo del camino que ha conducido a la escritura de este libro. Juntos, hemos hecho muchos viajes siguiendo el rastro de los lobos, compartiendo emociones que guardaremos siempre para nosotros. Estaba con ella cuando tuve la enorme suerte de reflejarme en la mirada de un lobo y comprender una verdad que desde entonces me acompaña: en los ojos de este fascinante animal, los hombres podemos vislumbrar el reflejo de nuestra parte más auténtica e instintiva, de

ese espíritu salvaje que nos perteneció. En sus ojos podemos recuperar el paso secreto hacia una misma naturaleza, animal y humana. Porque cuando miramos a los ojos a un lobo, nos miramos a nosotros mismos.

CARTA DEL AUTOR

La luna es de los lobos surge de un encuentro que me gusta pensar que fue más cosa del destino que fruto de la casualidad. Verano 2014: un amigo me muestra un extenso artículo sobre lobos, publicado en un periódico nacional. Me voy de vacaciones y lo pierdo. Llegado a mi destinación, a los Montes Sibilinos, descubro que la propietaria del B&B es la mujer de un gran experto en lobos. Me lo presenta. Parece increíble, pero el autor de ese artículo sobre lobos es él. Esa misma noche, con Massimo Dell’Orso —así se llama el experto— escucho mi primer aullido en medio del territorio de una manada. Una experiencia que me hizo enamorarme de estos animales. De ahí las ganas de contar su verdadera naturaleza, de despojarlos del cruel disfraz que los hemos obligado a llevar puesto en el transcurso de los años.

Durante los últimos años he grabado varios reportajes sobre lobos para la Rai, la TV nacional italiana, y esto me ha permitido acompañar sobre el terreno a muchos estudiosos. Seguir el rastro de los lobos, escucharlos aullar en plena noche, comprender sus complejas estrategias de caza, seguir los movimientos de los ejemplares provistos de un collar con radiotransmisor, son experiencias que han enriquecido mis conocimientos sobre los lobos y me han ayudado a imaginar el mundo de los humanos visto a través de los ojos de Rio, el lobo protagonista de mi novela.

Uno de los momentos más intensos de mis viajes fue cuando pude mirar a los ojos a un lobo. La ferocidad salvaje de su mirada de ámbar me hechizó. Pero también me inquietó reconocer en esos ojos un modo de ser y un espíritu de libertad que nosotros los humanos hemos perdido. Quizá sea precisamente esto lo que nos asusta de los lobos: en sus ojos vemos como éramos en otros tiempos. Y como ya no somos.

La idea de hacerles dialogar entre ellos surge del deseo de establecer un relación de empatía entre los lobos y el lector. A pesar de que los lobos aparezcan humanizados, sin embargo, me he esforzado en construir la trama del libro sobre sólidas bases científicas. Los lobos en realidad «hablan» verdaderamente entre ellos, aunque sea con un lenguaje distinto al nuestro, lleno de vocalizaciones, posturas corporales, expresiones faciales, miradas. Por lo tanto, más allá de las concesiones a la fantasía, leyendo *La luna es de los lobos* se puede aprender mucho sobre la vida real de estos animales, ya que el relato desmonta prejuicios y falsas creencias: como esa que predica que el lobo es peligroso para el hombre. En Italia, durante los dos últimos siglos, el número de personas atacadas por lobos ha sido igual a cero. Es definitivamente más peligroso pasear por la ciudad de día que merodear por el territorio de una manada de lobos de noche.

En el libro he intentado analizar la sociedad de los hombres desde el punto de vista de los lobos, poniendo al desnudo las paradojas y las contradicciones. Pero es también una historia que se convierte en metáfora de la condición humana, entre conflictos y amistad, instinto y razón, prejuicios y aceptación del diferente, como cuando el lobo híbrido Scuro (un cruce entre lobo y perro), marginado de su vieja manada por ser diferente, encuentra su oportunidad en la manada de Sibilla.

En la novela, Greta salva a la loba Lama haciéndole la respiración boca a boca. El episodio se basa en un hecho real, su protagonista se llama Elisa y trabaja en un centro de recuperación de fauna salvaje de Italia. Conocerla, para mí, ha sido fundamental: una gran fuente de inspiración para escribir el libro. Además, seguirla en sus viajes tras las huellas de los lobos, me ha

permitido acumular un montón de fotografías y vídeos inéditos que ahora muestro en las presentaciones de mis libros.

Desde ya hace unos años soy embajador de WWF, que en Italia ha patrocinado *La luna es de los lobos*. La lucha por una convivencia pacífica con el lobo tiene un altísimo valor simbólico, ya que representa la oportunidad de liberarnos de los prejuicios y defender a este animal que durante siglos hemos considerado injustamente como un acérrimo enemigo. Es una prueba de madurez importante que debemos superar. Ya es hora de aceptar al lobo tal y como es, en vez de continuar temiéndolo por lo que no es.

Giuseppe Festa

Giuseppe Festa es licenciado en Biología, educador medioambiental y escritor de literatura infantil y juvenil. Además, es autor de reportajes sobre naturaleza emitidos en la televisión pública italiana (Rai) y protagonista del premiado documental *Oltre la frontiera*. Combina su amor por la naturaleza y los libros con su faceta de músico, cantante del grupo Lingalad.

La luna es de los lobos es su novela más conocida, multipremiada y apadrinada por WWF Italia. Una obra que nace del amor de este autor por los lobos y de su respeto por la naturaleza.

Título de la edición original: La Luna è dei lupi

Edición en formato digital: abril de 2019

© 2019, Giuseppe Festa, por el texto

© 2019, Carmen Mata Pastor, por la traducción

© de esta edición, Antonio Vallardi Editore S.U.r.l., Milán. Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore., 2012

Todos los derechos reservados

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore
Calle de la Torre, 28, bajos, 1ª, Barcelona 08006 (España)
www.duomoediciones.com

ISBN: 978-84-16634-44-6

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos